

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**COLEGIO DE LETRAS HISPÁNICAS**

***EL ESPEJO DE AMARILIS* DE LAURA MÉNDEZ DE CUENCA:**

**LA PLUMA DOBLE, LA EDUCACIÓN Y LA LITERATURA**

**TESIS**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS  
PRESENTA:**

**CLAUDIA JANET MORALES RAMÍREZ**

Asesora: Mtra. Ana Laura Zavala Díaz

**Ciudad Universitaria**

**Marzo, 2012**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN

#### **CAPÍTULO I. LA CONSTRUCCIÓN DE LA VOZ LITERARIA DE LAURA MÉNDEZ DE CUENCA: UN DISCURSO PROPIO**

1. Introducción
2. La aguja y la pluma: apuntes sobre la educación y la escritura femenina en el México decimonónico
3. Laura Méndez de Cuenca: la vida en la docencia
4. Laura Méndez de Cuenca: la vida en la escritura

#### **CAPÍTULO II. LA VOLUNTAD SOBRE EL DESTINO: JULIÁN SUÁREZ Y ALFONSO SÁNCHEZ PORTAL**

1. Introducción: la estructura de folletín en *El espejo de Amarilis*
2. Resumen de *El espejo de Amarilis*
3. Julián Suárez del Olmo: el estereotipo en rebelión
4. Alfonso Sánchez Portal: la locura

#### **CAPÍTULO III. EL DESTINO FEMENINO: LA HISTERIA, LA VIOLENCIA Y LA MUERTE**

1. Introducción
2. Inés y Clara Mendoza: la histeria y la abulia
3. Gregoria y Feliciano: las mujeres indígenas

#### **CONCLUSIONES. AMARILIS SOSTIENE UN ESPEJO: IDEALES NACIONALES**

#### **BIBLIOHEMEROGRAFÍA GENERAL**

Directa  
Indirecta

## INTRODUCCIÓN

Laura Méndez de Cuenca (1853-1928), pedagoga y escritora mexicana, es sin duda una de las intelectuales del pasado fin de siglo, a la cual se le debe aún un extenso estudio. Su pluma fue prolífica y apuntó agudamente inquietudes fundamentales tanto sobre la educación y la cultura mexicana, como del estado de la sociedad y la historia de México.

A lo largo de su carrera magisterial, la autora elaboró diversos estudios pedagógicos de gran importancia, en particular con relación a los primeros años de la infancia, poniendo especial interés en aspectos como la higiene y la alimentación para el buen desarrollo de los niños. En su faceta creadora, Laura Méndez alcanzó el reconocimiento de su generación y, en los casi cuarenta años de labor escriturística, publicó diversas poesías, crónicas y cuentos. Su única novela fue *El espejo de Amarilis*, que vio la luz en 1902 y a la que está destinado el presente análisis. En esta obra, considero, Laura Méndez de Cuenca utilizó el discurso narrativo para ahondar y difundir sus ideas pedagógicas, desarrolladas de manera simultánea en sus numerosos trabajos sobre la infancia y la instrucción pública nacional, a los cuales dedicó gran parte de su vida. De ahí que, el propósito central de esta tesis será analizar el contexto educativo de la época, a la vez que las propuestas en esta materia de la autora, a través del análisis de la construcción de los personajes masculinos y femeninos; esto, con el fin de establecer las intrínsecas relaciones entre su labor educativa y su ejercicio literario. Parto de la hipótesis de que *El espejo de Amarilis* es fundamental no sólo para comprender su visión sobre las condiciones educativas y socioculturales del país, sino también su compromiso

como —mujer letrada” que intentó, por medio de la acción y la pluma, ser factor de cambio.

Con este objetivo, en el capítulo primero apunto algunos datos biográficos de Laura Méndez de Cuenca, así como sobre su contexto educativo y cultural, el cual se vio condicionado por el complejo y lento proceso de secularización producto de los cambios emanados de la Reforma (1858-1861), y consolidados durante los diferentes gobiernos liberales. Propongo tal recorrido, porque juzgo que dicho cambio influyó directamente en la formación tanto literaria como académica que recibió la autora, así como en la definición de algunos aspectos temáticos de su única novela, *El espejo de Amarilis*.

Así, en el segundo capítulo presento una breve nota y resumen de dicha obra, dado que es un material poco conocido sin ediciones modernas. A continuación, inicio mis reflexiones centrales sobre los personajes masculinos, en específico de Julián Suárez y Alfonso Sánchez del Olmo, poniendo especial énfasis en el análisis de su formación educativa y en la materia en que ésta define su destino final.

En la misma línea, en el tercer capítulo examino a los personajes femeninos. A diferencia del caso anterior, reflexiono sobre dos tipos de construcción femenina: el de las mujeres de los sectores pudientes, a partir de Inés y Clara Mendoza; y el de las indígenas, por medio de Feliciano y Gregoria. Por obvias razones, este apartado se halla íntimamente relacionado con el primer capítulo, en la medida en que Laura Méndez de Cuenca hace una manifiesta crítica a la instrucción que recibían las mujeres de los distintos estratos sociales en el antepasado fin de siglo.

A través del estudio de las correlaciones entre el contexto educativo de los personajes y el desarrollo de éstos en la trama, me propongo dilucidar algunas de las implicaciones de una novela compleja y sugestiva, en la cual, con mirada perspicaz, Laura Méndez de Cuenca entrevé ya en 1902 el fracaso del proyecto imaginado por los gobiernos liberales y positivistas.

Finalmente, con la presente tesis pretendo esbozar un primer acercamiento a un texto poco conocido por los lectores contemporáneos, *El espejo de Amarilis*; así como contribuir al mejor estudio de la obra de una de nuestras principales escritoras.

## CAPÍTULO I

### LA CONSTRUCCIÓN DE LA VOZ LITERARIA DE LAURA MÉNDEZ DE CUENCA: UN DISCURSO PROPIO

#### 3. INTRODUCCIÓN

En la hacienda de Tamariz, situada en el Estado de México, a kilómetros de Ayapango, al pie de los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, nació Laura Méndez Lefort el 18 de agosto de 1853. Sus padres fueron Ramón Méndez y Clara Lefort, hija del rico pastelero francés Émile Lefort involucrado en La Guerra de los Pasteles.<sup>1</sup>

El padre de Méndez Lefort fue un ex soldado y administrador de la mencionada hacienda de Tamariz, lo que aseguró a la familia, incluso en tiempos de turbulencia política como los que vivieron, si bien no un ingreso portentoso, lo suficiente para vivir con dignidad. No obstante, en 1855 la familia Méndez-Lefort partió a Tlalmanalco en el Estado de México y, posteriormente, en 1861 llegó a la Ciudad de México, donde sus hijas Laura y Rosa podrían obtener una mejor educación y mayores oportunidades.<sup>2</sup>

Ahora bien, el nombre de Laura Méndez aparece en esporádicas ocasiones en algunos estudios de pedagogía y literatura: en el primer ámbito, la mencionan como una de las principales impulsoras del *Kindergarten*; en el segundo, la más de las veces, como la amante del poeta Manuel Acuña. Dicho romance tuvo

---

<sup>1</sup> Para algunos Lefort era conocido sobre todo por el episodio en el que se vio envuelto en la Guerra de los Pasteles (1838-1839). Según escribió el geógrafo Antonio García Cubas en *El libro de mis recuerdos*, Émile Lefort fue el pastelero cuya tienda había sido saqueada por un grupo de soldados y que exigió una recompensa al Estado” (Mílada Bazant, *Laura Méndez de Cuenca, mujer indómita y moderna [1853-1928]. Vida cotidiana y entorno*, p. 30).

<sup>2</sup> Refiero sólo los datos biográficos que considero pertinentes, debido a que Laura Méndez de Cuenca ha sido poco estudiada, no obstante los dedicados esfuerzos de M. Bazant, que en fechas recientes publicó la biografía de la escritora arriba citada y en la cual me apoyo.

consecuencias en la forma como ella se involucró en el mundo literario, al mismo tiempo que la estigmatizó ante los ojos de la sociedad de la época. Esta situación prevaleció durante largo tiempo, por lo que bien pudo haber incidido en su exclusión del canon literario.

Desde muy joven la autora se apartó del hogar paterno, el cual era extremadamente conservador y contrario a la mentalidad liberal de su hija, por lo que alrededor de 1870, cuando contaba aproximadamente con 17 años, se mudó junto con su hermana Rosa Méndez Lefort a Puente de Peredo número 3, —~~un~~as tres cuadras al sureste de la Alameda”.<sup>3</sup> Esto provocó el deterioro de la relación con su familia y graves perjuicios a su imagen, lo que se acentuó con sus aludidas relaciones amorosas con Acuña y con el nacimiento fuera del matrimonio de su hijo Manuel Acuña Méndez en 1873, quien murió tres meses después. En un contexto social que estaba muy lejos de perdonar esas circunstancias y muy ávido de criticarlas, Laura Méndez, incluso después de su matrimonio con Agustín Fidencio Cuenca (1850-1884), no logró tener tranquilidad para desenvolverse como maestra ni escritora; sin embargo, tras enviudar en 1884 alcanzó cierta libertad económica y se mudó a los Estados Unidos, donde se integró, como quizá no lo hubiera podido hacer en México, a un vivo entorno literario, donde fue respetada y considerada una mujer culta. Pese a lo que podría creerse, Laura Méndez de Cuenca distaba de tener una conciencia feminista tal como hoy la entendemos; creía, empero, en el desarrollo igualitario de las aptitudes de las mujeres y de los indígenas, así como de todos los grupos vulnerables. Por ello, dedicó su vida a la escritura y a la educación, sin abandonar ninguna de las dos actividades durante los setenta y cinco años que duró su existencia.

---

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 93.

Tal vez no podamos entender a cabalidad lo que implicaba la incursión de una mujer en los espacios públicos sin conocer el ambiente en el que Laura Méndez de Cuenca se educó literaria y culturalmente, por lo que en los siguientes apartados apuntaré de forma general la situación de ambas esferas durante la segunda mitad del siglo XIX con el fin de establecer el contexto en el cual se forjó su pensamiento pedagógico, presente también en su narrativa.

## **2. LA AGUJA Y LA PLUMA: APUNTES SOBRE LA EDUCACIÓN Y LA ESCRITURA FEMENINA EN EL MÉXICO DECIMONÓNICO<sup>4</sup>**

Dada la información que se tiene sobre la educación de las mujeres en el siglo XIX, se puede inferir que ésta era deficiente en relación con la de los hombres, pero —satisfactoria<sup>4</sup> respecto de los menesteres que se conferían al llamado bello sexo y suficiente para las —cuidades<sup>4</sup> que se le adjudicaban. Se consideraba que la —~~la~~ mitad de la humanidad”, por tener menos inteligencia que los hombres y una consistencia débil y nerviosa, debía ser educada en áreas distintas a las destinadas a los varones, a quienes se les atribuían capacidades intelectuales y elocuencia para emitir opiniones políticas y sociales. Es decir, la educación para las mujeres no se creía perjudicial, sino al contrario, benéfica para los fines últimos y únicos a los que debía ofrendarse: la vida privada, el espacio del hogar, el matrimonio y la maternidad. Así, los centros educativos a inicios del siglo XIX eran principalmente de corte conventual, sistema heredado de la Colonia. Por ejemplo, el Colegio de San Miguel de Belén contaba en 1827 con 115 inscritas que estudiaban en el colegio hasta el matrimonio o el claustro definitivo; sin embargo, a mediados de la centuria el prestigio de la formación conventual fue

---

<sup>4</sup> Para este apartado utilicé como bibliografía básica los siguientes títulos: José Manuel Villalpando, *Historia de la educación en México* y Montserrat Galí Boadella, *Historias del bello sexo. La introducción del Romanticismo en México*.

menguando, ya que se creía que las mujeres, al estar apartadas del mundo, no llegaban a vincularse en su totalidad con su labor de madres y esposas. Tal cambio educativo comenzó a darse a la luz de la ideología liberal, gracias a la cual se fueron secularizando las relaciones entre los individuos y el poder. Estas transformaciones se inspiraron en la Revolución Francesa, que había derrocado al orden anterior de forma fáctica; se había —~~de~~capitado” a la nobleza haciendo hincapié en las perversiones sexuales de la reina María Antonieta y legitimado el naciente poder de la sociedad burguesa, la cual marcaba nuevas pautas en la relación entre los gobiernos y sus gobernados: ésta ya no era la del fiel feligrés, sino la del buen ciudadano.

Hasta entonces, como en Europa, en México la relación poder-individuo se regulaba a través de la religión, por lo que la mayor parte de las festividades eran esencialmente públicas y requerían la participación del pueblo; los túmulos imperiales y las fiestas litúrgicas fueron una parte fundamental de la vida durante la época novohispana. Se dio un significativo cambio, visible incluso en la arquitectura, cuando con la Reforma (1858-1861) algunos de los bienes eclesiásticos fueron liquidados y se abrieron nuevas calles donde alguna vez hubo conventos. Aunque no podemos hablar de un cambio tajante, sino más bien de un proceso de secularización, lento, complejo y desigual.

Nada de esto, tenía que ver estrictamente con la religión, pues los liberales, en su mayoría, profesaban el culto católico. La situación era realmente contradictoria, máxime cuando de tanto en tanto se venían abajo iglesias, torres y campanarios, con la consecuencia de que desaparecían millares de pinturas, libros y documentos celosamente almacenados por los religiosos por siglos.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> M. Bazant, *op. cit.*, p. 87.

El esquema de valores “liberal” hipotéticamente concebía como único medio decoroso de progreso social el trabajo y la honradez, por lo que las costumbres y hábitos privados y públicos de los ciudadanos se convirtieron en el centro de la atención, ya que de éstos dependía el desarrollo de la patria: una sociedad suficiente en sí misma, capaz de funcionar como una perfecta máquina industrial. Por lo anterior, existía entre las altas esferas políticas e intelectuales un profundo recelo ante el hecho de que la degradación de la patria se pudiera gestar en el vientre de las familias. Fue así como la vigilancia de las prácticas privadas de los individuos, y sobre todo de las mujeres, cobraría mayor importancia, dado que se identificaba a la Nación con la institución familiar. Esta última, a su vez, se agrupaba moral y espiritualmente alrededor de la figura femenina, que era el eje de la vida patriarcal, la protectora de su genealogía. De ahí que una mujer *públicamente* virtuosa arriesgaba su imagen al trabajar, pues ella simbolizaba más que un individuo volitivo y consciente, el corazón de la comunidad nacional en proceso de secularización.

En esta lógica, una mujer que se exponía a ser *vista*, estaba también en peligro de cometer adulterio y, más aún, de que este adulterio fuera conocido y juzgado por la comunidad, lo cual derrumbaría la fama pública de su familia. Lo anterior, sin embargo, no quiere decir que en la realidad no existieran faltas graves a la moral, como se insinúa en la obra *Rosas caídas* de Manuel M. Flores (1840-1885), donde se relata cómo el autor sedujo a jóvenes de la llamada “aristocracia” mexicana.<sup>6</sup>

Para mediados de siglo la familia representaba todavía un organismo frágil y, ante los ojos de los círculos letrados de la época, en peligro de sucumbir ante los

---

<sup>6</sup> Cf. Manuel M. Flores, *Rosas caídas*.

embates del lento proceso de secularización. De esta manera, se consideraba que la educación —el bello sexo” resultaba indispensable para prevenir el desmoronamiento o deterioro de dicha institución. Así, a pesar de la proliferación de maestros particulares, el grueso de las mujeres en edad de educarse asistía a —LaAmiga” que, sin tener aulas y con muchas otras carencias, las recibía a cambio de una cuota. Dichas escuelas solían estar dirigidas por mujeres que enseñaban bordado, doctrina con el *Catecismo del padre Ripalda*,<sup>7</sup> así como lectura y escritura, en el caso de que la encargada contara con los conocimientos necesarios.

No obstante, cabe señalar que la educación, esmerada o deficiente, que las familias brindaban a sus hijas no tenía el fin, como dije, de que ellas aseguraran su futura manutención con el trabajo, sino el de moldear la conciencia del —sexo débil” como base moral de la sociedad; más aún en aquel ambiente político en que se llamaba a implementar medidas que consolidaran el rumbo del país como una nación independiente.

A consecuencia de lo precedente, el énfasis en la educación de las mujeres se acentuó, aunque esto no implicó el incremento de las materias o campos de estudio que se les impartían en las mencionadas escuelas, pero sí se puso especial interés en la enseñanza sentimental. En otros términos, al establecer la

---

<sup>7</sup> Publicado en 1618 y escrito por el padre Jerónimo Martínez de Ripalda (1536-¿?), el catecismo es una exposición breve de doctrina cristiana para educar a los niños. Se utilizó no sólo para inculcar las bases del cristianismo, sino también como libro de texto para enseñar español a los indígenas. En el siglo XIX fue ampliamente cuestionado por los intelectuales liberales como método de instrucción, ya que ejemplificaba cómo la sociedad mexicana se encontraba saturada de valores religiosos aún en las escuelas laicas (cf. Edith Negrín, —Estudio preliminar” a Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina*, pp. 19, 21-22). Uno de sus críticos más vehementes fue Altamirano, quien señalaba que: —El catecismo de Ripalda embrutecía a la juventud [y que] en suma el fanatismo y la ignorancia atrofiaban el corazón del pueblo. [...] tal estado habría seguido, si los hombres de la Reforma no se hubiesen levantado para decir: hasta aquí’ (Ignacio Manuel Altamirano, —Melchor Ocampo”, en *Obras Completas I, Discursos y brindis*, pp. 158-159).

inteligencia sentimental como depositario de la virtud femenina y no la inteligencia como tal (la cual correspondía a los hombres), se intuye que la esencia de la instrucción femenina se encontraba en la enseñanza de una forma de *sentir*, la cual tendría su correlato en una forma específica de *ser*. De tal suerte que esta educación sentimental redundaría en un cambio de actitud en la manera en que las mujeres se desenvolverían dentro del seno familiar, la cual normaría a su vez, el comportamiento general de la sociedad y de los ciudadanos.

Para alcanzar este fin, se consideró más eficaz la letra impresa que la educación formal, la cual no comenzaría a estipularse de manera sistemática y con fines distintos al matrimonio hasta después de mediados del siglo XIX con las leyes juaristas. Fue así como se creó un gran número de revistas destinadas al “bello sexo”; entre otras publicaciones periódicas importantes: *Calendario de las Señoritas Mejicanas* (1838), *Semanario de las Señoritas Mexicanas* (1841), *Panorama de Señoritas Mexicanas*, (1842) *La Semana de la Señoritas Mejicanas* (1851), *Presente amistoso* (1851), *Violetas del Anáhuac* (1887).

Pronto, la participación de las mujeres en estos medios editoriales viró de receptoras a colaboradoras. En la lógica ya señalada, la creación literaria de éstas se edificó bajo la premisa de la educación femenina como vía para la formación de la sociedad:

En este sentido, la apertura de algunas revistas a la producción de mujeres resulta de suma importancia. En el *Panorama de las Señoritas* (1846) encontramos una interesante nota necrológica dedicada a doña María de la Luz Uruga y Gutiérrez, poetisa michoacana quien practicó de manera asidua la poesía hasta 1821.<sup>8</sup>

Además de este tipo de materiales hemerográficos, existían los llamados —“Álbumes de señoritas” en donde se incluían poemas de mujeres; gracias a esto,

---

<sup>8</sup> M. Galí Boadella, *op. cit.*, pp. 355-356.

se puede inferir que en México se seguía también la tradición europea de los estados modernos, que tenían importantes escritoras como, por ejemplo, Rosalía de Castro, Carolina Coronado Romero, Josefa Massanés, María Carbonell y Faustina Sáez de Melga en España; en todas ellas fue importante el antecedente de Anne-Louis Germaine Necker (1766-1817), Baronesa de Staël- Holstein, mejor conocida como Madame Staël, cuya obra no sólo se limitó a la ficción, sino que también abarcó tratados de política, religión y crítica literaria. Ahora bien, en general las mujeres incursionaron primeramente en la traducción y la poesía, que eran los espacios promovidos por las propias revistas. Como puede observarse, la pluma no sirvió de herramienta para la liberación femenina, se estaba aún muy lejos de esto, sino que constituyó, con el bordado, parte del andamiaje de un nuevo ideal de mujer y, por ende, de una nación más “ilustrada”.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los intelectuales mexicanos se ocuparon con insistencia de la educación del “sexo débil” desde distintas perspectivas. Por ejemplo, Ignacio Ramírez (1818-1879) creía que la instrucción de las mujeres debía ser en provecho de ellas mismas, puesto que debería de contar con los mismos derechos, tenían idéntica inteligencia y compartían las mismas esperanzas que los hombres. Para ello, impulsó la creación de la Escuela de Artes y Oficios en 1867, que dio la oportunidad a mujeres jóvenes de todos los estratos sociales de buscar un medio de subsistencia que las alejara de la servidumbre y la pobreza.

Desde su fundación, la Escuela de Artes y Oficios tuvo un éxito asombroso: recibió a quinientas diez alumnas ávidas de instruirse en materias como química, gramática, inglés y francés y en oficios como pasamanería, telegrafía, tapicería, filigrana de plata, imprenta y otros más. Hubo jóvenes de clase humilde que tomaban cursos de “perfeccionamiento” de

instrucción primaria, dado que muchas de ellas eran prácticamente analfabetas.<sup>9</sup>

Otros autores, como el escritor y el humanista mexicano José María Vigil (1829-1909), tenían una idea distinta, con mayor aceptación en su época, sobre los fines de la enseñanza de las mujeres. En 1893, ya en pleno Porfiriato, el autor publicó una *Antología de poetisas mexicanas*, dedicada a la primera dama Carmen Romero Rubio de Díaz. Su interés en la escritura de mujeres se orientó hacia la difusión de poemas patrióticos y amorosos, como un ejemplo del ideal nacional de la mentalidad e inteligencia sentimental femenina.

La educación que han recibido [las mujeres] al ensanchar el círculo de sus conocimientos ha dejado intacto su carácter moral; y a través de la literata, de la artista, de la poetisa, se encuentra siempre a la mexicana, es decir, a la hija a la esposa, a la madre que con sus gracias y su ternura embellece y vivifica el hogar manteniendo en cierto nivel la moralidad pública y privada, que constituye la base fundamental de la dicha y prosperidad de los pueblos.<sup>10</sup>

La selección hecha por Vigil es un importante marco para acercarse a la ideología desde la que se buscaba que enunciaran las mujeres: la escritura femenina era primordial para la educación de nuevos patriotas, ya que la mujer

Tiene plena consciencia de su misión, y otorga a su arte una razón de ser humanitaria, y al mismo tiempo trascendente; la poesía que salga de su pluma debe servir para dar consuelo, para aliviar las penas del prójimo. La poetisa no deberá hacer caso de sus alegrías, ni de sus dolores personales, porque es la voz de los demás, no de sí misma. Así, consolar y conducir a los caminos celestiales serán sus objetivos y la justificación de su escritura.<sup>11</sup>

---

<sup>9</sup> M. Bazant, *op. cit.*, p. 88.

<sup>10</sup> José María Vigil (edit.), *Poetisas mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, p. LXXVIII.

<sup>11</sup> Esther Hernández Palacios, "Entre el ángel del hogar y la construcción de la patria: La poesía de las mujeres mexicanas del siglo XIX", en Rafael Olea Franco (edit.), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, p. 542.

Incluida en la antología de Vigil, Isabel Prieto de Landázuri (1833-1876) sintetiza en su poema —Poetisa” sus ideas sobre la orientación que debía tener la escritura del “bello sexo”:

De la inspiración que llena,  
que alienta, que satisface,  
el dulce talismán hace  
que alivie su segunda pena;  
y del llanto abrasador  
que brota de su honda herida,  
hace el bálsamo de vida  
para el ajeno dolor.<sup>12</sup>

En consecuencia con este discurso, en su mayoría, las poetisas de las revistas femeninas abordaron temas como la patria, la desolación, la nostalgia por el hogar materno y la muerte de los hijos.

Mas ¡ay! Yo entre flores y  
sedas cautiva  
de calma un momento  
no logro tener.  
Y lejos suspiro  
de padres, que amantes,  
en lecho de amores  
me dieron el sér.<sup>13</sup>

Esta composición de Beatriz Carlota Portugal de Vivanco, titulada —Cautiva” y dedicada a —al eminente escritora Faustina Sáez de Melgar”, es otro claro ejemplo de lo que se esperaba de la escritura de una mujer. En el caso de la autora objeto de este estudio, Laura Méndez de Cuenca, Vigil seleccionó los poemas —Neblas” y —Magdalena”, que justo siguen el mismo tono de corte romántico nacionalista.

Aunado a la efervescencia de la escritura femenina, las mujeres comenzaron a incursionar en otros ámbitos públicos como el magisterio, gracias en gran medida a los proyectos educativos del gobierno liberal. Esta actividad se convertiría en una expectativa de desarrollo y sustento para el “bello sexo”, sin representar un

---

<sup>12</sup> Isabel Prieto de Landázuri, “Poetisa”, en E. Hernández Palacios, *op. cit.*, p. 542.

<sup>13</sup> Beatriz Carlota Portugal de Vivanco, “Cautiva”, en J. M. Vigil, *op. cit.*, p. 31.

peligro para su honra. De igual forma, se empezó a considerar que una mujer desocupada que no podía mantenerse a sí misma, —una hoja suelta”, era más perjudicial para la sociedad que una capaz de no ser una carga para el resto de su familia; así,

[...] desde las esferas oficial y privada, se impulsó el acceso femenino a la carrera magisterial, al punto que, hacia finales de siglo, la matrícula de la Escuela Normal de Profesoras era bastante superior a la registrada en la Normal de Profesores, no obstante los diversos incentivos ofrecidos a los varones para que se sumaran a las filas del magisterio. Entre los argumentos esgrimidos para justificar tal política destaca la convicción de esta generación en la supuesta capacidad innata de las mujeres para las tareas educativas, para el cuidado moral y material de la niñez; *a todo prefieren esto, afirmaba Sierra, para nada son más aptas.*<sup>14</sup>

Sin embargo, fuera del ámbito educativo, aún se tenían dudas sobre la irrupción de las mujeres en otras áreas; el reconocido doctor Flores Troncoso opinó al respecto en la *Historia de la ciencia en México* de 1886:

En cuanto a la educación: En tesis general sólo queremos decir que dominando en el sexo débil la imaginación y el sentimiento, quizá en los estudios teóricos de Medicina sí podrá llegar a distinguirse la mujer; pero en la práctica, esa tremenda práctica que a veces pone en la mano del médico el cuchillo homicida y le urge a obrar sin espera; en esa práctica que exige a veces una tal sangre fría y serenidad tal, que aun al mismo hombre le falta, y una decisión y una indiferencia al sufrimiento, que la mujeres no tienen ni puede tener y que sería un absurdo exigirle; mucho dudamos que salga airoso del nuevo y extraño papel que en la sociedad quiere desempeñar. En buena hora que se dedique a la música, ese idioma de ángeles, puesto que ella le habla al sentimiento; en buena hora que se consagre a la pintura, ese remedo de las obras de Dios, puesto que ella le habla a la imaginación, y en buena hora todavía, que emplee sus ocios en cultivar la literatura hablando el lenguaje de las Musas, puesto que ella le habla a la imaginación y al sentimiento; pero que no se nos presente, aunque sea llena de

---

<sup>14</sup> Lourdes Alvarado, “Mujeres y educación superior en el siglo XIX”, en *Tiempo Universitario*, año 13, núm. 1, 2010, p. 2.

inocencia, escudriñando las miserias de la humanidad y rompiendo voluntariamente, el velo de su sencillez e inocencia.<sup>15</sup>

En conclusión, la educación de las mujeres no fue un tema que pasara inadvertido para los intelectuales mexicanos del siglo XIX. En este sentido, el ingreso de las mujeres en el ámbito educativo marcó sin duda un parteaguas definitivo en el rol que hasta entonces habían desempeñado en la sociedad mexicana. En 1901, Manuel Flores (pedagogo y doctor, amigo de Manuel Acuña) escribió un artículo en el que llevó aún más lejos el ingreso de las mujeres en la vida laboral; para él, que éstas pasarán de sujetos de la enseñanza a productoras de ella, las convertía en un ejemplo de —evolución social”: —La emancipación de la mujer no dejará desierto y abandonado el hogar. Los derechos que la sociedad le otorgue no podrán ni sofocar ni extinguir en ellas los instintos naturales, orgánicos y dominadores con que la naturaleza la ha dotado”.<sup>16</sup>

Es así como surgen dos esferas paralelas para el paulatino desarrollo profesional de las mujeres: la formalización de la instrucción y el ejercicio de la escritura; asimismo, este último se convirtió en un medio de expresión femenina, en una esfera de —privilegio” y de —libertad”. Ambos espacios se abrieron como fruto del aludido proceso de secularización, según el cual se intentó hacer comulgar el ideal femíneo del pasado con una nueva imagen femenina en consonancia con la necesidad de modernizar al país, cambio en el que participaron entusiastamente los intelectuales de la época, entre ellos Laura Méndez de Cuenca, como se verá a continuación.

---

<sup>15</sup> Francisco de Asís Flores y Troncoso, *Historia de la medicina en México*, t. II, p. 265.

<sup>16</sup> Manuel Flores, citado por Anne Staples, en *Recuento de una batalla inconclusa: la educación mexicana de Iturbide a Juárez*, p. 146.

### 3. LAURA MÉNDEZ DE CUENCA: LA VIDA EN LA DOCENCIA

La vida académica de quien sería una de las más fervientes estudiosas de la educación en México (y probablemente en Hispanoamérica), Laura Méndez de Cuenca, comenzó de manera “fórmula” en La Amiga número 1, ubicada en la calle San Juan en la Ciudad de México, a la que asistió de 1863 a 1866. Sin embargo, pronto, la familia Méndez-Lefort la transfirió a un establecimiento más acorde con su estatus social; así, ella y su hermana Rosa Méndez fueron inscritas en el colegio francés de *madame* Baudoin, cuyo plan de estudios aportaba la misma instrucción tanto para mujeres como para hombres, y donde se incentivaba la lectura de los clásicos franceses y de la cultura europea en general. —De manera extraescolar, la maestra le dirigió lecturas marcándole un orden por autor y tema, y así devoró las obras de Locke, Montesquieu, Bacon, Aristóteles, Pascal y Montaigne”.<sup>17</sup>

La Ciudad de México en la que la familia Méndez-Lefort se estableció sufría los estragos de las constantes guerras internas y los levantamientos civiles; no obstante, esta etapa fue fundamental para el desarrollo intelectual de la futura escritora, ya que el clima político del país transformó por completo no sólo el espacio urbano, sino también la vida social, como ya señalé; esto incidiría de manera directa en Laura Méndez, quien de los diez a los trece años cursó la educación básica. En esa metrópoli premoderna la autora presencié diversos acontecimientos históricos como, por ejemplo, el desfile en honor de los combatientes de la batalla del 5 de mayo en Puebla en 1862, que recordaría en varios textos a lo largo de su vida, y que, posiblemente, forjarían su pensamiento liberal.

---

<sup>17</sup> M. Bazant, *op. cit.*, p. 80.

Finalmente, para 1867 llegó el esperado triunfo de las huestes liberales sobre el Imperio de Maximiliano de Habsburgo (1864-1867); esto trajo cambios esenciales para el país, en particular en el ramo educativo: con la Ley juarista, publicada el 2 de diciembre de 1867 se renovó el sistema educativo mexicano, el cual adoptó desde ese momento un cariz positivista, y fomentó la incursión de las mujeres en la educación media y superior.

Con el movimiento de Reforma se impuso un nuevo concepto cultural que habría de guiar a la educación mexicana: la filosofía positivista, que veía en el desarrollo científico naturalista el único camino de educación y de progreso, concebido éste con un sentido estrictamente material.<sup>18</sup>

De igual forma, como parte de dicha ley se fundó ese mismo año la mencionada Escuela de Artes y Oficios, a la que ingresó Laura Méndez de Cuenca, después de terminar los cursos correspondientes a su educación básica en el establecimiento de *madame* Baudoin. Como expuse con anterioridad, esta institución brindaba educación a las mujeres con el fin de que éstas pudieran asegurar su manutención a través de medios más dignos; claro, asumiendo plenamente las diferencias entre los dos sexos. Fue allí donde la autora conoció al maestro Enrique de Olavarría y Ferrari, con quien tomó clases de declamación y retórica y, más tarde, mantuvo una prolífera correspondencia, gracias a la cual es posible reconstruir algunos pasajes de la vida de la escritora durante su estancia en los Estados Unidos. Aunada a esta instrucción, la poeta en ciernes se inscribió en el Conservatorio de Música, fundado por Manuel Payno en 1866, que contaba con un plan de estudios en suma completo.

---

<sup>18</sup> Fernando Solana, "Prólogo" a *Historia de la educación pública en México (1876-1976)*, p. IX.

Además de la enseñanza de canto y solfeo, piano, instrumentos de arco y de viento, se ofrecían clases de idiomas: italiano, “idioma universal de la música”; francés, “lengua mundial de la cultura y la diplomacia”, y “mexicano”, impartido por Faustino Chimalpopoca, el célebre profesor de náhuatl del emperador Maximiliano.<sup>19</sup>

Cabe insistir en que las iniciativas de instrucción que abrieron espacios a mujeres como Laura Méndez fueron conquistas políticas de la República Restaurada, ya que durante este período se intentó formalizar la educación laica para todos los sectores de la sociedad. Posteriormente, cuando Porfirio Díaz subió al poder, a pesar de los fuertes cuestionamientos por parte de los liberales “anticuados” al positivismo, se lograron consolidar muchos de estos propósitos educativos, por medio de la uniformidad en los planes de estudio.

Al triunfo de la revuelta de Tuxtepec y como consecuencia de la llegada del general Porfirio Díaz al poder, la educación, a la que ya se puede llamar pública, presentó en nuestro país características bien definidas. En el nuevo gobierno colaboraron algunos intelectuales que trataban de imponer los principios básicos del liberalismo, aunque se puede afirmar que la mayoría de los funcionarios sustentaban las ideas positivistas introducidas por Barreda y procuraban que éstas prevalecieran de modo oficial.<sup>20</sup>

Lo anterior con el fin de homogenizar a la sociedad, de consolidar una forma de “ser” mexicana.<sup>21</sup> De este modo

En 1895 la población escolar de 0 a 15 años era de 41.5% en relación a la población total, de esta cantidad solo 20% asistía a la escuela. Comparado este número con los parámetros actuales es bajísimo, sin embargo, durante el Porfiriato la escolaridad

---

<sup>19</sup> M. Bazant, *op. cit.*, p. 89.

<sup>20</sup> Salvador Moreno y Kalbtk, “El Porfiriato. Primera etapa (1876-1901)”, en *Historia de la educación pública en México (1876-1976)*, p. 42.

<sup>21</sup> El primer punto que trató el Congreso de Instrucción Pública de 1889 fue el de la uniformidad: “el mayor problema de la unificación nacional era el problema mismo de nuestra independencia y nuestro porvenir [...]. Todo lo que hay de fuerza centrífuga en la heterogeneidad de hábitos, de lenguas y necesidades debía transformarse en cohesión” (Mílada Bazant, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, p. 23).

aumentó a más de 400% pues en 1878 había 141 000 alumnos y en 1907 aumentaron a 657 000.<sup>22</sup>

Ahora bien, siguiendo los principios ideológicos que impulsaron dichos proyectos se instauró la constitución de escuelas de profesionalización de oficios, que descansó sobre la idea de la igualdad y el progreso. En este ambiente de especial interés pedagógico en la instrucción de la sociedad mexicana, Laura Méndez de Cuenca se desarrolló profesionalmente.

Después de la muerte de Acuña, la escritora de 24 años se casó con Agustín F. Cuenca, con quien tuvo nueve hijos de los cuales sólo dos llegaron a adultos. La precaria situación económica de la pareja obligó a Laura a buscar alguna clase de ayuda; y el magisterio, como indiqué, fue para ella la profesión idónea para solventar sus necesidades pecuniarias. Esto coincidió con un replanteamiento de la instrucción pública por parte del gobierno: —La cruzada educativa emprendida en la década de los ochenta del siglo pasado fue única en la historia de la educación en el siglo XIX en México, se efectuaron cuatro congresos, todos ellos celebrados en la capital de la República”.<sup>23</sup> Como consecuencia directa de lo anterior, se impulsó la creación de las escuelas normales para señoritas. Laura Méndez de Cuenca, pese a no haber asistido a la escuela normal, logró acreditarse como tal; así lo explica Milada Bazant:

El trámite que siguió Laura Méndez para titularse fue el siguiente: en agosto de 1885 le escribió al presidente del ayuntamiento manifestándole: haber cursado las materias necesarias para estar en aptitud de ingresar al profesorado y consagrarse a la enseñanza de la niñez según lo acreditaban los certificados que acompañaba; asimismo, "le suplicaba le concediera sustentar el examen". Adjuntaba a la petición dos cartas de recomendación que certificaban que la interesada era

---

<sup>22</sup> M. Bazant, *op. cit.*, p 89.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 21.

"hija de familia honrada y su conducta era intachable". Al cabo de tres meses, Laura Méndez presentó dos exámenes orales, alternados, y fue aprobada por mayoría de votos.<sup>24</sup>

Finalmente, el 18 de noviembre recibió del Ayuntamiento Constitucional de la Ciudad de México el título de profesora de instrucción primaria. Más tarde fue designada maestra de diversas —Aulas—, hasta 1885 cuando fue directora y fundadora de la Escuela Infantil bajo el sistema Froebel.<sup>25</sup>

Empero, lo que en papel parecería una brillante carrera magisterial, en la realidad tuvo muchos sinsabores: sus salarios fueron bajos y sus oficios casi siempre menesterosos, lo que se recrudeció a la muerte de su esposo. Tras este funesto hecho, la autora parece haber tenido muchos problemas económicos, ya que en periódicos de la época aparecieron varias notas donde colegas de Cuenca abogaban por que se le otorgara la dirección de alguna escuela: —también este colega está de acuerdo en que se conceda la dirección de una escuela municipal a la señora Laura Méndez de Cuenca, y ofrece contribuir para la impresión de las poesías de nuestro malogrado amigo Agustín”.<sup>26</sup>

Años después de esta nota, Laura Méndez dejó el país para trasladarse a San Francisco (1892), ahí impartió clases de español y fundó la *Revista Hispano-Americana* (1895), publicación bilingüe. En 1898 volvió a México para colocarse como subdirectora de la Escuela Normal de Toluca, labor que realizó con entusiasmo poniendo especial énfasis en la higiene y en las clases de geografía e

---

<sup>24</sup> M. Bazant, "La práctica educativa de Laura Méndez de Cuenca 1885-1926" en línea: <[http://biblioweb.tic.Universidad Nacional Autónoma de México.mx/diccionario/htm/articulos/sec\\_11.htm](http://biblioweb.tic.Universidad Nacional Autónoma de México.mx/diccionario/htm/articulos/sec_11.htm)>

<sup>25</sup> Friedrich Fröbel fue un pedagogo alemán quien incitó a la creación del jardín de infancia. Para Fröbel el Kindergarten era como un "jardín" donde se debía "cultivar" la actividad creadora del niño, la cual se manifestaba a través del juego (cf. Helmut Heiland, "Friedrich Fröbel" en *Perspectivas: revista trimestral de educación*, vol. XXIII, núms. 3-4 [1993], pp. 501-519).

<sup>26</sup> S.f., "El correo de las doce", en *La Libertad*, 8 de julio de 1884, p. 3.

historia, por encima de las asignaturas de bordado y manualidades. Para 1902, como parte de un grupo de maestros de avanzada, viajó a Estados Unidos a estudiar el sistema educativo de dicho país. La maestra Laura Méndez de Cuenca fue asignada a San Louis Missouri, donde realizó un estudio sobre el espíritu del *Kindergarten* alemán (sistema Froebel) y su implantación en el país del norte, comparada con su puesta en marcha en México. En 1904, tras meses de observación, publicó los resultados de esa investigación en las columnas tanto del *Boletín de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública* como en *La Gaceta del Gobierno del Estado de México*.<sup>27</sup> En ellos, Laura Méndez reflexionó profundamente sobre el ideal que regía la educación en Estados Unidos.

Desde que se divisa el local donde se alza una escuela pública, viene a la mente el primer contraste; la observación cuidadosa nos muestra que el régimen escolar de los Estados Unidos presenta diferencias muy notables al del que gobierna los planteles en México. Y estas diferencias radican en los dos distintos puntos de vista desde donde el americano y el mexicano miran el resultado de la educación de la niñez.<sup>28</sup>

A diferencia del vecino norteamericano, en México la instrucción era desordenada y se incitaba a los alumnos a través de premios, que en su opinión, —[engendraba] sentimientos ruines: envidia, soborno, indignidad personal”.<sup>29</sup>

Aunado a lo anterior, estos textos bosquejan con lucidez las ideas pedagógicas de la época y las de la autora, que coinciden con el anhelo de consolidar una nación a través de la enseñanza:

La escuela se asienta sobre las bases del progreso individual como premisa del progreso colectivo; sobre el cimiento de la responsabilidad individual como antecedente de la

---

<sup>27</sup> M. Bazant, art. cit.

<sup>28</sup> Laura Méndez de Cuenca, “Kindergarten”, en Pablo Mora (edit.), *Impresiones de una mujer a solas: una antología general*, p. 309.

<sup>29</sup> L. Méndez, *op. cit.*, p. 312.

responsabilidad común; sobre la piedra angular del patriotismo del niño como pedestal del patriotismo del ciudadano.<sup>30</sup>

De igual manera, reafirman los propósitos hacia los que debía orientar la instrucción:

Nadie debe estudiar a matarse por alcanzar un diploma que lo acredite de sabio ante los ignorantes, o de una medalla que halague su vanidad, o de un objeto que ha comprado el dinero; sino simple y sencillamente por el goce intelectual de saber, por el deber que todos tenemos de redimirnos de la ignorancia, por la satisfacción de ponernos en condiciones de servir a nuestros semejantes. Adquirir superioridad sobre los otros, no debe ser hincapié para despreciarlos, sino razón para estimarlos.<sup>31</sup>

Para la fecha en que estos informes se publicaron, la vida personal de la autora debió ser tormentosa, ya que su hijo más cercano, Horacio Cuenca Méndez, murió víctima de tifus en 1902. No obstante, la maestra y escritora se enfocó cada vez más en su labor docente, que le retribuyó un escaso pero estable ingreso económico, muy necesario para su familia, sobre todo por la enfermedad mental de su hija Alicia Cuenca, quien desde muy pequeña mostró síntomas de inestabilidad emocional. Su interés por la educación y el conocimiento no decreció; en 1904 se unió a una sociedad de mujeres que, más tarde dirigió, la cual estaba integrada por mujeres destacadas de la época como María Sandoval de Zarco, la primera abogada mexicana. Entre los deberes de la nueva presidenta se encontraba la dirección del vehículo ideológico del grupo. Eso hizo Laura durante algunos meses de 1905".<sup>32</sup> Poco a poco, sus actividades magisteriales fueron reconocidas y medianamente recompensadas: en 1906 formó parte del Consejo Superior de Educación Pública y realizó largos viajes al extranjero como representante del gobierno

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 313.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 312.

<sup>32</sup> M. Bazant, *Mujer indómita y moderna...*, p. 289.

mexicano durante un periodo de cuatro años, como comisionada en los congresos pedagógicos celebrados en Berlín, Milán, Bruselas, Frankfurt, Le Maine y Londres (1906-1910). En particular, le fue grata su experiencia en Alemania, ya que no sólo logró congeniar con la población y sus costumbres, sino que mejoró su salud y aumentó sus ingresos; de esto, dio cuenta en sus diversas crónicas de viajes.<sup>33</sup> En 1910 escribió la primera parte de su libro *El hogar mexicano: nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria*, al que me referiré con mayor detenimiento en los capítulos siguientes. Por ahora, basta decir que en este libro destinado a la educación de las niñas, la autora expuso los conocimientos adquiridos en los congresos a los que asistió, así como diversos apuntes científicos sobre la educación de los niños. Para ella, la infancia era el pedestal de la vida adulta y del destino de la nación:

Los niños son el espejo donde se reflejan nuestra conducta y nuestra personalidad, las cuales han de moldear las de ellos; y que a ellos, a quienes dejamos como herencia el campo del mundo para luchar en él por una efímera existencia, debemos darles también las mejores armas de ataque y los más seguros medios de defensa contra el mal que pudieren verse obligados a afrontar. [...] Así pues, es menester ir previniendo daños futuros, con el fin de que la sociedad progrese; no intelectualmente nada más, sino que también en su desarrollo físico y en su sentido moral.<sup>34</sup>

Como resultado de su trayectoria, en 1914 fue miembro del Consejo de Instrucción Pública, sin embargo, se mudó a Xalapa, Veracruz, en 1915, ciudad donde había vivido muchos años antes con su esposo Agustín F. Cuenca, y había colaborado con el periódico *El Pueblo*. Al regresar a la Ciudad de

---

<sup>33</sup> Cf. Roberto Sánchez Sánchez, *Laura Méndez de Cuenca: crónicas de viaje 1896-1910: andanzas por Estados Unidos y Europa* (Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México).

<sup>34</sup> Laura Méndez de Cuenca, *El hogar mexicano: nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria*, t. I, p. 70.

México, no obtuvo un trabajo estable y, a causa de la Revolución, el gobierno no pudo cubrir los salarios de los maestros; esto provocó la Huelga Nacional de Profesores, a la cual se unió Laura Méndez, razón por lo que fue cesada de su cargo en 1919.<sup>35</sup>

Como producto de la huelga, los maestros obtuvieron algunas prestaciones. En 1920 las autoridades otorgaron a Laura Méndez 60 centavos diarios como sobresueldo por haber cumplido más de 10 años de servicio ininterrumpido pero ni aún entonces el salario le alcanzaba. La Ley General de Pensiones Civiles de Retiro, expedida en 1925, benefició al año siguiente a la maestra Méndez con \$ 7.59 diarios que era el sueldo promedio que había obtenido durante los últimos dos años. Había cumplido 73 años y 41 en el ejercicio de la docencia.<sup>36</sup>

Pese a estos acontecimientos, a su edad y condición física (sufría de diabetes), no desistió en sus actividades como alumna: en 1916, cuando contaba con 63 años, se inscribió en la Escuela de Altos Estudios, donde tomó clases de sánscrito, latín, hebreo, la cátedra de Federico Gamboa y, en 1923, se matriculó en los cursos de Pedro Henríquez Ureña.<sup>37</sup>

Es evidente que la pasión de Laura Méndez por la escritura nunca se apartó de su actividad educativa ni de su amor por el conocimiento, ambas esferas de su vida se complementaron entre sí y se enriquecieron. Como veremos a continuación, su desarrollo como escritora fue en todo momento paralelo a su labor magisterial, y le permitió incursionar en ámbitos en los que, por lo general, las mujeres no habían irrumpido antes.

#### **4. LAURA MÉNDEZ DE CUENCA: LA VIDA EN LA ESCRITURA**

---

<sup>35</sup> Dicha huelga de maestros fue seguida por la suspensión de labores en muchas otras ramas industriales como gesto de solidaridad, entre estos los tranviarios (cf. Jaime Bailón Corres *et al.*, *El siglo de la Revolución Mexicana*, vol. I, p. 328).

<sup>36</sup> Mílada Bazant, *Debate pedagógico durante el Porfiriato*, p. 37.

<sup>37</sup> M. Bazant, *Laura Méndez de Cuenca, mujer indómita y moderna...*, p. 427.

Me he referido a la actividad de Laura Méndez de Cuenca en el ámbito educativo, como alumna y maestra, ya que considero que en su caso, el interés por la pedagogía no se entiende sin la escritura y viceversa. Así, ella sobrepasó los límites no sólo de su propia educación, sino también de lo que se pensaba de la escritura de una mujer.

Si bien su instrucción, como ya se mencionó, inició en —La Amiga”, su actividad literaria empezó en un terreno mucho más fértil y rodeada de un clima político más estable que el de sus primeros años de vida educativa. Laura Méndez de Cuenca comenzó a asistir a las tertulias de la Sociedad Netzahualcóyotl en 1870;<sup>38</sup> en ellas se acercó a la literatura no como una actividad recreativa, sino como una profesión, idea que se fincó muy temprano en la mente de una muy joven Laura Méndez de Cuenca. Dos años después de su ingreso a dicha Sociedad (1872), cuando era alumna de la Escuela de Artes y Oficios, Manuel Acuña leyó en el Liceo Hidalgo sus —Tercetos a Laura”, en los que la incitaba a continuar con su actividad literaria:

Álzate, pues, si en tu interior aún llevas  
el germen de ese afán que pensar te hace  
en nuevos goces y delicias nuevas.

Sueña, ya que soñar te satisface  
y que es para tu pecho una alegría  
cada ilusión que en tu cerebro nace.<sup>39</sup>

Laura Méndez de Cuenca escuchó, sin duda, a los que la llamaban a no ignorar su vocación y dejó tempranamente de ser una escritora ocasional. Viajar de la escritura privada a la pública es un recorrido posible y lógico en la carrera de

---

<sup>38</sup> La sociedad comenzó en 1869 en uno de los patios del ex convento de San Jerónimo fue de corte liberal y estuvo presidida por Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano y Guillermo Prieto. Asimismo Tenía como integrantes principales a Agustín F. Cuenca y a Luis G. Ortiz (cf. Alicia Perales Ojeda, *Las asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, p. 79).

<sup>39</sup> Manuel Acuña, *Obras completas, prosa y poesía*, p. 166.

cualquier autor; a ello contribuyó su participación en esta asociación, donde se promovía que escritores de oficio o aficionados compartieran textos y se recomendaran lecturas; de ahí que para la escritora en ciernes este periodo haya sido de singular importancia para su desarrollo escritural.

Al respecto hay que mencionar que en aquel momento, como resultado de la inestabilidad política y de la falta de infraestructura educativa en el país, las sociedades de intelectuales se convirtieron en motores culturales y fuentes de conocimiento; es decir, fungieron a manera de instrucción universitaria. —Erlas primeras décadas del XIX, las academias literarias (enclaves de hombres cultos que por lo general ya no son sacerdotes) prueban categóricamente la nueva posibilidad: el saber fuera de la Iglesia”.<sup>40</sup> Sin duda fue muy amplia la influencia e importancia de dichas sociedades que a diferencia de las instituciones religiosas, permitían la entrada y participación activa de mujeres.

Probablemente en tal asociación y bajo la tutela de sus contertulios, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Acuña, Guillermo Prieto, Agustín F. Cuenca y Luis G. Ortiz, Laura Méndez de Cuenca entró en contacto con autores distintos a los que sus contemporáneas leían y por los cuales, quizá hasta entonces, se había inclinado la propia autora. Asimismo, resulta probable que en este ambiente se invitara a los asistentes a explorar distintos géneros literarios, como sucedería con Méndez de Cuenca. Ahora bien, cabe señalar que ella no fue la única mujer partícipe de estos encuentros; Ignacio Manuel Altamirano no sólo tuvo como secretaria a Rosa Carreto, sino que también

Abrió sus puertas a otras más, a quienes ofrecía una tribuna y apoyo elogioso. Tal es el caso de Josefina Pérez de García

---

<sup>40</sup> Carlos Monsiváis, -De la santa doctrina al espíritu público (sobre las funciones de la crónica en México)”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, 35 (1987), p. 756.

Torres quien, siendo todavía una jovencita, hizo un viaje a la capital de la República para unirse con los escritores más importantes.<sup>41</sup>

A Rosa Carreto dedicó Manuel Acuña un poema en 1873:

En cambio, nuestros cantos  
y todo lo que encierra  
de bueno y amoroso  
nuestra alma y nuestro ser...  
y en cambio, nuestras flores,  
las flores de esta tierra,  
tu nido como alondra  
tu altar como mujer.<sup>42</sup>

Tal provocación, al adentrarse al mundo literario, se contraponía a la educación prototípica que recibían las mujeres del XIX; tal vez por esto, los mecanismos de la escritura de Laura Méndez de Cuenca no se asemejan a los de sus contemporáneas, quienes emprendían la escritura sólo como parte de su instrucción y no como un oficio. También es cierto que la autora se vio obligada a asegurarse un ingreso económico más allá del que percibía como maestra, tanto por su emancipación prematura, como por el trágico desenlace de sus relaciones con Acuña primero y Cuenca después. De este modo, la pluma se convirtió, a la vez, en un medio a través del cual podía cuestionar su realidad a la vez que en una forma de subsistencia digna.

En cuanto a su obra, como era común en la época, la autora incursionó primero en la poesía; sus textos datados con mayor antigüedad son —“Geraria” y —“Aíds”, de 1874. Esta primera etapa en su escritura tiene muchos rasgos líricos románticos como se observa en —“Aíds”, poema que responde a —“Adiós A...””, de Manuel Acuña, poemas que reproduzco a continuación:

---

<sup>41</sup> E. Hernández Palacios, *op. cit.*, p. 542.

<sup>42</sup> M. Acuña, *op. cit.*, p. 144.

Adiós A...

Después de que el destino  
me ha hundido en las congojas  
del árbol que se muere  
crujiendo de dolor,  
truncando una por una  
las flores y las hojas  
que al beso de los cielos  
brotaron de mi amor.

Después de que mis ramas  
se han roto bajo el peso  
de tanta y tanta nieve  
cayendo sin cesar, [...] <sup>43</sup>

Adiós

Adiós: es necesario que deje yo tu nido;  
Las aves de tu huerto, tus rosas en botón.  
Adiós: es necesario que el viento del olvido  
arrastre entre sus alas el lúgubre gemido  
que lanza, al separarse, mi pobre corazón.  
Ya ves tú que es preciso; ya ves tú que la suerte  
separa nuestras almas con fúnebre capuz;  
ya ves que es infinita la pena de no verte;  
vivir siempre llorando de angustia de perderte,  
con el alma enamorada delante de una cruz [...] <sup>44</sup>

---

<sup>43</sup> M. Acuña, *op. cit.*, p. 128.

<sup>44</sup> L. Méndez, "Adiós", en P. Mora (edit.), *op. cit.*, p. 73.

Considero que es innegable que los tintes románticos se mantuvieron en su poesía durante gran parte de su obra; sin embargo, Laura Méndez de Cuenca prefirió temas disímiles a los recurrentes en la poesía de sus —contemporáneas” (mujeres que publicaban con frecuencia en las revistas y periódicos). Al final de su vida, se alejó de manera evidente de los tópicos poéticos que hasta entonces la habían inquietado (el amor, la desesperanza, el dolor en la vida) y en cambio, abordó otros temas, como en —¿sabes el enigma” (1920) y —Pasa un poeta”, (1928), en los que trató cuestiones de moral, política y literatura, como en este último, dedicado a Salvador Díaz Mirón:

¡Un poeta pasa!  
Un poeta pasa. Cantos desprendidos  
de tu lira bajan, en áurea cascada.  
y suenan y suenan, y suenan diluidos  
en una silente estela borrada  
como la que dejan los barcos hundidos.<sup>45</sup>

No obstante su vocación poética, como apunté, este género no fue el único ámbito en el que se desarrolló. Laura Méndez de Cuenca experimentó con una gran variedad de géneros a lo largo de su vida: poesía, cuento, novela y biografía. Incluso se anunció una obra de teatro, la cual no ha podido localizarse.<sup>46</sup>

En cuanto a su cuentística revela rasgos interesantes, en particular en el abordaje del tema pedagógico, central para la presente tesis. El cuento le permitió realizar un proceso de crítica directa a la sociedad mexicana, a través de narradores omniscientes en algunos casos, o de una primera persona narrativa que habla desde un tiempo posterior a la acción narrativa. Su interés crítico en el ámbito nacional es evidente, sobre todo cuando comparamos sus textos sobre el

---

<sup>45</sup> L. Méndez, “Pasa un poeta”, en *ibidem*, p. 111.

<sup>46</sup> —Laura Méndez de Cuenca escribe ahora un drama que será probablemente puesto en escena y alcanzará completo triunfo” (cf. *El Anuario Mexicano*, 1 de enero de 1877, Ciudad de México, p. 4).

entorno mexicano con los que ambientó en Estados Unidos (como por ejemplo, —Confesión del Alma”, 1896) o en Alemania (—El ramo de violetas”, 1909) donde hila la historia a través de una voz narrativa con un registro de habla neutral; a diferencia de los textos situados en México, en los cuales construyó un registro coloquial y aleccionador. En estos últimos existe una especie de apropiación de la sintaxis, es decir, cuando el uso de las estructuras sintácticas y los campos semánticos de los vocablos se adaptan según el contexto en el que ocurre la historia; lo anterior tuvo fines didácticos en buena parte de los casos. Otro cambio notable se aprecia entre sus primeros cuentos como —El rayo de luna” (1890) o —Esta es la historia que me ha escrito” (1890), en los cuales es evidente una profunda vena poética que la autora relegó en su obra posterior, para dar lugar a una prosa más cercana a la crónica y el reportaje.<sup>47</sup>

Sin duda, este cambio de una posición exclusivamente lírica a un ámbito más impersonal, como es el reportaje y los artículos de opinión, coincide con la profesionalización de su escritura, proceso que comenzó después de enviudar de Agustín F. Cuenca (1884).<sup>48</sup> Así, ya para 1889 la autora era jefa de redacción del área literaria de *El Mundo*, y posteriormente, tras su traslado a los Estados Unidos en 1892, fungió como editora de la citada *Revista Hispano-Americana*. De igual manera, pese a estar fuera del país, publicó constantemente en *El Universal*

---

<sup>47</sup> No ahondaré más en esta parte de su obra ya que los cuentos de la autora requieren un estudio más detallado.

<sup>48</sup> —Hacia finales del siglo XIX, en la capital había 100 periódicos que eran diarios y 250 semanales, y en su mayoría eran más literarios y de opinión que de noticias. También se inició, con la renovación de la imprenta la consolidación de los grandes diarios, sobre todo en la capital del país como: *El Imparcial*, *El Monitor Republicano* y *El Universal*, con tirajes de 10 a 20 mil ejemplares” (Manuel Ortiz Marín y María del Rocío Duarte Ramírez, —El periodismo a principio del siglo XX [1900-1910]”, en *Revista Pilquen*, año XII, núm. 12, enero-junio 2010, p. 5). Considero que debido a la importancia de los medios escritos, y a las características particulares de las notas de opinión y la publicación de textos literarios, los escritores del XIX poseen una parte importante de su obra en el ramo periodístico, debido a que es el espacio en el cual pueden incursionar profesionalmente, un caso excepcional, por la versatilidad de sus escritos y el número de sus publicaciones es Manuel Gutiérrez Nájera.

y *El Imparcial* (fundados por Rafael Reyes Spíndola en 1888 y 1896, respectivamente); así como en otros diarios: *El Periódico de las Señoras*, *El Correo Español*, *El Pueblo* y *El Mercurio*.

Esta versatilidad en cuanto a temas e intereses, la convierte en una escritora peculiar, quien, a pesar de que muchos de sus puntos de vista todavía estaban anclados en la generación anterior, la que corresponde a la República Restaurada y al nacionalismo literario, construyó una obra en la cual comulgan el pensamiento ilustrado con las ideas positivistas y un evidente anhelo de modernidad literaria. Al respecto, Pablo Mora opina que la obra de Laura Méndez de Cuenca, —al podemos identificar, en todo caso, con la de escritores como Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Luis G. Urbina, Juan José Tablada”.<sup>49</sup> Pese a que pienso muy acertada dicha opinión, considero que, en cambio, la aleja de dichos escritores, el hecho de que su obra parece mantener todavía “un pie” en una tradición literaria anterior, interesada particularmente en educar por medio de la escritura.

En suma, a Laura Méndez de Cuenca la actividad magisterial le dio la libertad necesaria para desarrollar otros proyectos literarios, pero sobre todo definió el punto de vista de su escritura. Por lo anterior, aventuro que sus textos están directamente relacionados con la visión pedagógica de una autora que analizó críticamente la realidad del país dividido y convulsionado que encontró tras haber vivido en Estados Unidos.

Como maestra e intelectual Laura Méndez creyó en que la educación de las mujeres y de las minorías se reflejaba en la estructura social y constituía el cimiento para el futuro desarrollo de los ciudadanos. Su mentalidad respondió a

---

<sup>49</sup> Pablo Mora, “Laura Méndez de Cuenca: escritura y destino entre siglos (XIX-XX)”, en Laura Méndez de Cuenca, *Impresiones de una mujer a solas...*, p. 19.

los ideales que abanderaron los liberales mexicanos de mediados de siglo, quienes consideraron fundamental educar a la enorme población analfabeta del país ya que ésta representaba un peligro para la consolidación del Estado-nación mexicano, pues como vio como preocupación Altamirano:

Y es que nosotros no hemos podido destruir una distinción que no estaba al alcance de nuestra mano, que las leyes solas pueden aniquilar, que la fuerza es impotente para echar por tierra, y cuya desaparición es obra del tiempo y del trabajo. Esta distinción es la que existe entre las clases que se educan y las que permanecen en la ignorancia.<sup>50</sup>

A partir de dichas ideas Laura Méndez emprendió uno de los proyectos editoriales más importantes de su carrera: la escritura de su única novela *El espejo de Amarilis*, la cual apareció por entregas en el periódico *El Mundo*, en 1902, en donde como trataré de demostrar a continuación a través del análisis de sus personajes principales, se conjuntan de manera clara y significativa las facetas pedagógica y literaria de la autora.

---

<sup>50</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “La educación popular”, en *Obras completas I. Discursos y brindis*, p. 239.

## CAPÍTULO II

### LA VOLUNTAD SOBRE EL DESTINO: JULIÁN SUÁREZ Y ALFONSO SÁNCHEZ PORTAL

#### 1. INTRODUCCIÓN: LA ESTRUCTURA DE FOLLETÍN EN *EL ESPEJO DE AMARILIS*

*El espejo de Amarilis* fue anunciado a los lectores el 20 de enero de 1902 con las siguientes palabras: —Mañana comenzaremos a publicar en el Folletín de *El Mundo*, una preciosa novela de costumbres mexicanas, escrita por la señora Laura Méndez de Cuenca, expresamente para este periódico”. Esta nota apareció junto a algunos reportajes que aludían a los entonces recientes tratamientos para la tuberculosis, en una Ciudad de México que se veía constantemente acosada por distintas epidemias y enfermedades. Justamente, el hijo de la autora, Horacio Cuenca Méndez, fue víctima de una de ellas; esto ocurrió apenas unos días antes de la circulación de la primera entrega del *Espejo de Amarilis*, por lo cual Laura Méndez de Cuenca se encontraba en la capital de forma temporal, pues residía en aquel momento en los Estados Unidos.<sup>51</sup>

Si bien se publicó de manera íntegra por entregas en el aludido periódico, *El espejo de Amarilis* se escribió en varias etapas a lo largo de un periodo de diez años, entre 1892-1902, en particular al regreso de la escritora a México después de vivir en San Francisco en 1898. Como resultado de la información que he recabado sobre la estancia de la autora en los Estados Unidos, puedo afirmar que estas diferentes —~~ta~~ etapas” de escritura iniciaron con el proyecto de

---

<sup>51</sup> Aun cuando volvió a México para fungir como subdirectora de la Normal de Profesoras de Toluca de 1898 a 1900, a partir de este último año se trasladó a San Louis Missouri en los Estados Unidos, donde fue comisionada para estudiar los métodos de enseñanza de ese país, como se señaló en el capítulo anterior.

redactar una narración breve y no una novela; así lo anunció Laura Méndez de Cuenca en una carta a su maestro Enrique de Olavarría y Ferrari:

Tengo en mientes un *cuentecillo* más o menos corto que si llego a escribir y a publicarlo dedicaré a usted —si me lo permite—. Encierra todas mis impresiones como discípula y como maestra, muy vivas por cierto; y aun lo que podríamos llamar ficción tiene mucho de histórico. Se llamará *El espejo de Amarilis*.<sup>52</sup>

En el archivo que contiene la correspondencia entre ambos personajes existe otra epístola fechada en octubre de 1897, en la que la autora escribe: —Si Dios quiere, en diciembre o enero, escribiré *El espejo de Amarilis* para publicarlo en un periódico literario que con el nombre de *Estrella de Occidente* va a comenzar a publicarse en pocos días”.<sup>53</sup> Si lo anterior ocurrió, entonces, la escritora redactó un primer borrador de la novela probablemente en algún momento de 1898. Sin embargo, durante mi investigación no localicé esta versión en el citado diario de provincia, por lo que es posible que no se haya publicado allí. Finalmente, como apunté, la narración se incluyó en las páginas de *El Mundo* y ese mismo año se publicó en forma de libro bajo el sello editorial Linotipia de *El Mundo* y *El Imparcial*, Segunda de las Damas y Puente Quebrado, números 3 y 4, 1902, t. I, 163 pp., t. II, 179 pp. (Biblioteca de *El Mundo*).

Para el presente trabajo consulté la versión de folletín que apareció diariamente por entregas en *El Mundo*, entre el 21 de enero y 1 de abril de 1902, la cual puede consultarse en el Fondo Reservado de la Hemeroteca

---

<sup>52</sup> Laura Méndez de Cuenca, “Carta del 26 de julio de 1897”, en Pablo Mora (edit.), *Impresiones de una mujer a solas...*, p. 222. La carta fue escrita en Berkeley, donde pasó una corta temporada para recuperar la salud.

<sup>53</sup> L. Méndez de Cuenca, “Carta del 25 de octubre de 1897”, en P. Mora (edit.), *op. cit.*, p. 224.

Nacional.<sup>54</sup> Aventura que *El espejo de Amarilis* se encontraba escrito en su totalidad o parcialmente cuando se publicó de forma definitiva en dicho diario, no sólo por las razones presentadas arriba, sino también porque, dada la extensión del texto y la impresión consecutiva de las entregas, es imposible que la autora redactara la novela sobre la marcha, más aún porque al momento de su circulación, como se dijo, se encontraba comisionada fuera del país. Sin embargo, considero que, al haber sido escrita y proyectada para su publicación en periódico, la novela posee características generales del folletín.

Como es sabido, la novela de folletín imprimió características peculiares en la producción y distribución de la literatura; este concepto surgió en París alrededor de 1836, cuando los dueños de los periódicos descubrieron el potencial que la novela de folletín tenía como herramienta de mercadotecnia para aumentar la venta de las publicaciones periódicas. Este tipo de obras se caracterizaba, entre otras cosas, porque era publicado por entregas como suplemento fijo de algún órgano de prensa y estaba dirigido al público que podía adquirir el periódico.<sup>55</sup> En la mayor parte de los casos, el folletín se redactaba sobre la marcha; asimismo, dada su naturaleza comercial, tuvo que generar una escritura en la cual se administraba el suspenso y la tensión para captar la atención del lector y sostener sus ventas. Empero, una vez que esta modalidad literaria se afincó en el gusto del público, también se publicaron novelas ya escritas de antemano seccionadas para su aparición por entregas. Ahora bien, según Juan Ignacio Ferreras, —~~na~~ novela por entregas es siempre

---

<sup>54</sup> En *El Mundo*. Edición de la tarde, t. XII, núm. 1752 (20 de enero de 1902), p. 4. El folletín de *El espejo de Amarilis* cuenta con un paginado individual; no obstante, en todos los casos la novela se imprimió en la parte inferior, dedicada al folletín, en las páginas 3 y 4 del mencionado periódico. A partir de esta nota, me referiré únicamente a la página del diario en la que apareció el folletín, t. XII, núms. 1753-1798, del 21 de enero al 1º de abril de 1902.

<sup>55</sup> Cf. Juan Ignacio Ferreras, *La novela por entregas (1840-1900)*.

esencialmente, estructuralmente, idéntica a otra novela por entregas, sea la que fuere la visión del mundo y hasta el mérito literario del autor”;<sup>56</sup> en otras palabras, en los folletines los temas, los personajes, las estrategias textuales y el contexto de la historia suelen ser similares o estereotípicos.

En relación con los argumentos recurrentes del folletín, éstos derivan, por lo general, de un acotado número de asuntos, el más significativo y el que engloba otros contenidos, es el amoroso.

Los escritores de folletín defienden la autenticidad y la pureza del primer amor, el amor virginal, caracterizado por la angustia, pérdida del hambre, desvarío en el enamorado [...]. El clímax en el tema del amor lo proporcionan las enormes y continuas dificultades con que se encuentran los personajes para poderse unir. La más frecuente es la diferencia de clase social o edad.<sup>57</sup>

Otros tópicos que sobresalen en la construcción de las tramas folletinescas son la pobreza, la orfandad y la educación. En particular, —el interés que los autores de folletín tienen por el tema de la educación deriva, sin duda, de la influencia de la literatura didáctica y moralizante del siglo XVIII”.<sup>58</sup> En una dirección similar, un rasgo que debe resaltarse en esta modalidad textual es el contexto en el que se desenvuelven las acciones que, generalmente, se sitúan durante un momento histórico importante, sobre el cual el folletinista cree necesario reflexionar y adoctrinar a sus lectores; de tal suerte que —al historia sirve de ejemplo moral para el presente o de transmisora de la ideología de los novelistas”.<sup>59</sup> Aquí, cabe puntualizar que las inquietudes políticas eran muy distintas en Europa y América, por tanto el folletín americano presenta visiones sociales y educativas muy diversas, íntimamente relacionadas con la

---

<sup>56</sup> Ferras, *op.cit.*, p. 247.

<sup>57</sup> Pilar Aparici e Isabel Gimeno, —Justificación y límites de una antología”, en *Literatura menor del siglo XIX...*, pp. XXII-XXIII.

<sup>58</sup> P. Aparici e I. Gimeno, *op. cit.*, p. XXVIII.

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. XXXII.

construcción de la identidad nacional en Estados en proceso de consolidación y modernización.

De igual manera existe, en cuanto a los protagonistas, una constante, ya que —dualismo moral de estructuras y temas se refleja en la construcción [también dual] de sus personajes”.<sup>60</sup> En este sentido, el comportamiento de la mujer es largamente analizado, y quizá sea la cuestión más tratada por los folletinistas, pues, a través de él —se discurre cuál ha de ser el ideal femenino, su papel en el mundo, su función como heroína, como madre, como educadora, su relación familiar, social. El concepto sobre la mujer dependerá, a menudo, de la ideología del autor”.<sup>61</sup>

Finalmente, como mencioné, uno de los principales rasgos de la escritura folletinesca es la presencia de un *narrador-autor* quien, por un lado, tiene que recordar al público constantemente hechos pasados, para que no pierda el hilo de la narración, y al mismo tiempo anticiparle sucesos para intrigarlo, y, por el otro, elabora un discurso que, —directamente en el prólogo o mediante digresiones, present[a] sus opiniones, d[a] consejos, incit[a] al lector hacia determinadas posturas ante diversos temas”.<sup>62</sup>

Los rasgos mencionados con anterioridad son de forma muy general los principales lineamientos escriturales de la novela de folletín; no ahondaré más en ellos, pues lo expuesto es suficiente para mostrar cómo *El espejo de Amarilis* cumple con varias de dichas características. En principio, el *autor-narrador* en la novela marca las pautas de suspenso a lo largo de los dos tomos que componen la obra, con líneas como: —y veremos las desgracias que Julián tendría que sufrir para llevar esto a cabo” o —algunas cosas que aún

---

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. XXX.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. XXXI.

<sup>62</sup> *Idem.*

ignora Julián si no las ha estacado la zalea”. De igual forma, el *autor-narrador* repetidamente intenta mantener la atención del lector:

Perdone el lector –si lo hay– la incoherencia de la narración en gracia de su veracidad; y vuélvase todos oídos, que allá va el chaparrón, salga como saliere. Unas veces habla Julián, otras hablo yo, y no pocas meten su cuchara los intrusos testigos de los hechos que paso a referir, con la venia de ustedes o sin ella. A valiente nadie me gana (21 de enero de 1902, p. 4).

Del mismo modo, esta voz tiene un tono didáctico, con el cual se exponen temas que inquietaban a la pedagoga Laura Méndez de Cuenca, en particular la deplorable situación educativa y social de las mujeres y de los indígenas; en esos pasajes, el narrador se expresa con vehemencia y en ocasiones con hiriente ironía. Este último rasgo parece haber sido propio de la personalidad de la autora, o al menos así lo advirtió ella a su maestro Olavarría y Ferrari a propósito de la futura redacción de la novela:

Le doy a usted gracias por haber aceptado la dedicatoria y le ofrezco a usted darle bajo el disfraz de una sencillísima ficción episodios rigurosamente históricos, y aunque los personajes que figuran serán de carne y hueso, nadie tendrá el candor de darse por aludido aunque se reconozca y puede ser que más de uno se corrija o por lo menos sea más cauto. Por lo demás no tema usted que asocie el limpio y respetable nombre de usted a un libelo pues ya sabe usted que si soy ruda para dar mi opinión, cuando escribo para el público guardo en lo más hondo mis malas pasiones si no he tenido la felicidad de ponerlas lo cual sucede con mayor frecuencia.<sup>63</sup>

En suma, la forma y la técnica de este género posibilitaron que la autora la escribiera un texto literario de largo aliento, con una clara intención pedagógica, ello la llevó a emprender dicha aventura editorial. Así, *El espejo de Amarilis* es una obra en la que se aprovechan las estrategias narrativas de este género que le permitió elaborar a profundidad y de manera panorámica una

---

<sup>63</sup> L. Méndez, “Garta del 25 de octubre de 1897”, en P. Mora (edit.), *op. cit.*, p. 224.

reflexión sobre la deficiente educación de las minorías y su efecto en el estado general de la nación, como intentaré demostrar a través del análisis de los personajes principales.

## 2. RESUMEN DE *EL ESPEJO DE AMARILIS*

Antes de comenzar dicho estudio, considero pertinente hacer una breve síntesis de la novela, ya que es poco conocida y la versión periodística sólo puede consultarse en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional.

*El espejo de Amarilis* tiene como personaje principal a Julián Suárez del Olmo, un médico de prestigio, a quien su amigo Anselmo Yáñez recrimina ser supersticioso, porque carga en una cartera elegante de Rusia un espejo —~~de~~portillado”. Tal elemento rompe con la imagen de —~~ar~~stócrata” que Julián Suárez se ha forjado como médico reconocido; en este espejo, el personaje observa una y otra vez su reflejo que, posteriormente, se revelará al lector como el de un indio de raza.

—Para decirte la verdad, doctor, más de una vez he querido preguntarte, qué misterioso enigma encierra un cachivache que, si estaría de perlas en el mugroso chiquihuite de una cocinera, es baldón en el estuche de un facultativo aristócrata cual tú, nada menos el que cura a la flor y nata de México.

A lo que Julián responde:

—¡Psh! Déjame ver en el espejo en el talismán, antes de declararte de una vez por todas que ni he tenido ni jamás tendré novia, ni espero tenerla en mi vida.

—Hombre por Dios, ¿por qué?

—Pues por éste, por éste.

—¿Por el espejo?

—Cabal (21 de enero de 1902 p. 4).

Después de esta primera introducción al carácter de los dos personajes que se reúnen para brindar, la historia vuelve años atrás, a la infancia de Julián,

cuando vive con la familia de su padre en La Magdalena, un pueblo indígena donde su abuelo, don Gregorio, maneja la mayor parte del comercio, gracias a sus macabras dotes como brujo, según la creencia popular. Esto atormenta a Julián y a Feliciano, su madre, quienes viven en las peores condiciones, debido a que el progenitor murió durante la Intervención Francesa. A pesar de su orfandad, a insistencia de Feliciano, Julián acude a la escuela pública de La Magdalena, en la cual conoce al primer maestro que nota sus habilidades e inteligencia: José Iparraguirre, quien lo ayudará a huir de la mala influencia de su abuelo, cuando nacen en Julián los deseos de transformarse.

De un golpe nacieron en el pecho de Julián las dos tiránicas necesidades del hombre, —~~uz~~” y —~~amor~~” como si las simientes hubieran estado en fermentación el tiempo preciso para geminar, y el poderoso reclamo del sol las echara fuera de sopetón sobre el haz de la tierra. La primera revelación del hombre en el alma del bruto (22 de enero de 1902 p. 3).

Esta primera etapa de vida se rompe definitivamente con la muerte de su madre. Por esta razón, Julián escapa del terruño y pasa al servicio de las señoritas Arroyo que tienen una escuela para niñas en la Ciudad de México. La señoritas Arroyo son dos solteras, Mariana y María Cecilia, que viven con su hermana mayor, viuda, María Gabina y la hija de ésta, Jesusita. Mariana siente simpatía por Julián y lo interpela a su llegada:

—¿Te gustan las adivinanzas?

—No sé qué son

—¿Y los cuentos?

—Tampoco.

—Bueno, no le hace. Yo sé que te divertirán, *El del espejo de Amarilis* te enseñaré yo y lo tendrás por el mayor entretenimiento. Verás qué gran consuelo son los cuentos: lo sé por experiencia (29 de enero de 1902, p. 4).

Dichas mujeres lo acogen como mozo y lo proveen no sólo de sustento, sino también de un mundo de fantasía narrativa que cambiará a Julián por

completo; ahí se refugiará del hambre y más tarde de la decepción amorosa. Compartirá este periodo de la infancia con dos figuras femeninas, Inés y Clara Mendoza, que se contrapondrán a sus antiguas amigas de La Magdalena, las niñas Soledad y Cruz, descritas por el narrador como dos bellezas locales:

Soledad, la mayor, era tan desmedradita que parecía que iba a quebrarse si la miraban con atención. Aunque su palidez era extremada y venía sin duda de quebranto de salud, la chiquilla no tenía cara de enferma. Su blancura mate y sus ojos intensamente negros, grandes y dormidos, le daban aspecto de visión de la fantasía más que de ser en cuerpo y carne. Cruz, la hermanita menor, sin pecar de opulenta, era más llenita, redonda y esbelta. Su color ligeramente trigueño contrastaba con dos hermosas trenzas castañas y un par de ojos azules, de mirar hondo, que en brillo decían a los luceros del cielo: quítense, allá vamos (24 de enero, p.4).

Ya en la ciudad y olvidadas Soledad y Cruz, pronto Inés Mendoza se convertirá en la amada compañera de juegos e ilusiones; con ella representará, a modo de juego, romances castellanos y canciones que Marianita Arroyo presenciara. Sin embargo, esa dichosa unión siempre estará amenazada por el acoso y desprecio tanto de Clara Mendoza, hermana de Inés, como de Gregoria, la sirvienta indígena, que ama a Julián y exige ser correspondida. Así, la nueva vida de Julián representa un espacio idílico en el que abandona el miedo a la brujería que tanto lo atormentaba; en la casa de las Arroyo, Julián encontrará al fin un edén colmado de fantasía:

Cómo se deleitaba la chiquillería con la —Marcha Real”, —Los fueros de Aragón” y —El Himno de Riego”, y las loas y romances medioevales o moriscos que en su resurrección Marianita fue desembuchando; cómo se extasiaba con las maravillas de los flamantes cuentos —El Príncipe de las siete velas”, —El Palacio de Marfil” y el ya repetido y sobado —Espejo de Amarilis!” Más que ningún otro, éste exaltaba la fantasía de Julián, más que ningún otro había engendrado quimeras en su levantisca imaginación (4 de febrero, p. 3).

No obstante, se critica ampliamente la educación católica que las señoritas imparten, así como su pretendida piedad religiosa, puesta en duda cuando matan de hambre a Inés y Clara, quienes quedan a su cargo al mudarse sus padres a un pueblo de Veracruz. Aunque Julián sufrirá las mismas carencias, su condición masculina lo coloca en una posición educativa diversa a la de las niñas; a diferencia de ellas, desde su arribo a la Capital, al niño se le predestina a seguir los pasos de un indígena ilustre: Benito Juárez.

—Pero, mi señora— respondía con mucho miramiento el aludido—si él es capaz de más ¿por qué lo hemos de postergar y de tener hecho criado toda la vida? Quédese para los que nada pueden dar de sí, deje usted a nuestro Julián subir hasta donde lo eleven sus alas, que no será poco. Sabe Dios si como dice el compañero Iparraguirre, llegaría a ser otro Juárez (3 de febrero de 1902, p. 4).

Por esta razón, María Gabina y las Arroyo apoyan al mozo para que continúe estudiando en la escuela pública; de este modo, Julián recibe una educación laica y positivista, la cual posibilitará la asimilación del niño indígena al mundo mestizo:

En la escuela pública, el trato con muchachos mayores que Julián, y hasta perversos, arrebató bien pronto el vellón del indito; mas su índole suave contrarrestó los peligros de las malas compañías, inclinándole al puro gozo de los afectos y lazos de familia. Porque familia era para Julián la de las Arroyo, tan cariñosas, mansas y sumisas (3 de febrero de 1902, p. 4).

Con posterioridad, gracias al apoyo del doctor Borrayo, quien lo atiende durante una enfermedad infantil y después lo adopta, Julián ingresará a la escuela de medicina, donde finalmente experimentará la libertad y vivirá las aventuras y avatares de la juventud, lejos del cobijo de su padre adoptivo.

En eso de la libertad, Julián otorgaba sinceramente su aquiescencia: con haber recibido de los Barrayos trato paternal, no sabía lo que era de sabroso ser dueño de sí; y el primer día que al despertar no oyó la campanilla del médico llamando a su criado, ni la cocinera le advirtió que

era hora de levantarse a barrer el comedor, ni tuvo que aguardar para comer a que otros tuvieran hambre y la saciaran, le pareció que le habían nacido alas. Con qué satisfacción se volvió del otro lado, aunque no tenía ni pereza ni sueño, y se dijo para su caletito: ¡qué retesabroso es ser libre! (12 de febrero de 1902, p. 4).

En esta etapa conocerá a los amigos de su juventud: Antonio de Padua, de apariencia aristocrática; Leonardo, un desalmado que vive a expensas de su madre viuda y su hermana solterona y, por último, Gabriel Antúnez, descrito como un poeta ensimismado cuya vida termina en el suicidio.

Los tres eran forasteros: Antonio de Padua Castro, de Puebla; Leonardo Guzmán, de Veracruz; Gabriel Antúnez, de una aldehuela fronteriza. Los tres soplaban la flauta, arañaban el violín, respunteaban en la guitarra, literateaban en prosa y verso, y finalmente, los tres contaban las novias por los dedos, aparte de tener otros quebraderos de cabeza, aunque sobre este particular diferían teniendo cada cual sus originalidades (12 de febrero, p. 4).

A diferencia de sus compañeros, Julián sí concluirá los estudios para convertirse en un prestigioso doctor, que se unirá al cuerpo médico militar y terminará abriendo una clínica de servicio público. Pese a sus logros profesionales no obtendrá el amor de Inés Mendoza, a quien reencontrará muchos años después durante una presentación de la obra de teatro *La hija del rey*.<sup>64</sup> El primer tomo de la novela finaliza cuando Julián es rechazado por Inés, quien por su carácter manipulable y sumiso lo rechaza, aunque en realidad lo ama. Como respuesta a la petición de matrimonio de Julián, la

---

<sup>64</sup> *La hija del rey* se puso en escena en el Teatro Nacional de México el 29 de abril de 1876, y como «casi todas las obras dramáticas de [José] Peón y Contreras se representaron en México en los momentos en que, con el triunfo del liberalismo, se acentuaban ciertos cambios en las tendencias literarias nacionales. [...] tras el velo de una ficción tal vez para soslayar compromisos religiosos, expone el autor sus teorías sociales; ataca las depredaciones del gobierno colonial; defiende al indio y enjuicia de modo severo algunas órdenes monásticas» (Ermilo Abreu Gómez, «Prólogo» a José Peón y Contreras, *La hija del rey*, p. X). Cabe mencionar que existe cierta similitud entre la trama de esta obra en la cual se reencuentran Julián e Inés y la de *El espejo de Amarilis*.

hermana de Inés, quien considera indigno para su hermana y su clase social las aspiraciones del indio (—mira qué humillación y qué bochorno que ese indio igualado haya alzado sus ojos hacia ti”,) (19 de febrero de 1902 p. 4), mandará a la criada Gregoria a entregarle, cruelmente, el aludido espejo en el que la criada se veía para —~~es~~stripar un grano”. Así, éste es entregado a Julián con la negativa de —Inés-Amarilis”, pidiéndole que se observe en él —al cara de mico ridículo que tiene”.<sup>65</sup>

Pasados estos acontecimientos, Julián tomará un puesto como médico en un hospital privado en Puebla, que dejará para cumplir con su patria, enlistándose en el ejército. Años después, volverá a la Ciudad de México para abrir el consultorio antes mencionado; pronto, sus servicios serán solicitados para atender a la hermosa hija de una familia rica. Julián no podrá ver a la madre, porque ésta se recuperaba en esos momentos de su segundo parto. La madre, no es otra que Inés-Amarilis, quien ha contraído matrimonio con Alfonso Sánchez Portal, miembro de la aristocracia mexicana surgida tras la Independencia. A diferencia de Julián, Alfonso recibió una educación jesuita, que alimenta su carácter supersticioso; esto, aunado a su herencia enfermiza y su gusto por las novelas románticas y los folletines franceses lo conducirán irremediablemente a la locura y al encierro en su propia casa. Por su parte, Amarilis, que no ha olvidado su amor adolescente por Julián, al encontrarse de nuevo con éste decidirá cometer adulterio, sin importarle ya que Julián sea de origen indígena. Pero no se concretará esa posibilidad e Inés quedará encerrada en una casa con comodidades materiales, pero bajo el acoso de su

---

<sup>65</sup> Lo antes mencionado, en suma importante para el desarrollo de la trama, ocurre en el capítulo titulado —El espejo de Amarilis”, capítulo que en la versión impresa en forma de libro, en posesión de los descendientes de la autora, se encuentra (quizá por un erro de empastado) en otro orden, por lo cual, con lápiz, la autora corrige el paginado.

esposo loco, quien a la postre intentará asesinarla. En una imagen final de denso contenido simbólico, Julián entrará al cuarto de Inés para consumir el adulterio, pero hallará en su lugar al marido frente a un espejo, buscando —una forma de hacerse invisible” y listo para dispararse en la cabeza. La escena tiene como punto de vista el reflejo de ambos en el espejo, desde donde se relata cómo Julián, sin dudarlo, retirará el arma de la sien del marido de Inés. El disparo romperá el espejo y con éste la imagen distorsionada de Julián-indio y Alfonso-aristócrata. Pese a que el suicidio de Alfonso posibilitaría la consumación del amor de Inés y Julián, este último no lo permitirá y huirá a Europa en busca de olvido, con lo cual culminará su trágica historia.

[Alfonso] Acercóse al espejo, preparó el arma no amartillada todavía, y en los momentos que se la aplicaba a la sien derecha, una mano de hierro le cogió por el puño, desvióle la boca de la pistola hacia el rincón de la alcoba, y tirándole del dedo que sujetaba el gatillo, le obligo a producir el disparo. En aquella casa de paredones españoles de la época colonial, solo el gato que dormía en un cojín del sofá se alebrestó al balazo, pero bien pronto volvió a ocupar su puesto, avergonzado del temor infundido y ansioso de continuar su siesta.

Descargada la pistola, Alfonso intento volver a cargarla, entablándose entre él y Julián— que no era otro el que le había apretado el puño como con tornillo— una escena de pugilato, sin más testigos que el felino en la tierra, y arriba... ¡quizá el vacío, quizá una mirada compasiva y eterna! El cuerpo inanimado de Amarillis permanecía inmóvil en la alfombra. Julián gritó pidiendo ayuda. El forcejeo entre el demente y su vencedor, se prolongó aún por pocos instantes, hasta que Isidra y el portero, atraídos por las voces del médico, acudieron pronto a dar auxilio a quien lo necesitase (1 de abril, de 1902, p.3).

### **3. JULIÁN SUÁREZ DEL OLMO: EL ESTEREOTIPO EN REBELIÓN**

Como advertí, en este apartado analizaré la configuración del protagonista masculino de *El espejo de Amarilis*, Julián Suárez del Olmo, por medio del cual Laura Méndez de Cuenca expone su opinión acerca de las condiciones marginales en las que vivían las comunidades indígenas, siempre sin perspectiva de cambio. Para ello, confrontaré el desarrollo del personaje Julián Suárez del Olmo con el estereotipo del indio común ya que considero que la autora enfrenta esta figura con la imagen común que se tenía del indígena en la época; esto con miras a discurrir en torno a las deficiencias de la educación pública destinada a esos sectores y el fracaso en su integración al proyecto liberal de nación.

Como es sabido, existe una larga tradición de representación del mundo indígena, por lo general, dicha imagen está rodeada de una nube de folclor y exotismo. En el siglo XIX, las disímiles formas en que esta problemática se abordó, crearon un imaginario idealizado o devaluado, según los intereses políticos en turno; empero, es importante recalcar que sin importar cuáles fueran éstos, los indios representaron siempre un objeto de estudio de un grupo dominante que generó imágenes estandarizadas u homogenizantes sobre ese sector de la población; en otras palabras, durante la mayor parte del siglo antepasado, el indígena fue concebido como un ser rústico, miserable y menor de edad. *Madame* Calderón de la Barca, quien llegó a México a fines de diciembre de 1839 y permaneció aquí hasta enero de 1842, apunta sobre su visión de los indígenas en su libro *La vida en México*:

Nos envuelven las nebulosas tradiciones de una raza que fue; impresión que no se alcanza a disipar cuando el silencio se rompe con las pisadas de un indio transeúnte; pobre, envilecido descendiente de aquellas gentes extraordinarias y misteriosas que no sabemos de qué partes vinieron y cuyos hijos viven ahora —corta condición de haber de cortar leña, y

acarrear el agua” para el servicio de todo un pueblo del cual fueron reyes una vez.<sup>66</sup>

En *Madame* Calderón de la Barca persiste la idea, impregnada por el romanticismo, de que los indígenas eran los hijos —“de los” de Dios, por lo que debían ser protegidos. Tal posición —“paternalista” está relacionada con la visión evangelizadora o religiosa de los primeros años de la Conquista, a la que muchos años después intentaría suceder la posición liberal, según la cual se buscó integrar a ese sector de la población al proyecto nacionalista por medio de la educación pública. Ambos procesos ideológicos, aunque con raíces en visiones de mundo disímiles compartían el mismo propósito, en palabras de Ángel Rama: —Loque se llamó primero ‘evangelizar’ y después ‘educar’. Aunque el primer verbo fue conjugado por el espíritu religioso y el segundo por el laico y agnóstico, se trataba del mismo esfuerzo de transculturización a partir de la lección europea”.<sup>67</sup> Lo que me atrevo a llamar —“transculturación laica” fue una consecuencia paulatina del triunfo del proyecto liberal y la promulgación de la Constitución de 1857, que decretó la libertad y la igualdad como principios torales para la definición del ciudadano y la refundación del Estado. Para la escritora Laura Méndez de Cuenca, el papel del líder político de los liberales, Benito Juárez, fue esencial no sólo para la puesta en funcionamiento de la educación laica y positivista, sino también para el impulso de un modelo de integración del indígena a la vida nacional. Con respecto a esto en 1906, cuatro años después de escribir y publicar *El espejo de Amarilis*, la autora dio a la revista *La Mujer Mexicana* una semblanza de Benito Juárez, que utilizó como referente para la construcción del protagonista de su novela, como se verá más adelante. En ese artículo, en un tono de exaltada admiración, la autora

---

<sup>66</sup> Francisca A. Calderón de la Barca, *La vida en México...*, p. 284.

<sup>67</sup> Ángel Rama, *La ciudad letrada*, p. 17.

comentó: —Juárez entre los otros, era el primero por su energía, por la firmeza de sus convicciones y porque en él estaban vinculados los derechos de la patria”.<sup>68</sup> En particular, esta —energía” fue la que impulsó a Juárez a abandonar sus raíces culturales y abanderar un nuevo ideal laico de nación:

Se levantó desde la más baja clase social a luchar por la autonomía de aquella otra raza que lo miraba con desprecio invitándola a fundirse en la suya propia, teniendo en mira ideales más nobles y fines más grandiosos; sobre las preocupaciones religiosas y las supercherías de credo, fundó el de la igualdad universal. El derecho de pensar y el respeto al pensamiento ajeno lo elevaron sobre el nivel social, pues al encarnar en su ser las ideas de progreso que flotaban dispersas en el ambiente, el pueblo puso en él la responsabilidad y la confianza que siempre cargaron sobre sus hombros los profetas.<sup>69</sup>

Además de la —energía” mencionada, Juárez —se levantó desde la más baja clase social” gracias a que tuvo acceso a la educación que lo —liberó” del atraso indígena y convirtió, más tarde, en uno de los principales reformadores y promotores de la educación pública:

[Juárez:] habiendo salido de la oscuridad de una aldea, buscaste con afán la luz de la instrucción; que fuiste huérfano y pusiste empeño en que se fundaran escuela para que los huérfanos no permaneciesen en las sombras de la ignorancia; que tu raza era una raza degenerada abyecta, humillada por la soberbia española y tú mostraste lo que tu raza podía hacer, educada, cultivada, aleccionada por buenos ejemplos; que pertenecías a un pueblo esclavo y fuiste de los campeones de la libertad, uno de los más entusiastas y de mayor fe; que de pastorear ganado pasaste a conducir ejércitos en masa, no ciñendo militares arreos sino la modesta toga de abogado, no enarbolando banderas flechadas de oro sino la carta fundamental que rige a un pueblo libre.<sup>70</sup>

Como el propio título insinúa, en *El espejo de Amarilis* Laura Méndez de Cuenca utiliza la imagen del espejo como estrategia narrativa, que será de

---

<sup>68</sup> Laura Méndez de Cuenca, “Juárez”, en Pablo Mora (edit.), *Impresiones de una mujer a solas...*, p. 302.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 305.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 305.

suma importancia en la configuración de los personajes; así, un primer reflejo se establece entre Juárez y Julián Suárez, quienes desde el apellido entablan una evidente relación.<sup>71</sup> A ambos los une su origen indígena, su orfandad, sus deseos de justicia y de superación, pero sobre todo el hecho de que sus aspiraciones se cimientan en la instrucción laica y pública. En otras palabras, Julián representa en la novela lo que Juárez en la historia de México: la posibilidad de que todos los sectores sociales gozaran de los progresos de la ciencia y participaran en el proceso de modernización del país, para lo cual era necesario educarse y abandonar aquellas tradiciones que los ataban a la superstición y al pasado. De ese modo, gracias a la temprana intuición que lo impele hacia la búsqueda del conocimiento, Julián encuentra la voluntad para sobreponerse a las adversidades y dejar a su familia paterna:

Julián, al retirarse de la escuela, echó de ver que la lucecita apenas encandilaba en su microscópico cerebro, en un abrir y cerrar de ojos se le había avivado y empezaba a echar fulgores. Él no llegaría a ser un Juárez, pero sí una persona decente, que subiera y subiera, hasta saber lo que son las estrellas y lo que hay detrás del cielo azul. ¿Por qué no? Voluntad le brotaba por los poros; oportunidades no faltarían. Quedan por vencer –pensaba –la tiránica voluntad de mi abuelo, y su despótica autoridad; por remover la inveterada sumisión de mi madre, de quien han abusado bastante sus suegros, poniendo sin cesar a prueba su humildad. Éste es el escalón de resistencia, pero lo romperé, lo romperé (24 de enero de 1902, p.3).

Julián Suárez se delinea con más claridad la primera vez que lo oímos entrevistándose en un espacio público no indígena:

La segunda Madame Stäel inquirió:

—¿Dónde está tu papá?

—No tengo papá, lo mataron los franceses en la guerra [...]

—Y dime, niño, ¿te gustaría aprender?

---

<sup>71</sup> En algún punto se llegó a considerar los dos apellidos como sinónimos, debido a la supuesta evolución fonética de /xua.res/ a /jua.res/ y posteriormente, a /sua.res/ así lo apunta Elías Trabuse, en *Historia de la ciencia en México siglo XVI*, p. 207.

—Sí señora. Yo quisiera saber las cosas que los maestros saben y enseñan. Quisiera ir a la escuela de México, porque Andrés me ha contado que allá le dicen a uno eso del sol y las estrellas, y de que Dios hizo todas las cosas [...] (28 de enero de 1902, p. 3).

Aquí, el futuro doctor se introduce a los *otros* estimulado por su necesidad de saber —científicamente” el verdadero origen de las cosas, anhelo que lo llevará a desprenderse del mundo mágico de su abuelo don Gregorio Suárez. En oposición a este último, el personaje aprende en la escuela una lista de reyes aztecas, único bien intelectual que conservará de su pasado indígena; ésta será la primera materialización del conocimiento que ambicionaba, la cual después sustituirá con los romances españoles representados con Inés Mendoza-Amarilis, las enseñanzas religiosas de las señoritas Arroyo y la instrucción laica del establecimiento educativo al que asiste en su primera etapa en la ciudad. Así, la cultura escrita formará parte esencial de su transformación o conversión social:

Ahora todo era diferente. Ya no se le antojaba jugar al mercader de calabazas, con las piedras amontonadas en la plazuela de su pueblo, en compañía de Cruz y Soledad; ni pensaba en hacerse collares de maravillas de las que bordaban las zanjas, ni en apostar con Mateo a quien alcanzaría primero la luna, corriendo desafortunadamente por la orilla de la Acequia Honda, en cuyo seno se bañaba el astro. Las —~~car~~trinitas” como granates y los —~~ra~~ñiles” azules de las nopaleras, ¡ay! habían emigrado de su corazón y de su recuerdo, holladas por el breve chapín de Amarilis, aquella dulce niña sacrificada a la envidia de una cruel madrastra. ¡Amarilis, Amarilis, dulce nombre de la maga de Sueños de oro, Amarilis, visión que irradiaría en su pensamiento de niño, en sus ansias de núbil, en sus desencantos y tristezas de hombre! (1º de febrero de 1902 p. 4)

Este inicial trayecto educativo del personaje ilustra las preocupaciones de la autora sobre la educación del sector indígena, más aún en los años en los que

situó la novela (1867-1888), cuando eran comunes los llamados a tomar medidas especiales a favor de estos pueblos para facilitar su integración al proyecto nacional. Sin embargo, los defensores de la ideología liberal no consideraban pertinente conceder garantías —especiales” a las minorías, por la simple razón de que hacerlo habría sido una posición anacrónica, contraria, no sólo al principio de igualdad entre los ciudadanos, sino también a la construcción —de un Estado-nacional centralizado y homogéneo”.<sup>72</sup>

La educación fue concebida como el instrumento de perfectibilidad del hombre en el camino de la libertad, la felicidad y el progreso. Ella formaría al hombre nuevo, ese hombre que podía hacer tabla rasa del pasado, suprimirlo para inventar un futuro. La ilustración era la base de la felicidad de los pueblos y del progreso de la historia; era el patrimonio de los pueblos y la clave misma de la libertad que no degeneraría en anarquía pues comprendía no sólo el saber sino principalmente la virtud. La difusión de las luces, cualquiera fuera la forma específica que adquiriese en lo formal, era el deber primordial de un gobierno republicano en el cual todos los hombres eran iguales y libres. La educación adquirió cierto carácter utópico y se depositaron en ella las esperanzas de regeneración del individuo y de la nación.<sup>73</sup>

Un ferviente defensor de la educación indígena, el escritor Ignacio Manuel Altamirano opinaba al respecto:

Yo también soy hijo de la beneficencia, yo también he nacido en la clase más humilde y más menesterosa, en la clase indígena, he debido mi instrucción secundaria a la beneficencia del gobierno liberal y a la de un digno y noble español a quien no puedo recordar sin la más tierna gratitud.<sup>74</sup>

En esa lógica, los intelectuales liberales como Juárez y Altamirano consideraron a los indígenas capaces de sumarse a la vida moderna, siempre y

---

<sup>72</sup> Doris Sommer, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, p. 69.

<sup>73</sup> Sol Serrano, *Universidad y Nación*, p. 38.

<sup>74</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Bosquejos”, en *Obras Completas: Ignacio Manuel Altamirano IX: Crónicas*, p. 39.

cuando abandonaran de forma absoluta la superstición y las tradiciones que los mantenían al margen de la —evolución” social:

La raza indígena tan inteligente, tan laboriosa, y que sobre todo forma la mayoría de la nación, se halla en la más crasa ignorancia y se aísla de las demás razas, no teniendo por ahora más porvenir que la consunción rápida a la que la condena nuestro abandono.<sup>75</sup>

En consonancia con esta visión liberal, Laura Méndez de Cuenca construye a Julián Suárez en la dinámica cultural de ese momento. Como el Benemérito y el Maestro, el personaje emprenderá el viaje al que tanto se alentaba al pueblo en los discursos liberales: dejar atrás el pasado indígena e incorporarse al sistema educativo y laboral. En esa tónica, Julián, quien ha pasado de la tutela de las Arroyo al servicio del doctor Borrayo, simbólicamente experimentará una segunda transformación al despojarse de su vestimenta de mozo y apropiarse del traje de —cañón” que, por un lado, evitará su ingreso forzado a las filas del ejército, y, por el otro, creará una distancia con el estereotipo indígena:<sup>76</sup>

—Julián, debo advertirte que hay —leva:” a muchos menores que tú los están llevando al cuartel. La única escapatoria posible es vestir de caballero, y eso es lo que vas a ejecutar en este instante. Mídete este terno mío: algo raído y de la pelea pasada, en verdad, pero nos viene de perilla ahora. Si no te cae muy retamal, te lo dejas, pero si te ves ridículo con él, que te lo componga Marcha. Dí a Genoveva que le pase recado de mi parte, diciéndole que haga el favor de venir a verme.

Estela se rió con travesura, y el indio, rojo como camarón, objetó tartamudeando:

—¿Yo de levita, señor?

---

<sup>75</sup> *Idem.*

<sup>76</sup> Tal metamorfosis decía mucho ante los ojos de la sociedad urbana decimonónica, como advirtió el jurista Miguel S. Salgado, quien afirmó que: —En México, por el contrario, basta dirigir una mirada al aspecto de una persona, para comprender inmediatamente la clase a que pertenece, y a la vez, determinada esa clase, se conoce ya con una aproximación bastante para muchos actos de vida, su grado de cultura y moralidad, y su condición económica. De ahí, la clasificación usual que tenemos hecha de personas de *levita*, de *chaqueta* y de *camisa*, y a la que prácticamente damos tanta importancia, por los buenos servicios que nos presta” (—Concurso científico. La criminalidad en México. Medios de combatirla”, en *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, vol. XIII, julio.-diciembre. 1897, p. 161).

—O de levita o de Képis: a escoger. No es cosa de chanza. Estela, hazme favor de dar a este muchacho dos mudas interiores mías, y un par de botas. Hoy se acaban en esta casa los huaraches. Que venga hoy mismo Marcha a verificar la transformación.

—¿Pero cómo ha de ir de levita con la portavianda y la canasta del mandado en la mano se van a reír de él —comentó la dama, esforzándose por disimular la picaresca sonrisa que jugaba en sus labios.

—Irá no sólo de levita, que también de sorbete. Vamos a ver qué tal le va éste mío. Yo echaré a diario el dominguero. Acércate, muchacho: quiero verte de catrín.

Sin aguardar respuesta, Borrayo hizo cambiar de forma el sombrero de copa que por distracción se había dejado puesto, encasquetándose a Julián hasta las cejas [...]

(8 de febrero de 1902, p. 3).

Como puede observarse, Julián ha transitado de la superstición mágica al fanatismo religioso para encontrar, al fin, en la educación científica y laica la oportunidad de ascensión social que tanto ha buscado. Para lograr esto, con el ejemplo de Juárez y gracias a la beneficencia del doctor Borrayo, ingresará a la Escuela de Medicina, optando, así, por una de las tres carreras liberales que, según el narrador, le permitiría alcanzar sus —sanas— aspiraciones intelectuales y de reconocimiento:

Por aquellos tiempos el campo social en México era muy limitado; reducía a tres las carreras profesionales, que daban lustre y precio a la juventud. Abogado o ingeniero o médico: a escoger. El notariado y la farmacia eran profesiones tan productivas como ridículas, que sólo los hombres sin nociones de sistema nervioso, se aventuraban a seguir; el comercio tenía como ocupación plebeya, de perlas para la gente de poco más o menos; y de los demás oficios e industrias ni se diga: ruines menesteres propios de gentuza. Quedaba como tabla salvadora la carrera eclesiástica, pero nuestro héroe, ávido de vida sana y útil, no sentía la menor curiosidad por probar a lo que saben las delicias del egoísmo, ya que desde el fusilamiento de la traición en Querétaro, recientemente, no tuviesen atados con un cabello, sotanas y manteos, de los hombres de los enemigos de la libertad de conciencia.

Para elegir carrera, Julián se concedió a sí propio plazo largo: el tiempo necesario para terminar los estudios primarios, secundarios y preparatorios, base de todo lo demás. Lo

importante era remediar la necesidad que se le ofrecía: sobreponerse a la pesadumbre de la humillación y el desprecio, triunfar del amor propio y mirar el porvenir como infalible promesa de felicidad. A eso encaminaría los primeros esfuerzos (4 de febrero de 1902, p.3).

En conformidad con ese hilo de pensamiento, Julián ingresará a una Escuela de Medicina donde ya imperaba la visión positivista que llegó a su apogeo durante el Porfiriato, cuando el discurso de la ciencia y su divulgación permeó hacia los distintos sectores poblacionales.<sup>77</sup> Al respecto, aunque situada en el tránsito entre la República Restaurada y el Porfiriato, la novela parecería reflejar particularmente el contexto histórico profesional desde el cual se enunció, cuando la medicina ya era considerada como una de las principales ciencias y la figura del médico se convirtió en un emblema de modernidad y de sano progreso social. De acuerdo con Claudia Agostoni,

La profesión médica se caracterizó por contar con una ilimitada confianza en el poder de la ciencia, y la ciencia, a su vez, adquirió el status de condición *sine qua non* para alcanzar el progreso nacional. En el ámbito específico de la salud pública, se creía que los adelantos en las ciencias liberarían a los hombres de numerosas enfermedades, y que el campo de las curaciones se vería ampliamente beneficiado. La percepción de la ciencia como una vía superior y legítima para explicar, transformar y/o controlar la realidad desembocó en la creencia de que los profesionales de la medicina eran capaces de interpretar numerosas experiencias de salud y enfermedad.<sup>78</sup>

---

<sup>77</sup> -En este sentido, no hay que olvidar que durante el siglo XIX ciertas ramas de las ciencias sociales retomaron presupuestos científicos para apuntar sus propios sistemas de pensamiento; tal fue el caso de los filósofos positivistas Auguste Comte y Herber Spencer, cuya obra tuvo una influencia decisiva en los intelectuales mexicanos de la segunda mitad del siglo. Y, por el otro lado, el proceso de secularización de la vida cotidiana que debilitó entre determinados sectores de la sociedad el predominio de la mirada religiosa sobre el cuerpo, lo cual posibilitó la prominencia de otros saberes sobre éste como, por ejemplo, el de la medicina” (Ana Laura Zavala Díaz, -Retóricas de la enfermedad en el México Porfiriano...”, en *Decires*, Revista del Centro de Enseñanza para Extranjeros, vol. 10, núms. 10-11, 2007, p. 168).

<sup>78</sup> Claudia Agostoni, -El arte de curar: deberes y prácticas médicas porfirianas”, en C. Agostoni y Elisa Speckman (edits.), *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo, XIX-XX*, p. 98.

En una sociedad acosada continuamente por epidemias y enfermedades como lo fue la sociedad mexicana de entre guerras,<sup>79</sup> el médico devino, así, no sólo en el prototipo del ciudadano ideal, sino en un pieza clave para llevar a cabo los planes modernizadores del gobierno porfiriano; de tal suerte que,

Aun cuando [los] palpables avances reales y simbólicos del ramo médico revolucionaron las condiciones de vida de ciertos sectores poblacionales, lo cierto es que la “medicalización” de la sociedad porfiriana no hubiera sido posible sin el “testimonio de validez, [la] protección legal” y el decidido apoyo del Estado a [dicha] corporación [...]”. Bajo su égida, entre 1880 y 1910 ésta reformuló sus prácticas educativas y profesionales, a la vez que ganó posiciones estratégicas en las altas esferas gubernamentales. La intervención activa de eminentes galenos en proyectos capitales para la legitimación del régimen de Díaz tales como los del Desagüe del Valle y de la Ciudad de México, o los de reforma de hospitales y centros penitenciarios, así como en la creación de laboratorios y centros nacionales de investigación médica, o, por supuesto, en la reorganización de la instrucción básica, media y superior, evidencia su protagonismo en la escena mexicana finisecular.<sup>80</sup>

Por lo anterior, lógicamente, que “las instituciones médicas se fortalecieron mientras que las revistas científicas empezaron a proliferar”,<sup>81</sup> esta circunstancia social cambió por completo la vía a través de la cual los ciudadanos letrados planearon la construcción de la nación; ahora, la organización de dicho proyecto se cimentó sobre la óptica positivista, de acuerdo a la cual, entre otras cuestiones, se impuso una visión negativa del elemento indígena a partir de supuestos parámetros científicos. Dado que “al

---

<sup>79</sup> Enfermedades como la viruela, el sarampión y la gripe reaparecían de manera cíclica en el país, cobrando por lo general la vida de niños y ancianos. En las poblaciones urbanas eran continuos los brotes violentos de cólera, como el que se experimentó en 1832, que “mató a decenas de miles” (John E. Kicza, “Familias empresariales y su entorno, 1750-1850”, en Anne Staples, coord., *Historia de la vida cotidiana en México. IV Bienes y vivencias. El siglo XIX*, p. 154).

<sup>80</sup> Ana Laura Zavala Díaz, “Creación, enfermedad y locura: Lecturas del modernismo en el México de fin de siglo”, en *Memorias del Primer simposio “Literatura y locura”* (en prensa).

<sup>81</sup> Frida Gorbach, “El encuentro de un monstruo y una histérica. Una imagen para México en los finales del siglo XIX”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, número 7, 2007 (<http://nuevomundo.revues.org/document3123.html>).

medicina contaba ahora con bases firmes sobre las cuales fundar la explicación científica [...] de la enfermedad [...]",<sup>82</sup> también se le confirió la potestad de dilucidar las causas de la criminalidad, vista como una patología social. En esa tónica, a finales del siglo XIX, los médicos aglutinados alrededor de los centros de poder establecieron en sus discursos un inquebrantable paralelismo entre la imagen del indio, el indigente y el criminal, a quienes tendría que vigilar para garantizar "al paz, el orden y el progreso". Esta visión se agudizó con la migración de los indígenas a la ciudad como consecuencia de las distintas guerras, el empobrecimiento general y, más tarde, debido al incipiente desarrollo industrial del centro del país. Allí, sin embargo, despojados de sus tradiciones y núcleos culturales, éstos sólo ocuparon los oficios más menesterosos de la urbe o vagaron y mendigaron por sus calles como norma general. Lo anterior conllevó una segregación de las comunidades indígenas e incrementó el recelo de los capitalinos hacia esa minoría migrante, con la cual se vieron obligados a convivir y establecer relaciones económicas y sociales.

En la expuesta dinámica social, la autora inscribe al personaje de su novela: Julián Suárez del Olmo, al convertirse en médico, por un lado, abandona por completo su pasado indígena e, incluso, se contrapone a la imagen del su abuelo, el brujo. Por el otro, se perfila como el "ciudadano ideal", productivo, pero sobre todo físicamente sano y enérgico, características opuestas a la debilidad y el raquitismo que identificaban a los "degenerados", a los sujetos poco aptos para la lucha diaria, como será el caso de Alfonso Sánchez Portal, al que me referiré más adelante.<sup>83</sup> Avalado por el doctor Borrayo, el

---

<sup>82</sup> *Idem*

<sup>83</sup> El concepto de la "degeneración" tan en boga en aquel momento entre los médicos mexicanos, devino de la extensa difusión de los fundamentos de la teoría degeneracionista del facultativo francés Bénédict Augustin Morel, formulados en su

protagonista surge ante los lectores con un ser con los atributos necesarios para la lucha diaria por la existencia, es decir, para la construcción futura de la nación.

—Tú has nacido modelado; tienes lo que es más raro tener en el mundo: energía. Irás por donde debes, sin mirar si del camino brotan flores o espinas, bien. Pero no te me envanezcas, hijo, porque te lo repito, naciste modelado, forjado para decirlo mejor. No eres uno de tantos, bien, bien. Pero eso no te eximirá de tu ración de hiel, no lo creas. Trágala, hijo, trágala sin tomarle sabor y sin hacer gestos, que ya verás qué ricamente duermes después. Mira, en dormir bien está el quid. Toma dosis homeopáticas de caridad, compasión, consuelo, paciencia, antes de ir a la cama, y ríete de todo el opio y toda la morfina del mundo. (10 de febrero, de 1902, p.3)

Así, Julián tiene las características ideales para ser el “padre” de una sana prole nacional, vigorosa y moderna, sin taras ni enfermedades mentales tales como la locura, la histeria o la neurosis, patologías hereditarias y psicósomáticas que comenzaban a plagar los centros poblacionales recientemente urbanizados.

Antes le había atenaceado el afán de la sabiduría; ahora le poseía también el de ser algo, el de formar parte de la comunidad social, de poseer algo valioso a los ojos de los hombres que sobresalen de la masa común, y ofrecerlo a las plantas de Amarilis. ¿Por qué no habría de ser esposo y padre de numerosa prole? En las alegrías de un hogar propio, en la

---

obra capital *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espece humaine et des causes qui produisent ces variétés malades* (1857). En ese volumen, Morel propuso que la locura era fruto de la transmisión hereditaria de una constitución [orgánica] anormal en cuyo origen [se identificaba] una desviación de los tipos raciales primitivos; ésta explicaba que la civilización moderna se hubiera apartado paulatina e irremediabilmente de la perfección, multiplicándose así las conductas antisociales” (Beatriz Urías Horcasitas, “Locura y criminalidad: degeneracionismo e higiene mental en México Posrevolucionario 1920-1940”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman Guerra, *De normas y trasgresiones. Enfermedad y crimen en América Latina (1850-1950)*, p. 350). En oposición a las leyes biológicas de Mendel, determinó la existencia de diversos “modos” de transferencia hereditaria, por la relación del sujeto con sus antecesores directos (padres y abuelos) o indirectos (otros parientes, pero no en línea directa); de igual forma, sostuvo “la idea de una herencia degenerativa en la que el agravamiento de generación en generación [justificaba...], la transmisión hereditaria de enfermedades que no tiene que ver nada nosológicamente con las que padecieron sus antecesores” (Rafael Huertas García-Alejo, *Locura y degeneración. Psiquiatría y sociedad en el positivismo francés*, p. 32).

dicha de verse al lado de una mujer discreta, amable, tierna, ¡vamos de Amarilis! (1º de febrero de 1902, p.3).

Tristemente, los positivos rasgos hereditarios de Julián no fructifican ante la aludida negativa de Inés Mendoza-Amarilis; dicho acto derrumba por completo su ilusión de integración y de progreso social que, de acuerdo con el discurso liberal, alcanzaría por medio de la educación positivista y el ejercicio de la ciencia.

Ahora bien, a lo largo de la novela el narrador plantea la incongruencia entre apariencia física de Julián y sus altas cualidades morales; en otros términos, a pesar de que se insiste en su vitalidad e inteligencia, constantemente se recuerda al lector su origen indígena, manifiesto en una fealdad grotesca o “monstruosa”, reflejada en su descripción como ídolo o “mico”.

¿Había cosa más absurda que despreciar a un hombre que hace uso del libre albedrío para educarse, mejorarse y escalar por los medios lícitos la cumbre social?, ¿era acaso delito no conformarse con la ruin condición que por nacimiento le había cabido en suerte?

No podía capitular con la injusticia, que honra a los enriquecidos por el fraude, la usura, la ignominia, y que jamás rechaza a algunos que nacidos de familias ilustres y recibiendo de sus generosos padres esmerada educación y sanos ejemplos, se degradan en los más groseros vicios arrastrando por el fango el immaculado nombre de gloriosos ascendientes. El desengaño brutal le pesaba como una montaña.

Julián lloró. Había tenido hasta entonces muy alta concepción de la justicia humana, del nivel moral, de su equidad basada en hechos y no en palabrería inútil o en utopía vana. Momentos tuvo de renegar de la instrucción, de las escuelas, de las carreras científicas: como de sus pecados se arrepintió de haber huido del hogar paterno y aspirado a ser algo más que humilde peón. Hasta le pareció que le nacía en el pecho veneración por los brujos (22 de febrero de 1902, p. 3).

Con ello, parecería que Laura Méndez de Cuenca establece una paradoja entre los ideales igualitarios e ilustrados del liberalismo y las propuestas

biologicistas del positivismo, que no conferían al indígena la capacidad de ir en contra o de superar su naturaleza primitiva. En este sentido, no hay que olvidar la posición de muchos intelectuales de la época (algunos de ellos médicos), quienes consideraban como única posibilidad de —salvación” del cuerpo nacional el mestizaje o el exterminio del elemento indígena no evolucionado. Para Antonio García Cubas, —al vez en [ello] se [cumpliría] una ley providencial: tal vez así lo [quisieran] la perfección y el adelantamiento del género humano, que [era] el designio del Hacedor”.<sup>84</sup> Como se deduce de las palabras de ese historiador, en estos discursos deterministas sobre los indígenas se apelaba ya no a su integración al mundo moderno, sino a su exterminio, dado el peso inevitable de la herencia. En el fondo de esas discusiones seudomédicas residía una cuestionamiento toral: —[...]*si* los caracteres monstruosos eran heredables, era necesario saber si la raza mexicana era normal tal como la europea o si constituía una variación patológica de esa especie. En realidad, detrás de la herencia subyacía una pregunta que nadie se atrevía a formular con todos sus palabras: ¿eran los indios monstruosos?”<sup>85</sup>

En consonancia con lo antes expuesto, la —*textura*” psicológica del protagonista presenta una compleja elaboración narrativa, ya que Julián es un ser insatisfecho y de alguna manera desplazado de la sociedad por su origen y apariencia: un soñador cuya felicidad ha sido truncada por la incompreensión del

---

<sup>84</sup> Antonio García Cubas citado por Héctor Díaz-Polanco, en *La cuestión étnico-nacional*, p. 132.

<sup>85</sup> —Según la teoría teratológica que los médicos mexicanos retomaron de la medicina francesa, un monstruo nacía debido a que el embrión se detenía en una de las fases por las que normalmente transitaba su desarrollo; éstas no hacían más que reproducir a nivel individual, las etapas de la serie evolutiva que iba de los animales inferiores a los superiores. Y, así, debido a que la ontogenia reproducía la filogenia, el origen de la raza mexicana podía explicarse de la misma manera que se demostraba con el nacimiento de un monstruo” (F. Gorbach, *El encuentro de un monstruo y una histórica. Una imagen para México en los finales del siglo XIX* en línea <<http://nuevomundo.revues.org/3123>>)

resto de los personajes. Sin embargo, al mismo tiempo, representa un héroe cortado con las —tiras liberales”; es no sólo un nacionalista, sino de cierta forma un perfecto ciudadano, un científico, que busca lo que se le ha prometido: movilidad social a través de la educación y el conocimiento. Al igual que la de otros personajes, la imagen de Julián no corresponde, entonces, con el estereotipo del indígena común, pero tampoco con el de su principal modelo a seguir: Juárez. Lo mismo sucederá al esposo de Inés, Alfonso Sánchez Portal, quien, a pesar de su belleza física y de su pertenencia a una clase social elevada, es un hombre supersticioso, alcohólico y violento, adjetivos que en aquel momento histórico se atribuían más bien al tipo indígena, como se verá en el siguiente apartado.

En suma, como mencioné al inicio, la autora desarrolla narrativamente en Julián sus inquietudes sobre el estado de la educación y el atraso social en el país, que demoraban su —evolución”, su modernización, respecto de otras naciones. En particular, en cuanto a las comunidades indígenas, en varias ocasiones se conmovió por su deplorable situación educativa; por ello, cuatro años después de la publicación de su novela, en 1906, cuando formaba parte del Consejo Superior de Instrucción Pública, propuso dictar medidas especiales para las etnias, pues —el afectaba el estado miserable de los indios, la profunda ignorancia en que [vivían] apartados totalmente de la vida civilizada, sin incorporarse de hecho al resto de la nación”.<sup>86</sup> Sin embargo, pese a que recomendó se dictara —alguna especial” para remediar tal condición, no logró postular una respuesta sistematizada para el problema; lo mismo sucedería en su novela, en donde la frustración del protagonista evidenciaría, no sólo la

---

<sup>86</sup> Mílada Bazant, “Una visión educativa contrastada. La óptica de Laura Méndez de Cuenca, 1870-1910”, en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 8, núm.18 (mayo-agosto de 2003) p. 513.

imposibilidad de asimilar el elemento indígena al cuerpo nacional, sino el fracaso de las políticas ilustradas tanto liberales como positivistas, en la cuales se había fincado imaginariamente el futuro desarrollo de México.

#### 4. ALFONSO SÁNCHEZ PORTAL: LA LOCURA

Al igual que con el caso anterior, el narrador principia la descripción de Alfonso Sánchez Portal exponiendo sus orígenes familiares. A diferencia del médico indígena, Alfonso pertenece a una clase dominante de hacendados capitalinos, que ideológicamente parecían estar aún anclados a un orden casi colonial. Su madre,

Doña María Gabriela Falfán de los Godos andaba a gatas cuando la campana del curato de Dolores replicó la independencia y libertad, la gloriosa noche de septiembre de 1810. Había sido llevada un año y medio atrás a la pila bautismal por el capitán Ignacio Abasolo (28 de febrero de 1902, p. 3).

Antes de analizar el desarrollo de este personaje, debo señalar que en cuanto a la lógica de su descripción, la autora sigue el modelo de las historias clínicas de los pacientes finiseculares de enfermedades mentales.<sup>87</sup> En estos expedientes, para llegar a un diagnóstico particular se principiaba por analizar la herencia del enfermo, dado que

La noción de herencia [ocupaba] un lugar central en la jerarquía de las causas de la locura. La evidencia de algún antecedente psicopatológico familiar corroboraba la existencia de una enfermedad del cerebro, traducida en una predisposición individual innata y heredada que hacía del

---

<sup>87</sup> De acuerdo con Graciela Nélida Salto: [...] En el marco de la clasificación y normalización social realizada por el pensamiento positivista del siglo XIX, la identificación ejemplarizadora de los individuos que no podían adaptarse al proyecto hegemónico se plasmó en una estrategia discursiva predominante [...]: el caso clínico. [...] Tres actos narrativos, implícitos o explícitos, construyen un caso clínico: a) el de un individuo-paciente en situación de entrevista narra su historia a un observador; b) el de un observador-escrība que, a partir de la historia de vida narra, construye y registra la historia patológica; c) el de un observador-escrība, que puede coincidir o no con el anterior, que narra la evolución de la historia patológica desde la entrevista inicial hasta el momento de divulgación del caso (Graciela Nélida Salto, "El caso clínico: narración, moral y enfermedad", en *Filología*, XXIV: 1-2, 1989, p. 261).

individuo un ser frágil y más propenso a la locura ante situaciones de vida que en sí mismas no revestían ninguna importancia, según el criterio de los médicos. [...]

Los antecedentes familiares psicopatológicos asociados con las lesiones mentales eran: algún familiar suicida, un pariente que padeciera o hubiera padecido de ataques, caefas o de alguna enfermedad —“eriviosa” como la epilepsia, la locura, el alcoholismo, la histeria y la sífilis.<sup>88</sup>

En esa línea, los Sánchez Portal, pese a ser una familia prominente, poseía peligrosos antecedentes familiares, que los hacía propensos a contagiar a sus hijos de males o lesiones mentales. El padre de Alfonso había vuelto de la guerra acostumbrado —a empinar el codo”.<sup>89</sup>

La vuelta del capitán ofreció a los labios de su mujer el primer cáliz de amargura: no tardó en enterarse de que José Melchor había aprendido entre la soldadesca a empinar el codo, tan bien y seguido, que en materia de monas competiría con cualquier cargador de esquina en sábado de gloria.

La esposa, con todo, no boqueó queja alguna, pero en secreto la sobrecogió tal desazón, que lo mismo las amigas íntimas que el médico de cabecera, hubieron de referirla al —“estado interesante” de la dama, pues para decirlo de una vez, no tardó en dar señales de haber concebido, no obstante su avanzada edad, manifiesta en cierta flojedad de carnes y barbiponencia femenil, la gran soplona contra las que se quitan años.

Convencida de su mala ventura, la pobre no acababa de quejarse, especialmente con el capitán, en los ratos en que éste no estaba chispo, lo que era raro para quien coleaba las humas como se colean el día y la noche (1º de marzo de 1902, p. 4)

En el discurso médico de la época se enfatizaba el hecho de que los hijos de un progenitor enfermo, como el padre de Alfonso, el capitán Melchor Sánchez Portal, podían sufrir las consecuencias del alcoholismo de éste: —[...]Los hijos de los bebedores heredan el raquitismo y toda clase de deformidades, la debilidad, la

---

<sup>88</sup> Martha Lilia Mancilla Villa, *Locura y mujer durante el Porfiriato*, pp. 180-181.

<sup>89</sup> En la época, el alcoholismo era considerado un mal mental —delicado”, generalmente incurable, debido a que, —aunque el facultativo luce y más luce por salvarlos, [los alcohólicos] casi siempre sucumben” (*idem*).

locura y todo género de dolencias”.<sup>90</sup> Así, Alfonso nace ya predispuesto a esta enfermedad, pero será necesaria la presencia de otras circunstancias para desarrollar el padecimiento.

Ahora bien, pese a que los antecedentes familiares en la mayor parte de los casos eran razones bastas y suficientes para elaborar un posible diagnóstico, la historia personal del paciente o la —anamnesis personal” resultaba, de igual forma, fundamental para determinar las particularidades del mal, así el facultativo tenía que indagar los acontecimientos importantes de la vida del enfermo, sus costumbres y su carácter, que sólo corroboraría los signos de la degeneración heredada.

En el caso particular de Alfonso, la autora se enfoca principalmente en la instrucción que recibe durante su infancia. En consonancia con la visión de mundo de su familia, el personaje tiene acceso a una educación católica; con este fin, el hijo de la familia Sánchez Portal es enviado a Puebla a un colegio jesuita:<sup>91</sup> —Alfonso creció mimado, pero sin dejar de ser cumplido caballero, pues María Gabriela supo atender a corrección de manera, al cultivo intelectual, al moldeamiento del corazón” (3 de marzo de 1902, p. 4).

Es justo recordar que el sistema educativo a finales del siglo XIX se había oficializado y se apoyaba en rigurosos estudios pedagógicos, gracias a los cuales

---

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 224.

<sup>91</sup> En cuanto a la época en la aproximadamente transcurre la narración se había emprendido una campaña contra la instrucción religiosa a raíz de la Reforma, argumentando que —La educación de la juventud no [podía] estar en manos del clero, enemigos por sistema de todo progreso y de toda reforma” (J. Villalpando, *op. cit.*, p. 88). Por otra parte, en Puebla en misma época de la narración se encontraban en funcionamiento pocos colegios jesuitas, en particular, uno de los más importantes de la orden el Colegio de Espíritu Santo que se convirtió pronto, primero en cuartel y posteriormente ahí se instaló la facultad de medicina de Puebla (*cf. idem*).

se acumuló un amplio acervo de teoría educativa.<sup>92</sup> Dicho esfuerzo llevó al afianzamiento de una enseñanza pública que enarbolaba e inculcaba a los alumnos los principios de —orden y progreso—. Empero, las clases altas, que constituían el segundo poder fáctico del régimen porfirista y que eran en gran parte el sustento de su plan económico, continuaban educándose bajo principios religiosos y dogmáticos de corte colonial, que contradecían en esencia tanto los ideales liberales como los positivistas. Esta clase, educada —a viejo modo—, se encontraba, por tanto,

En contraposición a los intelectuales de las nuevas generaciones: los científicos, los artistas, los técnicos, los financieros; los políticos financieros de nuevo cuño; los revolucionarios burgueses y los evolucionistas teorizantes; los idealistas de la aventura empresarial [...] toda una generación de soñadores y héroes del progreso.<sup>93</sup>

De esta forma, frente a esa postura —desarrollista— de ciertos letrados, existía un retraso evidente en la posición de las oligarquías hacendadas, que la autora representó a través del trágico destino de los Sánchez Portal. En esa lógica, el ambiente familiar de Alfonso, pese a tener bienes y comodidades materiales, se encontraba atado aún al —oscurantismo— religioso de las clases criollas novohispanas. Por esto, el personaje que, en principio, podría convertirse en el héroe de la trama, dada su belleza física y buenas cualidades morales, como hemos dicho, sucumbe a un mal que, si bien se desarrolla a lo largo de su vida, acelera su evolución en el contexto modernizador de la Ciudad de México: la locura. Aunado a lo anterior, esta predisposición a dicho padecimiento mental deviene enfermedad como resultado sobre todo de su instrucción religiosa, que lo

---

<sup>92</sup> Con el fin de institucionalizar la educación se realizaron cuatro congresos pedagógicos nacionales (1882, 1889-1890, 1890-1891); en los dos últimos se contó con la participación de Laura Méndez de Cuenca.

<sup>93</sup> Luis Álvarez Barret, “Justo Sierra y la obra educativa del Porfiriato, 1901-1911”, en Fernando Solana (coord.), *Historia de la educación pública en México* *bidem*, p. 110.

inclina hacia la superstición y al fanatismo; de tal suerte que, desventuradamente para madre e hijo, cada decisión que su progenitora toma durante su infancia con relación a su enseñanza, lo acerca más a su padecimiento fatal:

Habiendo sido Alfonso cultivado con esmero, la causa infortunada que le arrastraba a la relajación moral que hemos visto, era un desequilibrio mental embrionario que como anatema lo acompañaba desde la cuna, y estaba ahora en su período de desarrollo amenazador. Producto de una madre decrepita y un padre alcohólico, el infeliz no podía dar de sí ni aun haciendo esfuerzos heroicos, más de lo que ya había mostrado: inteligencia como una gota de cristal, la cual le serviría para darse cuenta del propio infortunio y la esmerada educación que suelen adornar los padres jesuitas a los niños que les confían para su cultivo (8 de marzo de 1902, p. 4).

Así, pronto, el infante, quien comienza exhibiendo manías infantiles, concluye con ataques de delirio psicótico, que el narrador describe de forma descarnada:<sup>94</sup>

Siempre lleno de susto sin motivo, supersticioso, amargado de corea<sup>95</sup> que le ponía en baile los párpados o le tenía haciendo gestos como un mico; desmedrado, pálido, canijo de voz atiplada y quejumbrosa de mirada recelosa y desconfiada. A

---

<sup>94</sup> La autora conocía muy bien dichos síntomas, ya que por años convivió con la enfermedad mental de su hija Angélica Cuenca Méndez. “[Laura Méndez de Cuenca] buscó al Dr. Guillermo Parra para atender el problema neurológico de su hija, ya que los síntomas que presentaba eran variados, pues lo mismo podía estar quieta y distante un rato, y al otro comportarse de forma agresiva y tener arrebatos de furor. Al observar a Alicia, Parra dijo que se trataba de un ‘ataque al cerebro’. ‘La citó a varias sesiones de hipnosis, pero no obtuvo resultados positivos. En caso de crisis, sugirió aplicarle vejigas con hielo en la cabeza y proporcionarle, en forma cotidiana, para calmarla, además le dio infusiones de hojas de naranjo o de hipérico, y además le dio polvos de cloral para ayudarle a conciliar el sueño. Recomendó no exponerla a las ‘emociones’, por lo que le prohibió leer novelas, escuchar música asistir a fiestas [...]” (M. Bazant, *Laura Méndez de Cuenca: mujer indómita y moderna...*, pp. 242-243).

<sup>95</sup> “La Enfermedad de Huntington o Corea de Huntington es un trastorno neurológico debilitante de origen genético caracterizado por una degeneración neuronal progresiva en los ganglios basales que se manifiesta típicamente en la corea, esto es, unos movimientos rítmicos involuntarios e incontrolables. Parece que el término corea -de etimología griega, significa danza o baile- fue utilizado ya por Paracelso para denominar este tipo de movimientos involuntarios. Sin embargo, la descripción de esta especie morbosa como entidad específica fue cristalizando en el siglo XIX en diversas investigaciones hasta la publicación en 1872 del trabajo que hoy se considera la referencia clásica, On chorea, obra del médico norteamericano George Huntington (1850-1916). Algo más de una página en la revista *Medical and Surgical Reporter*, de Philadelphia, otorgaron su nombre a esta enfermedad. Parece que además de la precisión, la concisión y la claridad de su descripción de la enfermedad, identificaba su incidencia familiar, lo que posteriormente se ha podido atribuir a la herencia de un determinado gen”. (‘Corea’ en línea <[www.historiadelamedicina.org](http://www.historiadelamedicina.org)>)

ojos vistas podía uno convencerse de que aquel esperpento tiraba más a la raquitis y a la imbecilidad que a la vida plena y racional (8 de marzo de 1902, p. 3).

Desde la perspectiva del narrador varias circunstancias, además, fomentan la enfermedad del niño, entre éstas destaca la relación cercana que el protagonista establece con las criadas indígenas, las cuales contribuyen a debilitar el juicio del infante al imponerle su perspectiva mágica del mundo y sus propias supersticiones:

En creciendo se volvió supersticioso: dió en la flor de creer que cuando don Remigio, un pobre sastre rinconero a quien María Gabriela daba a remendar la ropa raída, se presentaba en la casa, algo malo ocurría. Una criada le había metido eso en la cholla, fundándose en varias coincidencias. La primera ocasión que el sastre vino a la casa, a cachirulear las pantaloneras del hijo del portero, Valor, el mastín de la casa, reventando la cadena hizo una escapatoria de la que volvió envenenado, sólo a morir a los pies del ama: otra ocasión que se ofreció remendar la libreta del cochero, se voló de la jaula un cenzone; la siguiente, acabó la epizootia con el gallinero, no quedando en el corral ave que sirviera de cronista. Por último, la desgracia de la niña Victoria....

Para quitarse de dianas, la señora dispuso que se le pasara atento recado al sastre, para que no se molestara en venir, pues que criados había de sobra en la casa, que le llevarían las prendas por repararse.

Y si la cosa hubiera parado en alejar al sastre, allí nos la dieran todas. Pero no: por un chico de la escuela supo Alfonso que tres luces encendidas al mismo tiempo en un cuarto, eran de mal agüero; coger por la izquierda al salir de casa, en vez de por la derecha; tropezar con un convoy fúnebre, sin haberse encomendado al ángel de la guarda; oír piar al saltapared en tarde lluviosa; poner los zapatos a la cabecera durante el sueño, y otras mil fruslerías de la misma talla lo desvelaron por su cuenta propia, hasta que estuvo en edad de añadir, a las supersticiones nativas, las importadas del extranjero por los emigrantes: la rotura del espejo, la caída de la sal, los trece á la mesa, el gemido de las tórtolas, y un mundo más (3 de marzo de 1902, p. 3).

Aunado a los rasgos mencionados hay un elemento más de contagio: las lecturas de folletines franceses que hacen de Alfonso un ser en extremo romántico, lo cual agudiza su patología maniática y sus ideas obsesivas. Con respecto a este punto, una creencia común en la época aludía a una especie de —*ujotismo*—,

según la cual cierto tipo de lecturas conducía a un desequilibrio —espiritual” y físico. Dicha opinión devino de las teorías psiquiátricas del momento, cuando, pese a la falta de un consenso teórico que explicara las relaciones entre la mente y el cuerpo, existieron dos escuelas bien diferenciadas acerca de las causas de las enfermedades mentales: la espiritualista y la organicista.

Los autores espiritualistas consideraban que la enfermedad mental era una enfermedad del alma —de acuerdo con la dicotomía cartesiana que partía de una rígida separación entre alma y cuerpo, por lo que el estudio de los fenómenos psicológicos debía ser independiente del sustrato material. Por el contrario, los autores organicistas establecían un paralelismo directo entre los trastornos orgánicos y los fenómenos mentales patológicos. Estos puntos de vista llevaron a establecer continuos debates entre los autores más representativos de ambas escuelas. [...] De acuerdo con la teoría de facultades, que sugiere que el psiquismo está delimitado por tres esferas: la racional, la afectiva y la volitiva, la génesis de la locura estaría condicionada por un desequilibrio entre los tres elementos. De este modo, la perturbación en uno de ellos condicionaría el funcionamiento de los demás. Peset y Vidal recuerda que la enajenación es un desequilibrio entre las facultades del alma, por enfermedad o pasiones violentas y se materializa en la mente como el ejercicio libre de la fantasía, fuera del control de la razón.<sup>96</sup>

Siguiendo esta dinámica, la lectura de textos románticos, plagados de “pasiones violentas”, podía derivar en la enajenación del lector, es decir, convertirse en una vía de infección de ideas fantásticas, que podían expandir las raíces de la degeneración en seres particularmente débiles o en organismos raquíticos como el de Alfonso.

— [...] te arrojas sin freno en esa batahola de pensamientos estrafalarios. ¡Resultado inequívoco de esa lectura de libros pecaminosos á que has dado lo mejor de tu tiempo en estos días ¿Quién te manda meterte a entender a esos filósofos que sabe Dios lo que serán?

—Mamá, no crea usted que los filósofos tengan la culpa de nada, porque desde que me casé no he vuelto a abrir un libro de provecho. Novelas son las que he leído, y eso por matar el

---

<sup>96</sup> Javier Plumed, “La etiología de la locura en el siglo XIX, a través de la psiquiatría española”, en *Frenia*, vol. IV-2, 2004, p. 73.

tiempo. Las novelas me han entretenido, y antes me han quitado mil ocasiones de pensar en esas necedades que son mi cruz. Porque, a ratos, yo conozco que son necedades, mamá. Ya ve usted que lo confieso. Figúrese usted que me ha vuelto con fuerza de máquina de ochocientos caballos el recuerdo de don.... (8 de marzo de 1902, p. 4).

Ahora bien, como puede apreciarse en la configuración del personaje, la autora compartía la preocupación de los alienistas mexicanos sobre estos padecimientos de naturaleza incierta y caótica. Cabe recordar que, de acuerdo con las teorías del *degeneracionismo*,<sup>97</sup> la locura era evidencia de un manifiesto —etroceso evolutivo” de la sociedad:

Los niveles filogenéticamente más desarrollados actuaban inhibiendo los estratos más primitivos, explicaba muchos fenómenos clínicos. Así, los síntomas psiquiátricos serían consecuencia de la afectación de las áreas cerebrales más desarrolladas evolutivamente, con lo que la enfermedad mental supondría un proceso inverso a la evolución.<sup>98</sup>

A partir de lo anterior, resulta manifiesto que la demencia ponía en entredicho la evolución del Estado, el cual debía estar respaldado orgánicamente por sus ciudadanos, quienes, a su vez, competían entre sí en la carrera por la sobrevivencia del más apto. Por ello, las enfermedades mentales como la locura, la demencia, el alcoholismo y la histeria eran un grave síntoma de la corrupción que padecía el cuerpo social. Empero, como mencioné en el apartado anterior, dichas —desviaciones” fueron, por lo general, atribuidas a los estratos bajos y en particular

---

<sup>97</sup> [..] las teorías degeracionistas fueron formuladas por Bénédickt August Morel, médico en un asilo de alienados de una ciudad de provincia. El planteamiento de Morel fue que la locura era producto de la transmisión hereditaria de una constitución anormal en cuyo origen era posible identificar una desviación de los tipos raciales primitivos; ésta explicaba que la civilización moderna se hubiera apartado paulatina e irremediamente de la perfección multiplicándose así las conductas antisociales. Sin embargo, la degeneración podía también aparecer en situaciones coyunturales provocadas por intoxicaciones, la influencia malsana del medio social o la aparición de defectos adquiridos (sordomudez, ceguera)” (Beatriz Urías Horcasitas, “Locura y criminalidad: degeneracionismo e higiene mental en México pos revolucionario 1929-1940”, en Claudia Agostoni [edit.], *De normas y transgresiones, enfermedad y crimen en América Latina [1850-1950]*, p. 350).

<sup>98</sup> J. Plumed, *op. cit.* p. 77.

a los grupos indígenas, a los cuales también se les imputaron males como las malformaciones embrionarias y el enanismo. Así lo muestra el caso clínico de un paciente indígena de la época, descrito por los facultativos en términos muy parecidos a los del caso de Alfonso: —Inquieto, corre de un lado a otro. La expresión de su rostro es alegre; su mirada, inquieta y brillante. Es sumamente afecto a la música. [...] es poco sensible a la acción del frío y no parece inquietarse cuando sus vestidos se mojan”.<sup>99</sup> En este sentido, es particularmente interesante que la autora invierta el discurso alienista del momento, al mostrar a un miembro de la élite social con los mismos síntomas que un indígena, para quien esos rasgos de monstruosidad eran tan naturales como su pobreza.<sup>100</sup> Aunada a la hiperactividad reportada en el caso citado, el personaje sufría de constantes ideas obsesivas; en especial lo atormentaba la creencia de que su sastre era el Diablo y que su mujer había parido por artes satánicas un hijo de él. Siguiendo la lógica de un caso clínico, las paranoias del esposo de Inés se recrudecen conforme el texto avanza:

Se le metió a Alfonso en el magín que la ropa interior, aunque tan blanca y planchadita, estaría bien saturada de —maleficio,” (así se llamaba el veneno que en sueños había conocido) y para chasquear a sus enemigos, dispuso aclararla dos o tres aguas, hasta que oliera a limpio, y ponérsela en el pellejo bien fresquita, para mayor seguridad.

Lo hizo. Toda el agua del jarro de cristal de Bohemia y de la polca, más la del vaso que había acompañado el desayuno, vertida por turnos en la jofaina, colaboraron en la desinfección; y terminado el disparate, encapillóse de camiseta a calcetines bien exprimidos y estirados, sin que el enchinamiento del cuerpo al contacto de la humedad de las prendas, le hiciera sobrecogerse o exclamar un ay.

Gracias a que gastaba calzado amplio y á seguida de los calcetines refrescados, pudo no sin soponcios conseguir que le entraran en aquéllos los pies. Ni perdió la paciencia ni cejó.

---

<sup>99</sup> José Peón Contreras, “Teratología. Idiotía microcefálica”, citado por Frida Gorbach, “El encuentro de un monstruo y una histérica. Una imagen para México en los finales del siglo XIX”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, núm. 7, 2007 (<http://nuevomundo.revues.org/document3123.html>).

<sup>100</sup> Con respecto a este punto, aventuro que existe una fuerte crítica social, con relación a la “enloquecida” elite social que gobernaba entonces al país.

Hecho un veinticuatro se presentó en la sala a punto que los impacientes de su tardanza, aun cuando no lo mostrasen, preguntaban socarronamente por él (15 de marzo de 1902, p. 4).

Al concluir su proceso de “degeneración”, la imagen del “cumplido caballero” se asemejará simbólicamente a la del brujo indígena, a la del abuelo de Julián. La superstición de Alfonso lo convierte, de ese modo, a los ojos de su madre en un pecador contra la fe católica, ya que “La marca de las extravagancias de Alfonso y sus groseras supersticiones siempre de bulto en creciente, escarbaba el corazón de la anciana madre, no pasaba inadvertido que su hijo con aquellas ideas pecaba contra la Fe” (10 de marzo de 1902, p. 4). Ante tales circunstancias, la madre, una mujer piadosa, no puede soportar la locura de su hijo y muere víctima de Alfonso en un arrebato de violencia. Desde esa perspectiva, el texto confronta la imagen del loco con la visión médica, según la cual se le consideraba un “degenerado”, a la vez que con la mirada religiosa de una oligarquía ideológicamente inmóvil, que lo concibe como falto de fe, como un hereje.

Ahora bien, si en la óptica médica a la que nos hemos referido se imaginaba el progreso como una consecuencia de la supervivencia de los organismos más aptos,<sup>101</sup> entonces, por su origen indígena Julián estaba impedido a ser el símbolo de la nueva nación mexicana, mientras que Alfonso, aunque se hallaba destinado socialmente a representarla, no podrá dada su condición enfermiza. Tomando en cuenta dicha jerarquización racial, la novela plasma la inversión de la pugna entre la barbarie (representada por los indígenas) y la civilización (encarnada por el hombre blanco y aristócrata). Este tópico fue recurrente en los discursos políticos de la

---

<sup>101</sup> -Para [Spencer] los pueblos eran organismos complejos en incesante evolución, supeditados, como cualquier ser vivo, a las leyes de la lucha por la existencia, del progreso de homogéneo a lo heterogéneo y de la selección natural” (Ana Laura Zavala Díaz, “Retóricas de la enfermedad en el México Porfiriano...”, en *Decires*, Revista del Centro de Enseñanza para Extranjeros, vol. 10, núms. 10-11, 2007, p. 170).

época, el cual se reactualizó a la luz de la modernización de las principales urbes. A decir de Claudia Darrigrandi:

Urbanidad devino sinónimo de buenos modales y costumbres, con los que se identificaron las burguesías ciudadinas y quienes se propusieron imitarlas, los sectores sociales en ascenso. Sin embargo, no todos ni todas encontraron su lugar de respetabilidad en las estructuras urbanas. Por entonces, los males de crecimiento se expresaron en la protesta social, los problemas de hacinamiento y de malas condiciones habitacionales, las agendas para las elites intelectuales y políticas. Ello explica la enorme producción de discursos de signo eugenista que se propusieron controlar a través de la reforma o de la erradicación a los sujetos concebidos como —“~~e~~fermos”, —“~~r~~ivertidos” o —“~~d~~evitados” —prostitutas, trabajadoras, homosexuales, rotos, atorrantes— quienes quedaron conformados como —“~~o~~tros”, en definitiva, sujetos marginales de las promesas de inclusión de la modernidad.<sup>102</sup>

Estos personajes que representan cada uno la contraparte del otro, como advertí, se encuentran frente a frente cuando Julián Suárez ya es un médico prestigioso. El facultativo conoce a Alfonso al atender la enfermedad de su hija —“~~M~~í”. Al verlo, Julián, que ignora su mal congénito y el peligroso desarrollo del mismo, reconoce su belleza física y experimenta sentimientos de admiración hacia éste: —“~~J~~ulián se complació con admirar al caballero, a todo un Apolo si Apolo tuviera treinta años de edad, cabellos castaños, y esos ojos verdes de mirada dulce, que parecían la marca de fábrica de la familia del nuevo cliente” (10 de marzo, de 1902, p. 3). Empero, cuando avizora los síntomas de su irremediable enfermedad, cambia su opinión:

[Alfonso:]—Bueno, bueno. ¡Qué vinos, qué licores, amigo mío: directamente importados de España y Francia, a la bodega de un amigo que surte la mía; pero (bajando la voz) ya sabe usted, de contrabando.

---

<sup>102</sup> Claudia Darrigrandi, “Representaciones urbanas e identidades femeninas en América Latina (de fines del siglo XIX a principios del siglo XXI)”, en <<http://nuevomundo.revues.org/56124>>

–Bah, bah –pensó Julián –aquí tenemos a la madre del cordero: un borracho de la aristocracia, a lo divino. ¡Vaya, pues habrá empinado con perseverancia hasta ponerse en tal estado. Por lo que toca al cerebro, no puede tenerlo ya más derrengado. ¡Pobre Niní! ¡Pobre anciana! –Y pensando en la cantora, completó: –¡Pobre mártir!

El diablo de la curiosidad le sugirió esta idea:

—¿Conociera yo a esa pobre mujer! ¡Quién había de decir que caballero tan guapo y cumplido, a primera vista, es apenas un pobre diablo”.

Deseoso de cortar por lo sano y dar fin a la plática que ya se prolongaba más de la cuenta, determinose a aceptar del borrachón cualquier brebaje. Todo el interés que le había despertado su cliente quedó convertido en conmiseración, y lástima muy honda por la infeliz obligada a compartir el lecho con un bestia (12 de marzo de 1902, p. 4).

Como se advierte por lo hasta aquí expuesto, en su narración Laura Méndez de Cuenca cuestiona la dinámica cultural que desde las élites señalaba a los estratos bajos de la población como los responsables de la “infección” de la barbarie en el país. Por su parte, Alfonso desmitifica a su clase, aun cuando estaba destinado por nacimiento a una vida de prosperidad, en vano “[bebe] drogas y [prueba] baños de aguas diferentes” (3 de marzo de 1902, p. 4) para curarse y termina sus días custodiado por su familia. De tal suerte que, a pesar de todos los esfuerzos, el personaje no podrá evadir la locura, la cual, como he expuesto, en una sociedad donde se priorizaba la razón y el pensamiento lógico como una de las principales virtudes masculinas, representaba “el último término de la degradación humana”,<sup>103</sup> esto será evidente incluso para la madre de Alfonso, cuando lo reprenda por su conducta:

Ya comprenderás que si [tu mujer] en vez de juzgarte caballero de discreción y de cordura, llegara á averiguar que te habías hecho supersticioso y opacada, no podría evitar sentir desprecio por ti, porque así lo tiene establecido el mundo y está en su naturaleza admirar antes que amar [...] (8 de marzo de 1902, p. 4).

---

<sup>103</sup> *Idem.*

Al invertirse estos papeles, Julián Suárez se convierte, no obstante su origen, en el “sador” de una prole adinerada, infectada por el fanatismo, el alcoholismo, la neurosis y el raquitismo, males que incluso amenazan a los hijos de Inés.

Es evidente, por tanto, que el interés de Laura Méndez de Cuenca por personajes “anormales” (el indígena, el loco y la histérica) no es fortuito, a través de ellos logra unir los opuestos, para cuestionar el estado de la sociedad mexicana en los albores del siglo XX. Así, el indígena- “monstruo” Julián Suárez y el loco- “monstruo” Alfonso Sánchez, aunque distantes en origen, están marcados por la anomalía, a partir de la cual la autora discute y reflexiona sobre la nación imaginada y la raza que debía representarla y cimentarla.<sup>104</sup> De esta manera, retomando algunos aspectos del discurso médico científicista, la autora parecería poner en duda el supuesto de que podría atenuar los efectos de herencia malsana por medio del poder regenerador de la educación, en otras palabras,

Frente a la predisposición hereditaria no había más que una misma estrategia terapéutica. Mediante la prevención y a través de la aplicación de medidas pedagógicas los medios controlarían los instintos. Ese era su deber; después de todo, “los instintos son a la anomalía lo que los síntomas son a la enfermedad”. Por eso, a fin de evitar “crear en sus hijos una predisposición patológica a la histeria”, [algunos intelectuales] proponía[n] intervenir firmemente en la educación moderando desde temprana edad la sensibilidad y fomentando el control de uno mismo”.<sup>105</sup>

Si atendemos al desarrollo de los personajes de *El espejo de Amarilis*, Laura Méndez de Cuenca apunta hacia el fracaso de los defensores del progresista discurso “científicista”, debido a la deficiente implementación tanto de las políticas

---

<sup>104</sup> En este sentido, vale la pena señalar que: “La eugenesia y la higiene mental fueron dos vertientes de un pensamiento médico-higiénico que [...] hizo de la herencia la piedra angular de la transformación de las sociedades humanas. Apoyándose en el concepto galtoniano de herencia y en la teoría de ‘defensa social’, ambas corrientes sustentaron que el Estado debía poner en marcha una política de gestión selectiva de la reproducción que favorecería la formación de una nueva sociedad integrada por individuos exentos de vicios y enfermedad” (B. Urías Horcasitas, *op. cit.*, p. 347).

<sup>105</sup> F. Gorbach, *op. cit.*

educativas como sociales, colmadas de un estéril racismo y clasismo; de ahí que, la autora pareciera seguir hasta cierto punto algunas de las ideas de los Científicos, como Justo Sierra, quien aseguraba que el pueblo mexicano, pese a sus esfuerzos, estaba condenado a la debilidad:

No llegaremos con todo y esto a ser un pueblo de primer orden: nuestro clima, la falta de presión del aire en las alturas habitadas por una buena parte de la nación mexicana nos marcarán siempre con un sello de indigencia vital, pero podemos combatir y dominar hasta cierto punto estas influencias, para conquistar modestamente una parte sólida de libertad, que es en resumen, la vida vista bajo sus dos fases de materia y espíritu.<sup>106</sup>

De esta manera, para ellas México sólo se convertiría en un pueblo —de primer orden”, como era el deseo de Sierra, cuando se sumaran a los esfuerzos sociales y educativos, un desarrollo espiritual de sociedad mexicana; para ello, eran indispensable mayor participación de las mujeres en la organización integral de la sociedad. En este sentido, cabe recordar que, como señala Martha Lilia Mancilla, en aquel momento ~~[parecía]~~ que la herencia [estaba] determinada por el padre y que la madre simplemente [proporcionaba] un lugar, su cuerpo, para que el niño (del padre) se desarrollara adecuadamente. La única influencia física del cuerpo de la madre era a través de la alimentación, ya fuera uterina o después del nacimiento, vía el seno materno”.<sup>107</sup> Empero, para Laura Méndez de Cuenca, esta —~~al~~imentación” no sólo tenía que ser orgánica, sino también moral y educativa. Por ello, en el caso de Alfonso, la —~~er~~firmiza” y fanática guía de su madre desarrolla en él lo que su padre alcohólico —~~sem~~bló”:

Ya sabemos que la dama, aunque favorecida por la naturaleza, con una inteligencia despejada que casi podría llamarse talento, debía los supersticiosos errores de doctrina a la

---

<sup>106</sup> Justo Sierra, ~~El~~ programa de *La libertad*”, citado por A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, p. 171.

<sup>107</sup> M. L. Mancilla, *op. cit.*, p. 224.

educación mística, de cuya influencia no hubiera podido zafarse aunque quisiera, lo cual estaba muy lejos de suceder (11 de marzo de 1902, p. 3).

En ese orden de ideas, la narradora formula que el cuerpo femenino era un repositorio de la herencia masculina, del futuro de la nación mexicana, pero también poseía el poder de —~~de~~“decreazar” o propiciar su degeneración; de ahí que, su instrucción y su intervención activa en la vida nacional fuera en suma necesaria para el buen desarrollo de ésta, como analizaré en el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO III

### EL DESTINO FEMENINO: LA HISTERIA, LA VIOLENCIA Y LA MUERTE

#### 1. INTRODUCCIÓN

Como he referido a lo largo de este trabajo, Laura Méndez de Cuenca ventila en *El espejo de Amarilis* algunas de las ideas que la inquietaban como escritora e intelectual y, aunque sería imposible analizar a fondo cada una de ellas, su opinión sobre el papel de la mujer en la sociedad de la época es central en la trama de su novela. Así, al igual que los liberales mexicanos con los que se educó, ella concebía que la mujer era el eje moral de la estructura familiar y, en consecuencia, de la sociedad. Es decir, en el *bello sexo* residía el éxito o el fracaso de su prole y, como efecto directo, la —salud” y el —progreso” de la nación mexicana en su conjunto. En otras palabras, la mujer era el útero en el que se gestaban los futuros ciudadanos, como mencioné en el primer capítulo. Por lo anterior, la educación y los cuidados que las madres proporcionaran a sus hijos, sobre todo durante los primeros años eran decisivos.<sup>108</sup> Para la autora éstos se dividían fundamentalmente en dos aspectos centrales: una instrucción moral laica que, a su vez, fuera de la mano de esmeradas atenciones en la salud de los infantes. La autora establece en sus escritos pedagógicos una correlación directa entre un niño —arquítico” y un adulto —corrupto”:

---

<sup>108</sup> En el entorno científico se creía que: —Así como una madre podía transmitir a sus hijos enfermedades, temperamentos, conductas extrañas, era capaz también de moldear la forma de su progenie” (Frida Gorbach, —Mujeres, monstruos e impresiones en la medicina mexicana del siglo XIX”, en *Relaciones*, vol. 21, núm. 81, invierno 2000 p. 48).

Muchos niños raquíticos deben su deformidad a la indisciplinable ignorancia materna, mal confundida con el cuidado y el amor; muchos jóvenes enfermos y perversos corrompidos hasta donde no se puede más, que son el tormento y vergüenza de sus padres [...].<sup>109</sup>

Esta cita pertenece al libro antes mencionado: *Nociones de Economía Doméstica para uso de las alumnas de primaria*, escrito en 1910 por nuestra autora. A lo largo de dicho texto, así como en diversos artículos sobre el tema, Laura Méndez de Cuenca pedía incluso en un tono amargo que la mujer desarrollara, a través de una instrucción cultivada, la capacidad de tomar las decisiones correctas para alcanzar el bien común; de lograrlo, ésta asumiría el papel que le correspondía como líder moral de la familia, lo cual significaba velar por la salud física de sus miembros; con ello, a la postre, alcanzaría mayor jerarquía en la sociedad y hasta cierta independencia.

Se casará como quiera, con quien quiera y cuando quiera y si no le conviene permanecerá soltera pero sin vestir santos ni criar sobrinos pues no faltarían ocupaciones que la enriquecieran. Llegará el tiempo [...] en que el hogar habrá de transformarse: la esposa cumplirá el papel de convertirse en desinteresada consejera del marido e institutriz de los hijos.<sup>110</sup>

Dicho ideal de mujer sería capaz de cumplir con dignidad el papel supremo al que estaba destinada: educar y criar a sus hijos en *pro* del beneficio nacional. No obstante, como se analizó en el primer capítulo, la realidad educativa en México en el pasado fin de siglo era distinta; la instrucción de corte positivista perdía la acometida frente a la educación tradicional y religiosa recibida por las mujeres: —~~N~~ hay modo de persuadir a ciertas madres de familia de que para ahorrar a sus hijos padecimientos y deformaciones físicas

---

<sup>109</sup> Laura Méndez de Cuenca, *El hogar mexicano: nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria*, t. I, p. 13.

<sup>110</sup> Laura Méndez de Cuenca, citada por Mílada Bazant, en *Laura Méndez de Cuenca, mujer indómita y moderna...*, p. 292.

deben de prescindir enteramente del sistema de educación que hoy les dan, apoyándose en que de ese modo fueron ellas educadas”.<sup>111</sup>

Debido a la participación de Laura Méndez de Cuenca en organizaciones femeninas, lo cual mencioné en el primer capítulo, sabemos que tanto la educación de las mujeres como la de los indígenas fueron una preocupación constante para la *pedagoga-narradora*. Compartió dicha inquietud con buena parte de las mujeres letradas de su momento, pues —como habitantes sin ser plenamente miembros de las naciones, las mujeres que [tuvieron] acceso a la esfera pública se [comprometieron] críticamente con los hábitos de pensamiento de los imaginarios nacionales”.<sup>112</sup> Empero, aun cuando estas escritoras se transformaron en observadoras críticas del organismo social, fueron alineadas al papel de —madres nacionales”; en otras palabras, de acuerdo con Frida Gorbach, dichas intelectuales estuvieron determinadas por la —invalidación del cuerpo femenino”, es decir, por la reafirmación de las creencias religiosas sobre su debilidad o inferioridad respecto a los hombres, prejuicios a los que, en el siglo XIX, se sumaron las ideas médicas que reiteraron que tal inferioridad era natural:

De eso se encargaron tanto las narrativas sentimentales del romanticismo como las médicas del naturalismo. Controladas ambas por compulsiones higienizantes y categorías de pureza popularizaron el cuerpo degenerado de la mujer, estigmatizándola por la culpa de las enfermedades venéreas o la debilidad por diferencias sociales y étnicas.<sup>113</sup>

---

<sup>111</sup> Laura Méndez de Cuenca, *El hogar mexicano: nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria*, p. 7.

<sup>112</sup> Mary Louise Pratt, “Las mujeres y el imaginario nacional en el siglo XIX”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XIX, núm. 38, 1993, p. 55.

<sup>113</sup> Beatriz González-Stephan, “La in-validez del cuerpo de la letrada: La metáfora patológica”, en *Revista Iberoamericana*, vol. LXXI, núm. 210, 2005, p. 71.

Dicha “inferioridad” las ponía en cierta forma a la par de otros grupos “anormales” en la evolución humana, como los indígenas y los locos o los criminales.

Actuando como escritoras, comentadoras, editoras de revistas, traductoras, antologistas mentoras, muchas enfocaron su trabajo cultural en prácticas de lo que podría llamar mediación transcultural. Como escritoras de ficción, muchas veces jugaron con el imaginario androcéntrico en textos muchas veces incomprensibles dentro de la homología nación-cultura.<sup>114</sup>

Ahora bien, Laura Méndez de Cuenca encaja en esta descripción, ya que en su obra es evidente el interés por personajes que escapan al imaginario homogenizante de una nación que se suponía debía encaminarse al progreso y a la evolución racial. Sin embargo, de la mirada perspicaz y crítica de la autora no escapa el sexo femenino, ya que la poca instrucción de las mujeres, tanto física como moral, es lo que impide la posibilidad de una nación distinta. A continuación, analizaré dichas reflexiones a través de los personajes femeninos, en particular de Inés, Clara Mendoza y de las mujeres indígenas. Al igual que Julián y Alfonso, estos personajes ejemplifican dos visiones del fracaso del proyecto de nación en el que la autora confió: el proyecto educativo de la República Restaurada y del Porfiriato. Dicho desengaño se refleja en la insatisfacción de los protagonistas, ya que ninguno alcanza una vida plena por distintas razones, que abordaré enseguida.

## **2. INÉS Y CLARA MENDOZA: LA HISTERIA Y LA ABULIA**

---

<sup>114</sup> M. L. Pratt, *op. cit.*, p. 55.

Según advertí, Inés y Clara Mendoza son las compañeras de infancia de Julián Suárez; ambas provienen de una familia adinerada venida a menos y con aspiraciones de ascender socialmente.

En una de las viviendas interiores residía con su familia un tal Mendoza, procedente de los llanos de Ápam, donde sus progenitores habían tenido hacienda y extensos magueyales. Aunque buenas personas, sus padres habían cometido el disparate de descuidar la educación de Romancito su único hijo y heredero, quien no obstante abundar en buenos dotes naturales, faltándole a tiempo guía y consejo prudente, se había echado por la calle de en medio acabando de entrar en el primer paso a la pubertad (31 de enero de 1902, p. 4).

Ramón Mendoza, el padre de Clara e Inés, es descrito como un hombre corrupto y vividor, que —N sabía trabajar en nada honesto, y para sacar la torta, hacía de tallador en una partida” (31 de enero de 1902, p. 4). Este hombre procreará a dos hijas hermosas y nobles que pasarán al —pupilaje” de las señoritas Arroyo:

Allá por junio, después de la caída y hecatombe de Querétaro, un suceso inesperado sesgó el curso de la vida monótona de Julián; con el triunfo de la República, las ferias de los pueblos recobraron su antigua animación y esplendor, y a una tras otra fue Mendoza con el consabido burlote. Habiendo enfermado en una de tantas correrías, él, acostumbrado como estaba a los mimos de su esposa, más por nostalgia que por requerir su salud quebrantada esmerada asistencia, determinó que Angelina fuera a reunirse con él por un mes o dos. Como rayo cayó en el hogar de los Mendoza la carta de Romancito, diciendo terminantemente a su esposa que sin pérdida de tiempo pusiera a Clara e Inés en pupilaje con las Arroyo, y ella, acompañada de Marcha, saliera para Irapuato, donde él la esperaría. A la carta acompañaba una libranza contra la Casa de Diligencias, por una gruesa suma para cubrir los gastos. Lo que para Angelina fue pesar, cayó como socorro de la Divina Providencia en casa de los Pericos, pues Marcha debía recibir por acompañar a la esposa de Romancito veinticinco duros y gastos pagados (1º de febrero de 1902, p. 3).

De esta suerte, las hijas de Ramón Mendoza llegan a la casa donde sirve Julián como mozo; la una y la otra son el ejemplo de dos tipos de feminidad

que me atrevo a nombrar —~~pasiva~~” y —~~ácida~~” o, en palabras de José Ricardo Chaves, la —~~mujer fatal~~” y la mujer —~~frágil~~”.<sup>115</sup> Estas figuras dicotómicas poblaron diversos textos de la época y representaron dos polos de la asimilación de la presencia femenina en la literatura finisecular. En el *Espejo de Amarilis*, el narrador plantea tal diferencia en el carácter de las niñas desde la primera vez que éstas aparecen en la historia:

Clara e Inés, tristes y llorosas como Julián tres meses antes, entraron a formar parte de la familia Arroyo. Clara frisaba entre los ocho años, pero mostraba más edad, porque era corpulenta y muy desarrollada; tenía el cutis un si es no moreno, por mejillas ostentaba dos rosas de castilla.

Por su parte,

Inés sin llegar á la hermosura de su hermana, era más agraciada y dulce [...] era el suyo uno de esos temperamentos nerviosos que propenden al abatimiento antes que a la exaltación, de esos que se someten sin protesta y se ajustan sin rebeldía al cartabón de la vida (1º de febrero, de 1902, p. 3).

Las nuevas alumnas de María Gabina se convierten en la —~~familia~~” del mozo y sufren con él los estragos de la raquílica alimentación que recibían en la casa de Rinconada de Santa María, a cargo de las —~~pobres~~” hermanas Arroyo.

Pero Gabinita y Jesusita y Aurelita, ¿qué eran en suma? Tres infelices, tres pobres diablos de quien nadie se acordaría ese día á otro, mientras que el mundo honraba con galones, decoraba con laureles o estimulaba con lisonjas a ese hervidero de sabandijas de café que, explotando la miseria, abusan de la niñez desamparada (24 de marzo de 1902, p. 4).

En la óptica que la autora promulga en su libro de *Economía doméstica*, este núcleo familiar construido alrededor de las señoritas Arroyo, y en particular de María Gabina, no constituye una estructura sólida, por lo que no es ideal para el desarrollo integral de los niños.

---

<sup>115</sup> Sobre las características de estos estereotipos femeninos, cf. José Ricardo Chaves, *Los hijos de Cibeles, cultura y sexualidad en la literatura de fin de siglo XIX*, p. 42.

Considerada la palabra *familia* en su significación primitiva, es aquella el conjunto de los padres con sus hijos viviendo bajo el mismo techo, y los parientes o extraños que se acogen a esa agrupación, dependiendo de ella, y el personal que forma la servidumbre de todos. Pero el buen gobierno de la familia requiere el hábito mutuo respeto entre los miembros que la componen; la sumisión incondicional e indiscutible de los menores de edad y de los débiles al jefe o superior, llamado comúnmente cabeza de casa. Éste puede ser hombre o mujer, joven o viejo con tal de que en él concurren las circunstancias de ser el sujeto capaz de hacerse obedecer.<sup>116</sup>

En la novela, justamente, aunque la cabeza de la primera familia adoptiva de Julián se —~~hace~~ *hace* obedecer”, su fanatismo y doble moral ponen en riesgo el sano crecimiento de sus pupilos; el antiliberalismo, según el narrador, es muestra de las ideas retrógradas de Gabinita:

Su exaltación de ideas arrastrábala a llevar a cumplido efecto actos subversivos contra el gobierno liberal, cuando éste, sin visos de estabilidad, empuñaba las riendas del Estado, los breves periodos que lo permitían las revueltas civiles; entonces era de ver cómo la inquieta dama convertía la salida de su humilde vivienda en centro revolucionario, donde se tramaban complots atrevidos, se adoptaban planes atentatorios contra la soberanía nacional, en los que campeaban la violencia y la crueldad, por no decir que chorreaban sangre. Mas esta afición a meterse en política, no estaba exenta de reveses y uno de los más sonados en el orbe cristiano y trascendental para la dama reaccionaria, fue aquel que le costó el puesto de maestra de amiga que por especial recomendación de un sujeto de calidad le había conferido el Municipio durante una corta temporada de buen gobierno (29 de enero de 1902, p. 4).

El narrador establece, de este modo, una correlación entre la mirada conservadora de la tutora y la deficiente educación que se impartía entonces en La Amiga municipal.

Larga fue la serie de vicisitudes por que pasó la conspiradora en la escuela de marras. Una de las memorables la causó el bochorno que la hicieran sufrir el día del único examen por ella presentado, valiéndole el mote de —~~ahí~~ *ahí* va un venado” De ese

---

<sup>116</sup> Laura Méndez de Cuenca, *El hogar mexicano: nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria*, p. 14.

incidente cómico no se hablaba jamás en casa de las Arroyo; pero nosotros que lo conocemos del —pè al —pà vamos a comunicar el secreto al curioso lector (29 de enero de 1902, p. 3).

La cómica anécdota evidencia, no sólo la poca honradez de María Gabina, sino también la endeble instrucción que proveía a sus alumnas, que no respondieron correctamente ninguna pregunta en el examen público:

No habiendo atinado adecuadamente a ninguna de las preguntas que les hicieron los sinodales, éstos pidieron que se les mostraran las labores manuales, ellas, sino para sacar a la maestra del aprieto. El narrador, accediendo a la demanda, hizo la conservadora majestuosa seña a unas chiquillas, quienes desaparecieron con rapidez por una estrecha puerta, no tardando en regresar, trayendo de canto, enorme bastidor envuelto en varios papeles trapos prendidos a hilvanes. Presentároslo a los sinodales, que con ávida curiosidad lo esperaban; y cuando la envoltura fue desgarrada, apareció a la vista un cuadrado de cañamazo, restirado como tambor, en el que había hasta quince hileras del lomillo, hechas con estambre gris. Los espectadores se vieron unos a los otros con asombro; y advertida que fue su mirada por Gabinita, ésta se levantó de su sitio, sin perder el aplomo, y en pie junto al bastidor, señalando al cuadrado, dijo con éñ la de otro modo que —~~Aquí~~ va un venado” (29 de enero de 1902, p. 3).

Clausurada La Amiga que tutelaba y tras enviudar, Gabinita decide abrir un nuevo establecimiento educativo, improvisado y que no dependía de ninguna institución pública; su fundación y apertura tiene como origen la falta de ingresos económicos, más que el interés o la vocación pedagógicos: —Para sostenimiento de la numerosa prole, fue para lo que Gabinita tuvo la peregrina idea de establecer, en su propia vivienda, una escuela de catecismo y dechado” (29 de enero 1902, p. 3).

Pese a que en la época en la que transcurre la trama (aproximadamente 1870) ya se había reformado la educación pública, la vida en la casa de las

Arroyo parecía pertenecer todavía a un orden social anterior; todo estaba normado por costumbres en suma conservadoras y religiosas:

Congregados alrededor de María Gabina, quien corría las cuentas y llevaba la voz, arrodillados y compungidos, todos rezaban el Rosario antes de la cena que precedía a la ordinaria tertulia; el rezo era lento y cansado, pues remataba con jaculatorias en latín y preces especiales, implorando del Cielo protección y favores para los —~~O~~rdenales” y —~~P~~apas,” salud para los —~~P~~ríncipes de la Iglesia,” auxilio para el —~~a~~scate de los cautivos.” ¿Quiénes serían esos encopetados señorones? Julián hubiera dado algo por saberlo, mas no se atrevió a preguntar de miedo al ayuno, pues un día que se había aventurado a interrogar a Gabinita por qué se condena al Limbo a los niños que mueren sin bautismo, aunque no han pecado, la viuda lo mandó acostar sin cena por preguntón (29 de enero de 1902, p. 4).

Las referencias a Gabinita como ignorante —~~c~~ospiradora” son recurrentes y en cierto sentido esta condición explica su mezquindad con los infantes que tiene a su cargo, quienes sufren de hambre y desnutrición mientras dependen de ella:

De estas miserias estaba bien enterado Julián, a quien la jerarquía de candidato a la presidencia, le había hecho acreedor a la confianza de la familia; pero bien se guardaba él de poner en pico de sus amiguitas las cosas que sabía, no por temor de las amas, ni porque Gabinita cumpliera la amenaza de quemarle la boca con un huevo cocido si se volvía chismoso, sino porque los angelitos no sintieran más amarga la ausencia de sus padres (3 de febrero de 1902, p. 3).

La falta de alimentos y ejercicios acentúan los defectos de las niñas, en vez de corregirlos:

Al par que Clara continuaba haciéndose irascible hasta perder el quicio y las más ligeras pragmáticas de la buena educación, Inés soñolienta a toda hora, y cansadísima aun más al momento de salir de la cama, languidecía a gran prisa como lirio tronchado (3 de febrero de 1902, p. 3).

Gracias a estas condiciones de indefensión, Clara e Inés se encuentran al mismo nivel social que Julián, con quien traban amistad después de que él les

ofrece una migaja de pan. Es evidente que al hablar de la educación de Clara e Inés las inquietudes pedagógicas de Laura Méndez de Cuenca afloran con mayor nitidez, quizá aun con amargura; esto no es fortuito, ya que este discurso estuvo constantemente presente en sus artículos educativos y periodísticos:

Todas las clases servidas por mujeres, invariablemente concluían con que la profesora sacara de su bolsa de mano el indispensable espejito, la borla y la cajita de polvo y en presencia de las alumnas, quienes a su vez la imitaban, se ponían como polvorón sin miramiento alguno a los extraños [...].<sup>117</sup>

Como mencioné al inicio, la autora afirmaba la importancia de una profunda instrucción que debía ir de la mano de los cuidados necesarios para conservar la salud de los infantes; estas reflexiones, que colindan con aspectos médicos, se desarrollan en la novela ampliamente, incluso sustentan y explican el comportamiento y las posteriores decisiones de los personajes. Ahora bien, resulta pertinente aclarar que la narradora no está en contra de la educación positivista, sino que, a través de estos personajes, ejemplificó la deficiente aplicación que había tenido en los diversos ámbitos y las clases sociales del país. Por ello, las “maestras”, las señoritas Arroyo, son más criticadas que las instructoras de las escuelas públicas o que los maestros de Julián o Alfonso, puesto que, no sólo limitaban su educación a la enseñanza del catecismo y el bordado, como era la costumbre, sino que además descuidaban en todos sentidos la salud de las niñas. Así, Clara Mendoza podía quedarse sin cenar si no se aprendía de corrido el nombre de los apóstoles.

—Ya se lo dije antes de que se metiera a acostar. ¿De qué sirvió? Se lo dije muy clarito: —Gaitita, tengo jaqueca y basca, y me duelen los huesos”.

---

<sup>117</sup> Laura Méndez de Cuenca, “Kindergarten”, en Pablo Mora (edit.), *Impresiones de una mujer a solas...*, p. 314.

–¿Y qué dijo?  
 –Pues estudia para que se te quite.  
 –¿Eso respondió? ¡Vaya con la ama tan mala!  
 –Mira, alza el libro, y a ver si me puedes ayudar tú un poco con los profetas. Lee. A mí me bailan las letras.  
 –Estudiaré yo con ustedes también. ¿Quieren?  
 Interrumpió Inés  
 –A mí sola me da flojera.  
 Julián abrió el libro y empezó a recitar: —Isaías, Jeremías y Baruc, Ezequiel y Daniel, que son uno solo: estos son los cuatro profetas mayores, y doce menores, que son: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Miqueas, Jonás”...  
 –Malditos sean los menores –profirió Clara, casi sin aliento.– Yo no sé para qué mil demonios fueron tantos, y luego con esos nombres tan feos y tan difíciles.  
 –A mí –objetó Inés tímidamente–, me habrían gustado que tuvieran nombres de personas: Juan, Tomás, Pedro... Y no de animales.  
 –¡Pero qué remedio!– dijo Julián–. Vale más estudiar ahora. Conque, otra vez, niñas: —Oseas, Amós, Abdías...” (3 de febrero de 1902, p. 4).

Lo anterior, provoca en los tres niños (Inés, Clara y Julián) un cuadro mortal de escarlatina, del que únicamente los salva la intervención y ayuda del mencionado doctor Borrayo. Como he venido exponiendo, *El espejo de Amarilis* es una novela que pone especial interés en la infancia y en el desarrollo integral de los infantes; como pedagoga, la autora recomendaba mantener a los niños en ambientes ventilados y en constante actividad física, para evitar enfermedades mortales:

Las fiebres, la tuberculosis, y hasta el temido azote del cólera, se ceban principalmente en las personas que viven rodeadas de una atmósfera impura. Por eso, esas madres que tienen a sus hijos encerrados entre vidrieras; las que cierran las ventanillas de los coches y tranvías y envuelven las cabecitas de los niños dormidos con el rebozo de la nodriza, sin saberlo y quererlo sentencian a sus propios hijos a muerte o cuando menos, a alguna enfermedad lenta que se encargue de consumirlos poco a poco.<sup>118</sup>

---

<sup>118</sup> Laura Méndez de Cuenca, *El hogar mexicano: nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria*, t. I, pp. 62-63.

En consonancia con esas ideas y con la convicción de que infancia es destino, la combinación de la escasa alimentación y la vaga e interrumpida instrucción escolar que reciben las niñas Mendoza, así como las lamentables condiciones higiénicas de la vecindad donde vivían, determinará su futuro. En particular, tanto en Clara como en Inés los efectos de esto serán, aunque de índole distinta, invariablemente trágicos. Por su pobre educación, Clara Mendoza será incapaz de corregir los vicios de su comportamiento, mientras que Inés no logrará tener confianza en sí misma, lo cual impedirá tomar buenas decisiones, pues —La docilidad llevada al extremo es igualmente trascendental que la arrogancia y el despotismo”.<sup>119</sup>

Hasta entonces Clara e Inés habían ocupado igual puesto en el corazón del muchacho, [Julián] pero conmovido por la generosa conducta de la hermanita pequeña, sintió por ella el primer impulso de afecto algo más consistente y violento que suelen serlo los de la niñez. Observó en las dos niñas inclinaciones diferentes.

Clara tiraba a gran señora, gustaba de causar admiración, de ejercer dominio; Inés, tierna y humilde, no sabía más que obedecer y ser amada.

En los juegos suelen revelar los niños, ya que no de una manera definida, sus propensiones y tendencias. Lo que el testigo superficial deja escapar inadvertido, a la mente del fisiólogo y del psicólogo habla como los jeroglíficos ante el investigador de arqueología.

Muchas veces un general de plazuela, azote del barrio durante la mocedad, acaba sus días entre los cuatro muros de un convento, dándose duro con el silicio; otras el muchacho sentado en el rincón pudriéndose con el catecismo en la mano, osando apenas jugar al señor cura que echa bendiciones y evangelios, resulta ser un pensador de tomo y lomo; y por ahí así. Pero en puridad de verdad, es que el general de plazuela carecía de espíritu y de valor y de energía: ente pasivo puesto en movimiento por los generosos impulsos de la infancia y la impaciencia prematura de la imaginación, quería brillar a toda costa, y ya que no tuviera los tamaños de un Napoleón, brillaría con la heroica mansedumbre del mártir cristiano. Y el chicuelo del Catecismo, anémico organismo agotado por la inacción del cuerpo y la actividad cerebral, penetra en las reconditeces de la

---

<sup>119</sup> *Idem.*

ciencia o de la filosofía, mientras sus miserables miembros se arrastraban penosamente por el mundo.

Inés no jugaba ni a esposa ni a madre, sino a protectora del gato, el cual era un mártir de la ternura y el amor. Pasaba los días con un pañuelo atado en la cabeza, las manos liadas en una mantilla de recién nacido, echado en el regazo de la niña, con maldita la gana de estar prisionero y de oírse llamar —“in alma” y —“in vida,” cuando las zapaquildas de la vecindad, maullando desconsoladamente en la azotea, parecían convidarlo a amorosos deleites.

Clara había recobrado sus perdidos colores y vuelto a ser la rosa de Castilla de otros días. Graciosa, insinuante, avasalladora, tenía la majestad altiva de una soberana.

Inés era tímida y dulce, de palidez sana, ojos pensativos no exentos de expresión, movimientos reposados, porte señorial que le daba carta de presentación entre las gentes bien nacidas (4 de febrero de 1902, p. 3).

La descripción de Inés concuerda con su imagen adulta, como lo adivina Julián cuando vuelve a reunirse con su amada —“Amarilis” en la mencionada presentación de *La hija del Rey*:

La divina Amarilis era la misma criatura dulce, tímida, pálida de la ingenua primera edad, en quien la ignorancia era velo más no sombra; no podía quedar excluida de ese anatema que la sociedad mexicana imprime en la mente de sus niños como primer mandamiento de la perdición de la mujer: No harás uso de tu inteligencia ni le permitirás pensamiento alguno (17 de febrero de 1902, p. 4).

En esta lógica discursiva, Inés parecería representar el ideal de feminidad de una nación a caballo entre una sociedad moralmente conservadora y una política e ideológicamente “moderna”. Sin embargo, su reflejo no dejaba de ser la de una mujer como:

Una bestia de reata, sin individualismo, ni responsabilidad ni nada. Su criterio ha de ser el del señor su padre, el señor su hermano, el señor su esposo, el señor su hijo; sus luces, cuando luces le entren en la mente, deben ser reflejos de las del varón que hace para ella de jefe de familia; su misión en el mundo, de joven, ser el ideal del señor, el pretexto para que si el señor es artesano, no se emborrache más que los domingos; si estudiante, pinte venado con menos frecuencia; si militar, faltar menos al cumplimiento de su deber. En suma, que como el hombre se confiesa apocado y sin aspiraciones si no ve una

—el” en un punto cualquiera de su horizonte, ha sido menester inventar ese ángel del hogar.<sup>120</sup>

Laura Méndez de Cuenca critica, así, con frases incisivas, su contexto educativo y el de sus contemporáneas, en el cual se desenvuelven también los personajes femeninos de su novela:

Durante centenares de siglos, la mujer, la indispensable compañera del varón y madre de sus hijos, se ha sentido impotente, contenida e imposibilitada en sus impulsos nobles; porque el hombre en su egoísmo de dominarla en todo, no consintió que se manifestara libremente. Sus instintos de energía eran siempre ahogados en la cuna; su actividad, contenida; sus impulsos, encadenados a la voluntad de su señor. De aquí nació su insignificancia social, su nulidad política, su puesto secundario en la familia, de la cual ella es autora y dueña y soberana.<sup>121</sup>

En este sentido, no es casual que la autora homologue la figura de Inés con la de esa famosa —Amarilis”, quien escribió la —Epístola a Belardo”, es decir, a Lope de Vega, donde alude a la superficialidad de un tipo amor incapaz de *ver* el ser verdadero del otro, por tener vedado el acceso al alma de los terceros:

Tanto como la vista, la noticia  
de grandes cosas suelen la más veces  
el alma tiernamente aficionarla,  
que no hace el amor siempre justicia,  
ni los ojos a veces son jueces  
del valor de la cosa para amarla.<sup>122</sup>

---

<sup>120</sup> Laura Méndez de Cuenca, “El decantado feminismo”, en P. Mora, (edit.), *op. cit.*, p. 253.

<sup>121</sup> Laura Méndez de Cuenca, *El hogar mexicano: nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria*, t. II, p. 35.

<sup>122</sup> “Epístola a Belardo”, epístola dirigida a Lope de Vega en 1621 y firmada con el seudónimo de *Amarilis indiana*, se cree que su autora fue la peruana María de Rojas y Garay (1594-1622) o Gerónima de Garay Muchuy; el mismo Lope de Vega contestó a la epístola poco tiempo después (cf. Guillermo Lohmann Villena, *Amarilis Indiana, identificación y semblanza*, p. 85). En dicha correspondencia poética Lope de Vega se refiere a su destinataria como “Amarilis indiana”, de igual modo, ésta bautiza como “Belardo” al dramaturgo español.

Justamente, el nombre "Amarilis" es también recurrente durante los Siglos de Oro para hacer alusión a amores imposibles. Fue utilizado por el mismo Lope de Vega en distintas ocasiones y por el escritor y jurista Cristóbal Suárez de Figueroa (Valladolid, 1571- 1644), quien escribió *La constante Amarilis*, novela pastoril que se publicó en Valencia en 1609, sobre el amor imposible de un joven pastor. En esta tónica, Julián Suárez no podrá concretar su amor con esta moderna "Amarilis", "mujer frágil" que, pese a ser un individuo consciente, es incapaz de actuar a su voluntad, víctima de su deficiente instrucción y de su carácter pusilánime. En otras palabras, al haber sido criada bajo las premisas y los preceptos de una educación tradicional y religiosa, no se entrega libremente a su buen juicio, por lo que termina siendo siempre el agente pasivo de todas sus relaciones amorosas, incluso con su marido: "Cuando Alfonso hizo su declaración amorosa, aunque a la pretendida no le inspiraba ningún sentimiento que le hiciera tolerable la vida de casados, su hermana había dicho: 'Correspóndele' y le correspondió, 'cáete' y se casó sin protestas" (1º de marzo de 1902, p. 4). De esta forma, Inés Mendoza entra al "estado feliz" a regañadientes, aunque con el tiempo y la llegada de su primera hija, Niní, se convence de amar honestamente a su marido. Empero, esto no dura mucho, pues cuando las extravagancias de Alfonso se hacen patentes, su amor se desvanece.

Cómo fue poco a poco la señora de Sánchez, perdiendo la voluntad á su consorte, no se paró jamás a averiguarlo; pero era un hecho que no tenía vuelta de hoja. Mientras que el infortunado se sentía vencer en la lucha con la fatalidad más estoico que Prometeo, su compañera, apretada por influencias de medio ambiente, teniendo como aforismo aquello de "piensa mal y acertarás," declaró *in pectore* que Alfonso había dado en emplear el codo.

Era ella de naturaleza bondadosa, bien inclinada y celosa de su dignidad; pero insegura y desconfiada de sí, acostumbrada a

obedecer, descargada de responsabilidad propia y libre albedrío; en una palabra: una débil mujer (11 de marzo, de 1902 p. 3).

Gracias a la dinámica conservadora y tradicional en la que se seguía educando a la mayoría de la población, continuaban imperando los prejuicios religiosos y raciales sobre los ideales de igualdad, que habían cimentado en principio a la República. Al respecto, la autora reflexionará con profundidad a lo largo de su novela, principalmente a través de la historia trágica de la menor de las Mendoza. Alfonso, que había sido durante los tres años de matrimonio un cumplido esposo, pronto comienza a revelar su verdadera imagen. Dicha circunstancia hace afrontar a Inés el fracaso de su matrimonio, sensación que se recrudece cuando Julián Suárez (ahora “del Olmo”, para honrar a su familia y agregarle importancia a su apellido) aparece de nuevo en su vida, recordándole la fatalidad de sus decisiones.

Inés, con todo, no pudo disimular la tristeza que le causó pensar que no era libre, a la vez que la alegría de que Julián no fuese el incidente que antes había supuesto.

Notándolo su hermana, le dijo:

No seas tonta: no te pese. ¿Qué harías ahora si en lugar de esa primorosa criatura, tuvieras por hija otra parecida al chango del cilindrero, porque siendo tu marido semejante visión, no podía ser de otro modo? Ten en cuenta, además, que si el dinero no constituye la felicidad, a lo menos nos quita de encima parte de la desgracia: el rico está sujeto á toda clase de penas, menos la penuria; el indigente a las del rico, más la propia miseria (14 de marzo de 1902, p. 3).

De este modo, al descubrir que la locura de su marido es irremediable, Amarilis, la amante imposible de Julián, de acuerdo con lo que su época y su educación católica le mandaba,

[...] apechugó con [la situación]. Cumpliría con el deber de esposa y madre como la Santa Madre Iglesia lo previene, aun a costa del sacrificio del corazón. Más como no hay sacrificio estéril, el de Amarilis tenía por compensación la paz de su

espíritu, lo que, con perdón de ustedes, lectores, es regular bocado.

Ocupaba sus pensamientos en repasar su vida pasada y en construirse otra familia, á gusto teniendo que prescindir, por supuesto, con tal fin, de los sentimientos del presente (11 de marzo, de 1902 p. 3).

Bajo el influjo de esos pensamientos y restablecida la cercanía con Julián, ahora médico de cabecera de la familia, a raíz de la enfermedad de su hija y de su esposo, Inés Mendoza se encamina hacia el adulterio. No obstante, la narradora cierra las puertas de palmo este final, ya que ambos personajes logran apaciguar sus bajos instintos. Quizá lo verdaderamente lamentable para Inés sea su capacidad de reflexionar sobre su situación, pero imposibilitada para su encierro matrimonial y social: “¿qué razón había para que ella, Inés Mendoza, fuera exceptuada del azote común? Crear leyes, o transformar, las vigentes, no estaba en su mano; pero respetarlas sí” (1º de abril de 1902, p. 3).

Como otros autores decimonónicos, Laura Méndez de Cuenca plantea en la novela que la soledad hogareña a la que estaban reclusas Clara e Inés, conducía a las mujeres hacia peligrosas alucinaciones que, a su vez devenían en un temido y cada vez más común mal: la histeria. De tal suerte que, la débil y nerviosa Amarilis no posee la capacidad ni la fuerza para tomar las decisiones que la liberaran de su injusta situación matrimonial. Esta falta de voluntad, que en la infancia la hacía dócil y angelical, la orilla a la mencionada histeria y casi al adulterio.

Avanzando lo indecible, de intimidad en intimidad, Julián y la dama encontrándose de repente suspendidos al borde del abismo. Jugaban a fuego y estopa simultáneamente, trocándose a menudo los papeles. Indiferentes a las consecuencias o descuidados del peligro, no reparaban en que sólo faltaba el Diablo a soplar, y que quizá atisbaría ya, tras de la puerta (18 de marzo de 1902, p. 3).

Con la historia de Inés se cierra el itinerario que he venido planteando a lo largo de este análisis, el cual comenzó con Julián y su origen indígena, Alfonso y la demencia, y que culmina con el desarrollo de este padecimiento en dicho personaje femenino. Por medio de éste, la autora expone las condiciones en las cuales se gestaba esa enfermedad mental común en el antepasado fin de siglo, en específico entre las mujeres de clases altas. Así, la narradora pareciera suscribir algunas creencias médicas de la época acerca de que ciertas enfermedades eran propias o “naturales” de los diferentes sectores de la población; lógica ésta que reforzó las ideas de clase y, en última instancia, justificó el racismo en la época del Porfiriato.

Estas señoritas de nuestra sociedad que salen poco a la calle y cuando salen van en coche y que si lo hacen a pie se cubren con la sombrilla para pasar de una esquina a otra, que le tienen más miedo al sol que al cólera asiático y a la sierpe de siete cabezas; que viven entre colgaduras, alfombras y cortinas y abren poco los balcones por temor de un resfrío; que su ocupación favorita es leer novelas, hacer tejidos o tocar el piano; que las más noches concurren al teatro a ver dramas más o menos terribles que conmueven su espíritu, a respirar una atmósfera viciada y a exponerse a los enfriamientos; que guardan, en fin, pésimamente las reglas de la higiene: estas jóvenes, digo, son casi siempre anémicas y muchas llegan a histéricas.<sup>123</sup>

De esta forma, a través de Inés, la autora insiste en que la inactividad física y la falta de una ocupación intelectual eran también causas determinantes para la aparición de ese padecimiento mental:

Juan Ramírez en el *Observador Médico* insistía en la misma idea: la causa predisponente de la histeria, tan frecuente entre nosotros, —no es el amor, no son las pasiones políticas, no los afectos contrariados, ni la vida acompañada de frecuentes decepciones”, sino la vida inútil de las mujeres. Enferman por —permanecer en la inacción”, no sólo por llevar el corsé demasiado ajustado sino por tener los brazos sujetos por las

---

<sup>123</sup> Francisco Rodiles citado por F. Gorbach en *op. cit.*

mangas del vestido, por lo que no pueden —ejecutar acciones libres y trabajos propios de su sexo. Por consiguiente, la única ocupación a que pueden entregarse es la lectura, estudios al piano, la conversación, y pocas veces el paseo en coche”. Por desgracia, continuaba, en —nuestras jóvenes compatriotas” la inacción ha dado por resultado —una vida lánguida y decadente”.<sup>124</sup>

Ahora bien, en cuanto a Clara Mendoza, hermana de Inés, sus circunstancias no son muy diferentes. Como todos los personajes femeninos de *El espejo de Amarilis*, ella está marcada por ese contexto cultural y educativo, a la vez que por las “relaciones de poder” entre los sexos en la sociedad decimonónica. Empero,

Como explica Michel Foucault, dicha estructura no es inamovible; el poder no es algo estratégico sino un proceso que está en continuo movimiento circular. Las relaciones de poder son un campo de tensión continua que se construye en la práctica y en el que cada sujeto participante tiene algún grado de poder, el poder se ejerce entre individuos pero éste también lo ejecuta, abriendo las posibilidades a un abanico de relaciones sociales.<sup>125</sup>

Si atendemos a esa dinámica, entonces, es posible que en un sistema aparentemente hegemónico, se contrapongan sutiles prácticas de “resistencia”; esto lo ejemplifica con claridad Clara Mendoza, quien, a pesar de su infelicidad marital, intenta convencer a su hermana de los aparentes beneficios de su cómoda situación económica y social:

Tu marido y el mío disfrutaban de holgura y tienen buen lugar en sociedad, de todo lo cual participamos; si nuestros hijos enferman, acudimos a los mejores médicos, disponemos de toda suerte de medicinas por costosas que sean, nos rodea de comodidad, y aun tenemos medios de cambiar de residencia, de ciudad, de país, o viajar constantemente, para beneficio de nuestros enfermos. Ahora, supón que desgraciadamente, a pesar de todo, aquellos no se alivian; pues riamos Fulano o

---

<sup>124</sup> *Idem.*

<sup>125</sup> Ana Lidia García Peña, “Violencia conyugal y corporalidad en el siglo XIX”, en Julia Tuñón (comp.), *Enjaular los cuerpos, normativas decimonónicas y feminidad en México*, p. 110.

Zutano murió porque Dios quiso, porque ya estaba escrito, porque ya le tocaba; y no como los pobres dicen: mi padre, o mi madre murió porque tal o cual médico no le acertó la enfermedad, porque no salió a temperamento, porque no hubo para comprar un cáustico, porque le ordenaron huevos y vino, y en lugar de eso, la alimentaron con media leche [...] (14 de marzo de 1902, p. 3).

Éstas no son las únicas ventajas que Clara encuentra en su infeliz unión, sino que, de igual forma, expresa a su hermana otras ganancias de su estado financiero:

¿Te parecen pocas las ventajas que disfrutamos? Pues oye aún más. Teniendo medios, si queremos pasear para divagar las penas, paseamos; si viajar, lo mismo, y no nos falta manera de hacernos menos pesada la carga del marido. Porque después de uno o dos años del sagrado peso de la cruz, se necesita de Dios y su santa ayuda para no reventar y ahí va uno pujando, pujando y haciendo gestos. ¿Qué menos es posible hacer con hombres tan egoístas y vulgares? Entran en nuestro corazón a fuerza de farsas y fingimiento, pero una vez que se nos presentan al desnudo, tal cual son, se nos salen del alma como rata por tirante. [...]

Pero si él dispone de su dinero, y de su cuerpo, yo de mi pensamiento, de mi corazón, de mi voluntad, y estamos saldados. ¡Qué lejos estará de pensar que más de un beso que me pide en fuerza de la rutina, se lo doy ardiente, apasionado, en su boca que me repugna, haciendo cuenta de dárselo al temor de la zarzuela a quien él aborrece de muerte porque es guapo y da un do de pecho que sube á una al cielo. Pero para hacer a un hombre feliz no hay como hacerlo tonto (14 de marzo, de 1902, p. 4).

Clara Mendoza, que en la relación entre hermanas detenta el poder, utiliza la “intimidación” en la relación con su marido y, al igual que en el futuro de su hermana menor, en el suyo peligrosamente se vislumbran las fantasías y las ilusiones como un detonante del adulterio y de la histeria, es decir de la enfermedad social e individual. Con lo anterior, la autora pretende afirmar la endeble realidad de las estructuras familiares de una sociedad que, en vez de prevenir los peligros y las perversiones a las que las mujeres estaban expuestas con el aislamiento y la falta de instrucción, los incrementaban al

grado de que estos, a la larga, podrían degenerar en enfermedad y contagiar a la familia nacional.

Ella hacía por sofocar todo eso. Por encima de la fiera pasión se levantaba el instinto de honradez, invívito en las Mendoza, imbuido por Angelina con saludables ejemplos que son los únicos predicadores eficaces y rara vez desatendidos; y sólo por deficiencias de educación e influencias inevitables de medio ambiente, caía Amarillis a menudo, lo mismo que su hermana, en la ignominia de ultrajar de pensamiento y de imaginación honra de sus esposos. Las dos amables criaturas, dotadas de ignorancia supina y sensibilidad mal sana— que son el exquisito adorno de la mujer latina— crecidas en medio de una sociedad poco asustadiza— que suele llamar hipócritas a los timoratos, y apechugar sin repugnancia con la disipación y el vicio si se le presentan vestidos convenientemente— no podían menos que sentir la inevitable influencia del medio ambiente que, como la poderosa de los agentes cósmicos forma los individuos y determina los caracteres (18 marzo de 1902, p. 4).

En suma, la novela muestra la disparidad del nivel cultural entre hombres y mujeres, situación que de facto daba a estas últimas el papel del —sex débil”, de víctimas en la convivencia conyugal; esto, principalmente, a consecuencia de que la educación femenina se hallaba en pañales los ideales del liberalismo, los cuales eran evidentes en la educación masculina como la que había recibido Julián.

Por supuesto, lo anterior vale con respecto a la comunidad de mujeres de clases medias las cuales representaban una minoría, frente a la —pleb” que vivía en una sociedad cuya estructura se encontraba completamente desarticulada en relación con los proyectos de los gobernantes. Si los hombres comenzaban a entrar al mundo científico y las mujeres de clases altas y acomodadas seguían siendo educadas en un modelo colonial, la —pleb” se encontraba en un estado de completo abandono y oscurantismo; más aún las

mujeres indígenas, último eslabón de la cadena social, como se verá a continuación.

### **3. GREGORIA Y FELICIANA: LAS MUJERES INDÍGENAS**

Gregoria (la Perica) y Feliciano (la madre de Julián) topan la muerte a temprana edad, como consecuencia de las bajas condiciones de vida que tenían las clases bajas en la época, en especial las mujeres indígenas. Éstas estaban relegadas a las labores del hogar, casi siempre explotadas en sus propias casas o en los hogares donde servían. Su nivel en la sociedad se encontraba por debajo de todos los demás, incluso dentro de la misma estructura familiar comunal, como se muestra en *El espejo de Amarilis*:

De los dos hijos de Suárez, sacrificados en la guerra con Francia, quedaron dos viudas, Marcela y Feliciano, cada una con su crío, vástagos de esos infelices carne de cañón que ni en vida ni en muerte sueñan ni truenan.

Fueron aquellos, Mateo y Julián, narrador este último y protagonista de la presente historia... Ambas mujeres, que ya vivían bajo el techo de Suárez, desde que los maridos fueron cogidos de leva, pasaron a cargo del suegro y formaron parte de la familia (21 de enero de 1902 p. 3).

Por ser viuda, Feliciano no gozaba de ningún beneficio en la casa de su suegro, quien la relegaba a vivir con su vástago en la cocina, trabajando para su familia política, sin ningún tipo de remuneración ni privilegio. Como advertí, su muerte desencadena la separación de Julián del mundo mágico, a quien su madre tanto temía, pero al cual lo empujaba, creyendo con eso garantizar su futuro.

–Hijo, mañana va señor Gregorio a México, a las meras seis; y tú tienes que ir con él cargando el chiquihuite de los ajos y los —tlahuyes”, desde La Viga hasta la Merced; así, más vale que te duermas.

–Es temprano, madre no tengo sueño.

—¿Temprano? Oye la plegaria de las ocho en Santa Anita. ¡Mira qué gestos haces! Completamente ya no puedes de sueño, ¿no es verdad?

—Sí, madre, es verdad. Pero tengo mucho miedo.

—Pues por lo mismo duérmete, antes que venga el —*naual*” y te lleve.

—¡Ay, madre, no me lo diga usted!

En esas, se oyeron en el corral aletazos y chillidos de aves: el niño se echó al cuello de la madre llorando.

Ella le tuvo lástima, y para calmarlo, le dijo:

—Si no es nada, tonto, ¿No ves que es el cacomixtle que se está llevando a las gallinas? Mira, hijo, más vale que te hagas brujo como tu agüelito, para que se te quite el miedo. Ni el —*naual*” ni nadie les hace daño a los brujos.

—¿Por qué no, madre?

—Porque a los brujos, dice señor Gregorio que los protege el Diablo, y nadie puede contra ellos.

—¿Nadie, madre? ¿Y Dios?

—Yo no entiendo eso muy bien porque como el padre Ortigoza, que es el que sabe explicar —*es* de Dios y del Diablo, no más viene cada año se me hace todito el sermón una bola en la cabeza.

—El maestro tampoco habla de esas cosas en la escuela; sólo de la tabla de sumar, de los nombres y de los adjetivos. Pero el libro de Mantilla dice cosas de Dios.

—¿Sí? ¿Qué dice?

—Que es nuestro padre, y que hizo todas las cosas.

—¡Mira no más!

—También en la gramática, se habla de Él en lo que de los nombres propios.

—¿Y cómo va?

—*Nombre propio* es el que conviene a una sola persona o cosa, como Dios, que es el Soberano Señor de todo lo creado...” Y por ahí así...

—Pero no creas, hijo, no puede más que los brujos. Mira: señor Gregorio ha hecho ojo a muchos en el pueblo, y todos han acabado mal; y cuando las cosas le salen como él quiere, dice que es por artes del Diablo (22 de enero de 1902, p. 4).

Una constante en *El espejo de Amarilis*, como he venido refiriendo, es la importancia de la —*visión de mundo*” con la cual una madre alimenta a sus hijos; en el caso de Feliciano, ella trasmite a su descendiente el pensamiento mágico y la superstición. Muerta ella, Julián tendrá que vivir en la orfandad ideológica y su mente será un terreno fértil, donde se cimienten ideas que lo transformarán, como señalé con anterioridad.

Por su parte, Gregoria es la criada de la casa de los Marcha, vecinos de las señoritas Arroyo.

Tenían los —Marcha” a su servicio a una mocita de doce años de edad, de nombre Gregoria, que no ganaba salario, en lo cual su parentela estaba conteste. En cambio de sus servicios recibiría el beneficio de la casa, una buena ama que la enseñase a trabajar, alimentación abundante y algunas piezas de ropa por Corpus y San Juan; de donde resultaba que la muchacha tuviera no poca participación en los envoltorios que la familia recibía de las patronas del luchón (25 de enero de 1902 p. 3).

—LaPerica” se encuentra en las mismas condiciones de servidumbre que Feliciano y Julián; no obstante este último crece bajo el ejemplo de Juárez, mientras que ella no recibe ningún tipo de instrucción más que la del trabajo doméstico. Esto la lleva a permanecer en un estado cercano al salvajismo:

En Gregoria apuntaba la precocidad femenil de la raza indígena, que no dejaba de ejercer en Julián su misma influencia perturbadora: malestar, inquietud. Ella sucumbía sin lucha a las congojas de la virgen núbil que no percibe una vislumbre de alma dentro de la tosca armazón de su persona (7 de febrero de 1902, p. 4)

Para su desgracia se enamora de Julián, quien rotundamente la rechaza. Despechada, Gregoria huye con Cirilo, un arriero, con el cual tiene un hijo y que la trata con despótica violencia. Curiosamente, el destino de Inés Mendoza no es tan distinto: ambas vivirán sometidas al horror que les provocan sus maridos y, quizá, el trágico fin de Gregoria presagia el desenlace de la bella Inés-Amarilis: —LaPerica tomó lo que le dio su amante: una puñalada en el costado izquierdo, que apenas le dio licencia de clamar a Jesús dos veces, al caer de plano en medio del arroyo” (22 de febrero de 1902, p. 4).

Justamente, los personajes femeninos funcionan para la autora bajo una misma constante: están condenados a ser entes pasivos, receptáculos de la violencia. Como afirma García Peña, —A encontrarse subordinadas a la

autoridad masculina, las mujeres carecían de personalidad propia para definirse como individuos en el ámbito público; estaban limitadas para tomar decisiones en forma autónoma, pues eran dependientes económica, legal y emocionalmente”.<sup>126</sup> Esta circunstancia se recrudeció en particular durante el siglo XIX bajo las nuevas regulaciones jurídicas, a partir de las cuales las mujeres quedaron al margen de cualquier tipo de autoridad. —~~a~~ reforma liberal, con su preocupación por extender la voluntad y la libertad individuales fue encerrado cada vez más la problemática del maltrato conyugal en el ámbito de la privacidad”;<sup>127</sup> más aún, como en el caso de la criminalidad, la violencia se atribuía a los estratos bajos y menores, por lo que

La forma en la que las mujeres eran protegidas dependía mucho de su condición social corporativa y jerarquizada, los malos tratos debían ser definidos según la condición social de las personas. Se pensaba que entre los de baja esfera eran necesarios hechos verdaderamente graves para ameritar su causa judicial, a diferencia de la gente de mejor condición social, con más sentimientos y delicadeza”.<sup>128</sup>

En una estructura social de este tipo, La Perica no tiene salvación posible y su destino será la muerte. Mientras su asesinato ocurre, Julián se encuentra en su cuarto de estudiante muy cerca de donde se perpetraron los funestos actos. De no haber estado sumido en la tristeza del rechazo de Inés, advierte el narrador, hubiera visto a Gregoria con —~~de~~ ojos suplicantes, cuajaditos de lágrimas. Habría oído también dos ¡ay, Jesús! Muy dolorido el primero casi apagado el último, y luego un splash el sapotazo del cuerpo al caer” (22 de febrero de 1902, p.4). En este punto, existe de nuevo un velo sobre la realidad, los personajes no se reconocen entre sí por la disparidad en el desarrollo de sus aptitudes: Inés no puede corresponder a Julián, como éste no puede

---

<sup>126</sup> A. L. García Peña, *op. cit.*, p. 118.

<sup>127</sup> *Ibidem*, p. 119.

<sup>128</sup> *Ibid.*, p. 114.

vincularse con Gregoria, que permanece, culturalmente hablando, en estado primitivo, de evidente barbarie.

[Julián] Topaba a menudo con la mocetona y pudo notar en ella el deseo salvaje, que no estaba en mano suya ni satisfacer ni enfrentar, antes sentía ensancharse el abismo que entre ambos los separaba. Hasta ayer los había dividido los profetas y el Libro de Mantilla y los adjetivos; ahora el dique se engrosaba ¿no estaba allí el espíritu de Juárez y la angélica visión de Amarilis? (8 de febrero de 1902, p. 3).

Si bien como enuncié en el primer capítulo existió interés por la educación femenina, resulta palmario que esto sólo cambió el destino de una porción reducida de la sociedad decimonónica: los pocos que contaban con la posibilidad de leer y escribir. Por su parte, los estratos bajos como los indígenas y, sobre todo, las mujeres estaban muy lejos de participar de ese proyecto ilustrado de nación, como muestra Laura Méndez de Cuenca en su novela.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, tanto las mujeres indígenas como las que pertenecían a estratos más altos, no escapaban a una concepción evolutiva que las definía como menores, como los puntos —“débiles de la patria”, destinados a un inexorable destino general, que bien podía ser la histeria, el abuso o la muerte violenta. Como apunté, esto se acentuó con la hegemonía finisecular de la mencionada óptica médica, ya que, aun cuando siempre se había considerado a la mujer inferior al hombre, ahora esta idea contaba con un sustento —“biológico”: —“Los médicos dejaron de considerarla pecaminosa y la definieron como un ser constitutivamente enfermo y temperamental, cuya meta en la vida era reproducir a la especie y los valores morales vigentes”.<sup>129</sup>

---

<sup>129</sup> *Ibid.*, p. 152.

Como puede observarse, estas ideas generalizadas en el México a finales del siglo XIX, asignaban a la mujer un papel contradictorio; por un lado, prominente, el de encargadas de la educación moral y la salud física de los ciudadanos, y, por el otro, menor, pues se la trataba como un ente enfermizo y delicado, a quien se debía proporcionar toda la ayuda y protección posible, así como mantener bajo el escrutinio del poder de la mirada clínica.

Desde esta perspectiva, en *El espejo de Amarilis* todos los personajes femeninos sin excepción, muestran facetas diversas de una misma tragedia educativa, de un sistema que al considerar a las mujeres entes inferiores, descuidó un aspecto esencial: su salud física y mental, lo cual las hizo cada vez más propensas a enfermedades mentales y morales, como plantea la autora. En esa línea, *El espejo de Amarilis* es el reflejo de una comunidad nacional donde la falta de instrucción de las minorías refleja el evidente fracaso de la puesta en escena de las políticas científicas. Este retraso y la nula congruencia entre la política educativa y su implementación, no permitían, según la autora, el avance de México. En suma, la novela de Laura Méndez de Cuenca es un texto profundamente moderno, que cuestiona las bases mismas de la supuesta modernidad puesta en marcha por los gobiernos liberales, los cuales no habían logrado consolidar un plan político en beneficio del país. A pesar de las ideas positivistas que retoma en su novela, la autora pone en entredicho la viabilidad de implementar exitosamente proyectos políticos y educativos de forma eficiente en una sociedad tan heterogénea y jerarquizada.

## CONCLUSIONES:

### AMARILIS SOSTIENE UN ESPEJO: IDEALES NACIONALES

El análisis particular de los personajes me ha permitido hasta ahora examinar de forma panorámica la visión que Laura Méndez de Cuenca propuso narrativamente con respecto a la educación de los distintos sectores que componían a la sociedad de su momento. No obstante, creo que es pertinente reconsiderar algunas de las reflexiones planteadas en el texto, con el objetivo de realizar una conclusión general de éstas.

Después de años de pugnas internas, para finales del siglo XIX una parte significativa de los Estados latinoamericanos habían alcanzado la independencia y estaban gobernados en su mayoría por partidos de corte liberal, cuyos principales estadistas en el poder estuvieron por lo general unidos a fuertes movimientos culturales nacionalistas. En otros términos, podemos hablar de la consolidación en el poder o cercanos a éste de una —casta— de letrados, que marcaban la pauta de la cultura, la cual tenía la intención de sustentar políticamente un ideal de nación que unificaría a esos Estados en ciernes. Dicho suceso se permeó hacia la pintura, la música y la literatura del momento, en cuyas manifestaciones se buscó plasmar —el mexicano—, con el fin de —imaginar— a la comunidad nacional.

Los estudios de la ficción latinoamericana de este siglo toman como marco para la aproximación al problema de —nación— las ideas expuestas por Benedict Anderson en *Imagined Communities*, quien considera dicha entidad como:

Una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aun los

miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión. [...] La nación se imagina limitada porque incluso la mayor de ellas [...] tiene fronteras finitas [...] Se imagina soberana porque el concepto nación en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado. [...] Por último, se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal.<sup>130</sup>

En consonancia con esta intención de construir identidades nacionales se asentó la construcción de las literaturas nacionales, es decir, de textos literarios cuyo principal objetivo era crear un universo literario referencial. Podemos encontrar en éstos, por ejemplo, un espacio ficcional que remite al medio ambiente local y a su historia inmediata. Dichas novelas fueron publicadas en toda Latinoamérica, entre ellas destacan *María* (1867), de Jorge Isaacs, en Colombia, y *Clemencia* (1869), de Ignacio Manuel Altamirano, en México, entre otras.

De forma simultánea, se estableció la prensa como un poder fáctico que redefinió las relaciones entre el gobierno y las masas letradas, al tiempo que el ejercicio de la literatura y la organización de los grupos literarios, semejantes a los que asistió Laura Méndez de Cuenca, fungieron como motores culturales. En esta lógica los diarios y las revistas literarias fueron un espacio de expresión para los escritores mexicanos, quienes intentaban buscar la consolidación de una literatura mexicana, a la vez que formar una nación a través de las letras, sobre la base de los valores e ideales políticos, ya fueran conservadores o liberales. Todo lo mencionado condicionó por completo el desarrollo y las

---

<sup>130</sup> Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas...*, pp. 23-25.

intenciones de la escritura, pero también la forma en que ésta se leía. —Para el escritor/estadista no existía una clara intención epistemológica entre el arte y la ciencia, la narrativa y los hechos y, en consecuencia, entre las proyecciones ideales y los proyectos reales”.<sup>131</sup> Esta generación de autores latinoamericanos encontró en la literatura la síntesis perfecta entre política y arte, en especial para llegar al público femenino, principal destinatario de una educación —erótico-política”, que emanaba de los círculos en el poder.<sup>132</sup>

La creencia de que la mujer era un receptor —especial” para los textos nacionales surge de la idea organicista del Estado, según la cual para llegar al —corazón” de la patria, la familia, se debían acceder primeramente a los lectores femeninos. Como se explicó al inicio de este estudio, esto formó parte de un complejo proceso de secularización que redefinió las relaciones humanas y que se experimentó con especial intensidad a finales del siglo XIX. En este contexto, según el autor argentino Ramiro Esteban Zó, las novelas sentimentales latinoamericanas sirvieron como catalizadores sociales.

Giddens postula que el origen del amor romántico coincide con la emergencia de la novela sentimental y que en ambos se percibe una nueva forma narrativa personal. Así, el amor romántico de las novelas sentimentales, en el que los afectos y los lazos predominan sobre el ardor sexual, se opone al —amor pasional”, liberador de la rutina y el deber. En este sentido, la

---

<sup>131</sup> Doris Sommer, *Ficciones fundacionales...*, p. 24.

<sup>132</sup> Utilizo este término en el sentido que plantea Doris Sommer cuando se refiere a novelas como *Amalia* de Mármol, *María* de Isaacs y *Sab* de Gómez de Avellaneda, para resaltar que entrañan una intensa articulación entre el deseo y la política: la pareja heterosexual unida por el lazo matrimonial se convierte, en todas estas ficciones, en el núcleo alegórico al que convergen personajes representativos de diferentes regiones, sectores económicos, estratos sociales y orígenes étnicos. La nación unida por el vínculo del matrimonio sigue el modelo de la familia, entendida como zona de contacto y campo igualador donde se negocian y, con suerte, se resuelven las diferencias. El matrimonio alegórico entre los elementos heterogéneos que componían las repúblicas postcoloniales latinoamericanas de mediados del XIX, se presentó como un tropo central para canalizar los deseos nacionalistas de las élites, que encontraron en la novela un instrumento para proyectar sus aspiraciones y para contribuir a realizarlas. (cf. *Doris Sommer*, op. cit.,)

aparición de las novelas sentimentales, produjo importantes cambios sociales.<sup>133</sup>

Así, los escritores priorizaron la escritura de novelas románticas, donde se debatían temas ideológicos a través de alegorías sentimentales. Los amantes son por lo general un hombre y una mujer, separados por alguna razón ya sea social o política; movidos por sus pasiones y en una especie de “énesis” nacional, éstos infringen y restauran el orden: la nación deseada. Dichos personajes, como en el caso de *Clemencia*, de Ignacio Manuel Altamirano, tendrán significados simbólicos que se correlacionan con ideas políticas del momento, pues, como sostuvo el propio Maestro, “son el artificio a través del cual los mejores pensadores de la actualidad llegan a las masas con doctrinas e ideas que, de otro modo, sería difícil inculcar”.<sup>134</sup> A decir de Doris Sommer, los estados latinoamericanos “aceptaron tácitamente las fabricaciones literarias del siglo XIX como las ficciones fundadoras donde se forjó el deseo de un gobierno autoritario a partir de la materia puramente prima del amor erótico”.<sup>135</sup> De este modo, estos textos, que tuvieron amplia recepción entre el público femenino, se elaboraron bajo la consigna de moldear la conciencia sentimental de las lectoras: mujeres con una educación básica, eje de las familias, por lo general urbanas, de clase acomodada. Pero al mismo tiempo, fueron una vía de escape de la rutina cotidiana a las que dichas lectoras estaban acostumbradas.

---

<sup>133</sup> Ramiro Esteban Zó, “Funciones de la novela sentimental hispanoamericana durante el siglo XIX”, en *Cuadernos del CILHA*, año 8, núm.9, 2007. p. 79.

<sup>134</sup> I. Manuel Altamirano, “La literatura nacional” en José Luis Martínez (edit.), *La literatura nacional: revistas, ensayos, biografías y prólogos*, p. 17.

<sup>135</sup> D. Sommer, *op. cit.*, p. 64.

Para 1902, fecha en la que finalmente se publicó *El espejo de Amarilis*, el impulso artístico que llamaba a —moldear” la conciencia nacional se hallaba en decadencia; claramente, el ilustrado proyecto de patria que intelectuales como Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano habían soñado pocos años antes había fracasado. Esa sería una dolorosa realidad para algunos letrados, como Laura Méndez de Cuenca, quien, utilizando la misma lógica sentimental, escribió su novela alrededor del amor imposible entre Julián Suárez e Inés Mendoza-Amarilis. A través de esta —llada” historia, novedosamente la autora metaforizó la inconclusa consolidación de la patria, como hemos esbozado a lo largo de esta tesis y se verá a continuación.

Si las novelas sentimentales estaban diseñadas para construir identidades nacionales y las principales receptoras eran las lectoras femeninas, las cuales contaban con una educación —básica y general”, se puede afirmar que justo en este marco de escritura y lectura está anclada la novela de Laura Méndez de Cuenca. Empero, en *El espejo de Amarilis* lo que está latente no es en sí la nación posible, sino la negación del ideal de nación. A lo que me refiero con esto es a que la crítica que la autora presenta se centra en la imposibilidad de la consumación del amor de dos personajes, por algo fundamental: los prejuicios y las jerarquías tanto raciales como sociales. En esta —metáfora fundacional nacionalista”, Julián e Inés-Amarilis representan una suerte de Adán y Eva, a partir de cuya unión se podría consolidar el ideal de una patria mexicana mestiza que, para Laura Méndez, se apoyaría en la implementación exitosa de una instrucción distinta, que dotara a la comunidad nacional de un sentido real de igualdad y libertad. Esta nueva sociedad sería capaz de superar, a través de una educación del espíritu, los

prejuicios raciales que representaban un lastre para el progreso del país, como analicé en el capítulo anterior; así,

El mestizaje era el camino hacia la perdición racial en Europa, pero era la vía hacia la redención en América Latina, una manera de aniquilar la diferencia y construir el sueño profundamente horizontal y fraternal de la identidad nacional. Era un modo de imaginar la nación a través de una historia futura.<sup>136</sup>

Sin embargo, mientras que —el nacionalismo piensa en términos de destinos históricos [...], el racismo delira con eternas contaminaciones”.<sup>137</sup> Para la autora, estas —contaminaciones” y prejuicios derivaban tanto de la ineficacia de la educación pública institucionalizada, como de la supersticiosa instrucción que los mexicanos recibían en el seno de la familia.

A diferencia de *El espejo de Amarilis*, en *El Zarco*, por ejemplo, Nicolás, después de darse cuenta que Manuela nunca le corresponderá, encuentra en una mestiza de su mismo origen, el ideal de mujer no sólo para él, sino para el México de su época. Julián no puede hacer lo mismo, porque mientras Nicolás es un herrero de Atlinayan, Suárez es un médico prestigioso, veterano de guerra, al que separa de Gregoria (su par por origen) —muchos libros de por medio”, como él mismo lo refiere. En este sentido, cabe mencionar que Inés y Gregoria son las únicas posibilidades de unión amorosa para el héroe. Dada su transformación a través de la enseñanza pública, laica y positiva, el personaje se siente capaz de reclamar lo que su nueva inserción en la sociedad le promete: un lugar prominente dentro de la sociedad mexicana, representado por el amor de Inés Mendoza. No obstante

---

<sup>136</sup> *Ibidem*, p. 56.

<sup>137</sup> Anderson Imbert, citado por Doris Summer, en *op. cit.*, p. 56.

su cambio exterior, e incluso su inserción como profesionista en la comunidad nacional, no se le considera “indio” de Inés-Amarilis.

Tampoco Manuela de *El Zarco* es capaz de ver el valor de Nicolás (“no me casaré con ese indio horrible a quien no puedo ver... Me choca de manera espantosa, no puedo aguantar su presencia... prefiero cualquier cosa a juntarme con ese hombre”);<sup>138</sup> a este rechazo, Nicolás responde:

De padres a hijos, en mi familia india, nos hemos transmitido ideas de honradez altiva que tantas veces me han echado aquí en cara, como un defecto y que han granjeado algunos enemigos. Nosotros hemos sido pobres, muy pobres, pero alguna vez yo contaré a usted como son mis antepasados, en sus montañas salvajes, en sus cabañas humildísimas han sabido, sin embargo, conservar siempre su carácter limpio de toda mancha de humillación o de bajeza. Han preferido morir a degradarse, y eso no por vanidad, ni por conservar una herencia de honor, sino porque tal es nuestra naturaleza. La altivez en sus rostros es parte de nuestro ser.<sup>139</sup>

Por su parte, en el *Espejo de Amarilis* no hay una reivindicación de la raza indígena, por lo que pareciera más bien reflejarse una crítica a los prejuicios raciales:

El interés erótico que imbuje estas novelas debe su intensidad a la prohibición en contra de la unión de los amantes por prejuicios raciales o regionales. Y las conciliaciones políticas, o los convenios, resultan urgentes porque en los amantes existe el deseo “natural” de acceder a la clase de estado que habrá de unirlos.<sup>140</sup>

En esta ruta, Laura Méndez parece plantear la “urgencia” de una consolidación educativa y social, pues la falta de ésta es la responsable de la infelicidad de Julián y de Inés, en la cual se refleja una frustrante conclusión: México es una nación inconclusa, emasculada, donde los posibles símbolos de “evolución” terminan enclaustrados: Inés-Amarilis encerrada en su casa

---

<sup>138</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *El Zarco*, p. 120

<sup>139</sup> I. M. Altamirano, *op. cit.*, 152

<sup>140</sup> D. Summer, en *op. cit.*, p. 65.

con un marido loco, y Julián exiliado y ensimismado con un signo igualmente de obsesiva locura: el espejo que carga como talismán y que le recuerda que no pertenecerá nunca a la sociedad mexicana.

En suma, Laura Méndez de Cuenca que la mala educación de Inés y su resignación católica la llevan a rechazar a Julián, lo cual cancela de ese modo, la posibilidad de felicidad para ambos. Para Julián, su apariencia indígena será un estigma que le impedirá consumir su amor; lo anterior, terminará generándole una insatisfacción profunda que lo perseguirá toda la vida y lo llevará a convertirse en un hombre exitoso profesionalmente, pero que carga en el bolsillo la marca de una sociedad incapaz de reconocer la verdadera virtud y el camino ideal hacia progreso. En conclusión, la educación que las mujeres mexicanas recibían las hacía impedía de amar a Julián; es decir, de amar el origen indígena del país, lo cual las incapacitaba para ser agentes de cambio social, pues para la autora, el fracaso de la instrucción simbolizaba también el naufragio del proyecto de nación, que para 1902 era más que evidente. El sueño de los liberales no se había cumplido; existía más que nunca pobreza y los —vances” eran tan sólo plausibles para una minoría. Así, *El espejo de Amarilis* cuestiona en todo los alcances del sueño ilustrado y positivista finisecular:

La ciencia avanzando de bracero con la filosofía, el misterio creciendo más y más, y el profiláctico único contra las dolencias del cuerpo y las miserias del alma, se encierra en una sola palabra: restricción. Todo se reduce a no hagas esto, ni lo otro, ni lo de más allá, porque si no... Aquí un montón de amenazas y asunto concluido.

Gran adjudicación la de la ciencia, y gran mamarracho. Pues lo que es en eso no hemos ido más allá de donde nos dejaron Buda, Zoroastro, Confucio, Jesús, Mahoma y toda la cáfila (1<sup>o</sup> de abril de 1902, p. 4).

Esta paradoja plantea una problemática en suma moderna: Julián toma lo que la educación le ofrece, un futuro prometedor, la posibilidad de integrarse al mundo y dejar atrás las chinampas y la brujería, pero al hacerlo, olvida no sólo quién es, sino que como “integrado”, es irreconocible para el resto de la sociedad, es decir, tanto para sus pares indígenas como para una clase mestiza con aspiraciones de ascensión social.

De ese modo, a los ojos de la autora, el proyecto liberal de nación no se ha cumplido a cabalidad, debido, insisto, a la disparidad entre la educación de los diferentes sectores sociales y genéricos de la sociedad. En esa línea, en *El espejo de Amarilis*, Laura Méndez de Cuenca plantea críticamente la pregunta acerca del estado en que se encuentra el organismo nacional, a partir de una revisión novelística. En este punto, la narradora recorre de los avatares existenciales de sus personajes a la par que la historia del país, en un intento por descifrar “error” que ha impedido a la sociedad mexicana avanzar. Como una buena lectora de libros de historia, intenta descifrar quirúrgicamente el momento en que la nación y los personajes perdieron las riendas de su destino. Por ello, de cada personaje se describe su origen y las dificultades de su infancia, así como la instrucción primera que los “enferma” y marca su destino. A pesar de los avances educativos desde la República Restaurada hasta el Porfiriato, para Laura Méndez de Cuenca es evidente que dichos esfuerzos, aunque vastos, no han sido exitosos debido sobre todo a la ineficacia de su aplicación y a las desigualdades sociales en las que se encontraba México.

En un nivel metafórico, aventuro que existe cierta “identificación” de la autora con su protagonista Julián: ambos recibieron una educación que les

había prometido prestigio y manutención, pero se encontraban en esencia relegados dentro de la comunidad nacional, uno por indígena y la otra por ser mujer e intelectual. Si bien esto no implica una propuesta feminista, ciertamente existe la intención de señalar los puntos —“débiles” del cuerpo nacional: las mujeres y los indios, quienes estaban destinados a una educación menor, y que por ello sufrían las consecuencias directas del fracaso de la implementación del proyecto liberal positivista. En este sentido, las distintas posiciones políticas y raciales no son sólo el problema en el *Espejo de Amarilis*, lo que se muestra también es la incompreensión del *otro*; en otras palabras, la incapacidad de ver al otro como un ser humano en relación con los demás individuos y con la naturaleza, en vez de determinarlo por su origen y condición, de señalarlo como un elemento —“abómalo” del cuerpo del Estado; de ahí, el gesto final de Julián, quien termina admirando a los brujos, después de su decepción amorosa.

Si bien esta lectura puede ser muy compleja y la novela tiene de igual manera muchas posibles interpretaciones, considero que Laura Méndez de Cuenca logra sintetizar su visión en la idea del espejo como transgresión, es decir, al —“eflejar” la imagen de la cosa en sí, ésta se distorsiona, pero en el proceso de reconocerla, se encuentra el verdadero conocimiento. En esta dirección, el espejo de Amarilis no es únicamente el que Julián carga en su elegante cartera de Rusia, sino también la novela en sí misma, que es una visión parcial del mundo real. —“Ese espejo de a tlaco desportillado y cursi, que como talismán llevas, constantemente, en la cartera de bolsillo, me parece una extravagancia [...]” (27 de febrero de 1902, p. 3), así inquiere un personaje a Julián Suárez en las primeras páginas; este espejo revela lo que

el mundo ve en apariencia: el origen indígena del personaje, pero no sus cualidades morales. De ese modo, desde el inicio en la novela se presenta esta contradicción entre reflejo y la realidad: Julián no responde a su estereotipo. Por otro parte, la visión de este personaje también se distorsiona al ver en Inés una ideal Amarilis, una frágil habitante de un cuento de hadas; contraria a esa imagen idealizada, Inés Mendoza es una mujer ignorante, enfermiza y pasiva, incapaz de aceptar su amor por él, por lo que terminará sus días sumida en la histeria y presa de la violencia familiar.

El reflejo que provee la novela es en sí mismo una síntesis de los anteriores juegos de espejo/reflejo, que permite asomarnos a ese espacio en el cual cada reflejo se cuestiona y complementa: por un lado, la educación como medio de superación, pero impedido como camino de felicidad y, por otro, la ficción que complementa la realidad o la *—canta*” de una forma distinta, para cuestionarla. Así, la novela es el espejo de la sociedad, donde ésta se refleja como Julián, esbozando una imagen que invita al lector reflexionar sobre su actitud y apariencia. No obstante, considero, que *El espejo de Amarilis* no es sólo relevante por sus claras intenciones educativas, su importancia reside, sobre todo, en ser el logrado testimonio de la obra de una escritora cuyos propósitos son, primeramente, literarios. Esto es evidente en las diversas voces narrativas usadas por la escritora en este voluminoso proyecto; pese a que utiliza el recurso del narrador omnisciente, a lo largo del texto, habla desde el punto de vista de Julián, Alfonso, o La Perica, esto, con el objetivo de construir verosimilitud.

Así, algunos de sus personajes cobran vida propia, al escapar de un modelo acartonado o estereotipado, un ejemplo de esto es La Perica,

personaje en suma propositivo, debido a que en la narración expresa su pasión y voluntad con relación a sus deseos sexuales, contraponiéndose al imaginario de la mujer del “pueblo” dócil y sumisa.

No obstante, la relevancia de dichas cualidades estéticas, es importante resaltar que Laura Méndez de Cuenca decidió escribir esta obra como texto literario y no como manual de educación. En este proyecto, la autora quien era ya una escritora madura con una pluma sumamente amaestrada, entrega los lectores de *El Mundo* una novela en la que va más allá que muchos de sus contemporáneos al elaborar un discurso que se cuestiona a sí mismo y se construye como una gran paradoja intelectual, que dialoga con la tradición literaria universal.<sup>141</sup> Finalmente, si tomamos en cuenta que las novelas sentimentales habían sido hasta entonces metáforas de la integración nacional elaboradas por un grupo de intelectuales, la narración de Laura Méndez de Cuenca, con todas las características que he mencionado, propone una lectura muy desencantada del presente y futuro de una nación mexicana, que batallaba entre la tradición y la “modernidad”, cuya falta de cohesión social y educativa hacía de ella un proyecto inconcluso, un espejismo de progreso que terminaría por derrumbarse con el estallido del movimiento revolucionario de 1910.

---

<sup>141</sup> Para reforzar dicha idea es relevante recalcar el testimonio que representan los cuadernos de apuntes de la autora, los cuales se encuentran en posesión de sus descendientes; éstos están plagados de correcciones y de rescrituras hechas a puño y letra de Laura Méndez de Cuenca, lo cual muestra una intención escritural cultivada y una profunda reflexión sobre el contenido de su obra.

## BIBLIOHEMEROGRAFÍA GENERAL

### Directa

MÉNDEZ DE CUENCA, Laura, *El espejo de Amarilis*. Linotipia de *El Mundo* y *El Imparcial*, Segunda de las Damas y Puente Quebrado, números 3 y 4, 1902, t. I, 163 pp., t. II, 179 pp. (Biblioteca de *El Mundo*).

—, *El espejo de Amarilis*, En *El Mundo*. Edición de la tarde, t. XII, núms. 1753-1798, del 21 de enero al 1º de abril de 1902, pp. 3 y 4.

—, *El hogar mexicano: nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria*. México, Herrero Hermanos, 1910 y 1914, ts. I y II.

—, *Impresiones de una mujer a solas: una antología general*. Selección y estudio preliminar de Pablo Mora. Ensayos críticos de Ana Rosa Domenella, Luzelena Gutiérrez de Velasco, Roberto Sánchez Sánchez. México, Fondo de Cultura Económica, Fundación para las Letras Mexicanas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.

—, *La pasión a solas: antología poética*. Selección, prólogo y notas de Raúl Cáceres Carenzo. Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1984 (Ediciones, 9).

—, *Simplezas*. México, Instituto Nacional de Bellas Artes, Secretaría de Educación Pública, 1983 (La Matraca, Segunda Serie).

—, *Simplezas y otros cuentos*. Edición crítica, estudio preliminar, notas e índices de Roberto Sánchez Sánchez. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Programa Editorial, 2010 (Ida y Regreso al Siglo XIX).

### Indirecta

ABREU Ermilio, —Prólogo” a José Peón y Contreras, *La hija del Rey*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1941 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 29), pp. VIII-XVI.

ACUÑA, Manuel, *Obras completas, prosa y poesía*. Edición de José Luis Martínez. México, Factoría Ediciones, 2000.

AGOSTONI, Claudia, —El arte de curar: deberes y prácticas médicas porfirianas”, en C. A. y Elisa Speckman (edits.), *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de*

*México en el cambio de siglo (XIX-XX)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001 (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 37), pp. 97-111.

ALTAMIRANO, Ignacio M., —“Esquejos”, en *Obras Completas IX. Crónicas 3*. Prólogo y notas de Catalina Sierra. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Secretaría de Educación Pública, 1986, pp. 22-45.

—, —“La literatura nacional”, en *La literatura nacional: revistas, ensayos, biografías y prólogos*. Edición y prólogo de José Luis Martínez. México, Porrúa, 1949 (Escritores Mexicanos, 52), pp. 9-40.

—, *Obras Completas I. Discursos y brindis*. Edición y notas de Catalina Sierra Casaús Y Jesús Sotelo. Prólogo de Jesús Reyes Heróles. México, Secretaría de Educación Pública, 1986.

—, *El Zarco*. Edición de Manuel Sol. Xalapa, Universidad Veracruzana, 2000 (Clásicos Mexicanos, 6).

ALVARADO, Lourdes, —“Mujeres y educación superior en el siglo XIX”, en *Tiempo Universitario*, año 13, núm. 1, 2010, p. 2.

ÁLVAREZ BARRET, Luis, —“Just Sierra y la obra educativa del Porfiriato 1901-1911”, en Fernando Solana, Raúl Cardiel Reyes y Raúl Bolaños Martínez (comps.), *Historia de la educación pública en México (1876-1976)*. México, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 2011, pp. 83-115.

ANDERSON, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Traducción de Eduardo L. Suárez. 1ª edición en español. México, Fondo de Cultura Económica, 1993 (Colección Popular, 498).

APARICI Pilar e Isabel GIMENO, —“Justificación y límites de una antología”, en *Literatura menor del siglo XIX: una antología de la novela de folletín (1840-1870)*. Barcelona, Anthropos, 1996, pp. VII-LXXII.

BAILÓN CORRES, Jaime *et al.*, *El siglo de la Revolución Mexicana*. México, INHERM, Secretaría de Gobernación, 2000.

BAZANT, Milada, *Debate pedagógico durante el Porfiriato*. México, Secretaría de Educación Pública, Subsecretaría de Cultura, Consejo Nacional de Fomento Educativo, 1985.

—, *Historia de la educación durante el Porfiriato*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1993.

—, *Laura Méndez de Cuenca Mujer indómita y moderna (1853-1928). Vida cotidiana y entorno*. México, Gobierno del Estado de México, 2009 (Biblioteca Mexiquense del Bicentenario. Colección Mayor).

—, —La práctica educativa de Laura Méndez de Cuenca 1885-1926” <[http://biblioweb.tic.Universidad Nacional Autónoma de México.mx/diccionario/htm/articulos/sec\\_11.htm](http://biblioweb.tic.Universidad Nacional Autónoma de México.mx/diccionario/htm/articulos/sec_11.htm)>

—, —La visión educativa contrastada. La óptica de Laura Méndez de Cuenca, 1870-1910”, en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 8, núm. 18, mayo-agosto de 2003, pp. 503-546.

CALDERÓN DE LA BARCA, Francisca A., madame, *La vida en México durante una residencia de dos años en el país*. Traducción, prólogo y notas de Felipe Teixidor. México, Porrúa, 1976.

CHAVES PACHECO, José Ricardo, *Los hijos de Cibeles: cultura y sexualidad en la literatura de fin del siglo XIX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Seminario de Poética, 1997.

CLARK DE LARA, Belem, *Tradición y modernidad en Gutiérrez Nájera*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1988 (Ediciones Especiales, 9).

DARRIGRANDI, Claudia, —Representaciones urbanas e identidades femeninas en América Latina (de fines del siglo XIX a principios del siglo XXI)”, en línea <<http://nuevomundo.revues.org/56124>>

DÍAZ-POLANCO, Héctor, *La cuestión étnico-nacional*. México, Fontamara, 1938.

FERRERAS, Juan Ignacio, *La novela por entregas (1840-1900)*. Madrid, Taurus, 1972.

FLORES, Manuel M., *Rosas caídas*. Edición de Margarita Quijano. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1953.

FLORES Y TRONCOSO, Francisco de Asís, *Historia de la medicina en México*. México, IMSS, 1982, t. II.

GALÍ BOADELLA, Montserrat, *Historia del Bello sexo. La introducción del Romanticismo en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2006.

GARCÍA PEÑA, Ana Lidia, —Violencia conyugal y corporalidad en el siglo XIX”, en Julia Tuñón (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios

Sociológicos, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, 2008, pp. 107-146.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, *Sociedad y cultura en el Porfiriato*. México, Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes, 1994 (Cien de México).

GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz, —“La validez del cuerpo de la letrada: la metáfora patológica”, en *Revista Iberoamericana*, vol. LXXI, núm. 210, 2005, pp. 55-75.

GORBACH, Frida, —“Encuentro de un monstruo y una histérica. Una imagen para México en los finales del siglo XIX”, en *Nuevo Mundo/Mundos Nuevos*, número 7, 2007 en línea: <<http://nuevomundo.revues.org/document3123.html>>

—, —“Mujeres, monstruos e impresiones en la medicina mexicana del siglo XIX”, en *Relaciones*, vol. 21, núm. 81, invierno 2000, pp. 39-56, en línea: <<http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/137/13708103.pdf>>

HELMUT Heiland, —“Friedrich Fröbel”, en *Perspectivas: Revista Trimestral de Educación*, vol. XXIII, núms. 3-4, 1993, pp. 501-519.

HERNÁNDEZ PALACIOS, Esther, —“Entre el ángel del hogar y la construcción de la patria: La poesía de las mujeres mexicanas del siglo XIX”, en Rafael Olea Franco (edit.), *Literatura Mexicana del otro fin de siglo*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2001 (Cátedra Jaime Torres Bodet. Serie Literatura Mexicana, 6), pp. 537-544.

HUERTAS GARCÍA-ALEJO, Rafael, *Locura y degeneración. Psiquiatría y sociedad en el positivismo francés*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, 1987 (Cuadernos Galileo de Historia de la Ciencia, 5).

KICZA, John E., —“Familias empresariales y su entorno, 1750-1850”, en Anne Staples (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México. IV Bienes y vivencias. El siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, 2005 (Sección de Obras de Historia), pp. 147-178.

LOHMANN VILLENA, Guillermo, *Amarilis Indiana, identificación y semblanza*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 1993.

MANCILLA VILLA, Martha Lilia, *Locura y mujer durante el Porfiriato*. México, Círculo psicoanalítico Mexicano, 2001.

MONSIVÁIS, Carlos, —“De la santa doctrina al espíritu público (sobre las funciones de la crónica en México)”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, núm. 35: 2 (1987), pp. 753-771.

MONTERO SÁNCHEZ, Susana A., *La construcción simbólica de las identidades nacionales. Análisis a través de la literatura mexicana del siglo XIX*. Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género, México, Plaza y Valdés, 2002.

MORENO Y KALBTK, Salvador, —“EPorfiriato. Primera etapa (1876-1901)”, en Fernando Solana, Raúl Cardiel Reyes y Raúl Bolaños Martínez (comps.), *Historia de la Educación Pública en México (1876-1976)*. México, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 2011, pp. 41-82.

NEGRÍN, Edith, —“Estudio preliminar” a Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina*. Selección de E. N. México, Fondo de Cultura Económica, Fundación para las Letras Mexicanas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, pp. 13-56.

NOUZEILLES, Gabriela, —“Laplaga imaginaria: histeria, semiosis corporal y disciplina”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, núm. 52, 2000, pp. 173-191.

ORTIZ MARÍN, Manuel y María del Rocío DUARTE RAMÍREZ, —“El periodismo a principios del siglo XX (1900-1910)”, en *Revista Pliquen*, año XII, núm. 12, enero-junio 2010, pp. 1-9.

PERALES OJEDA, Alicia, *Las asociaciones literarias mexicanas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000, ts. I y II (Al Siglo XIX Ida y Regreso).

PLUMED, Javier —“La etiología de la locura en el siglo XIX, a través de la psiquiatría española”, en *FRENIA*, vol. IV-2, 2004, pp. 69-91.

PRATT, Mary Louise, —“Las mujeres y el imaginario nacional en el siglo XIX”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XIX, núm. 38, 1993, pp. 51-62.

RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984.

SALGADO, Miguel S., —“Concurso científico. La criminalidad en México. Medios de combatirla”, en *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, vol. XIII, julio-diciembre, 1987, pp. 147-184.

SALTO, Nélica Graciela, —“El caso clínico: narración, moral y enfermedad”, en *Filología*, XXIV: 1-2, 1989, pp. 260-274.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Roberto, *Laura Méndez de Cuenca: crónicas de viaje 1896-1910: andanzas por Estados Unidos y Europa*. Tesis de licenciatura.

México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2006.

SERRANO, Sol, *Universidad y Nación*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1994.

SOLANA, Fernando, —“ólogo” a F. S., Raúl Cardiel Reyes y Raúl Bolaños Martínez (comps.), *Historia de la educación pública en México (1876-1976)*. México, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 2011, pp. IX-XII.

SOMMER, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Traducción de José Leandro Urbina y Ángela Pérez. Colombia, Fondo de Cultura Económica, 2004.

STAPLES, Anne, *Recuento de una batalla inconclusa: la educación mexicana de Iturbide a Juárez*. México, El Colegio de México, 2005.

TRABULSE, Elías, *Historia de la ciencia en México*. México, Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología, Fondo de Cultura Económica, 1989, t. VII.

TUÑÓN, Julia, —“Estudio introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos” a J. Tuñón (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, 2008, pp. 11-67.

URÍAS HORCASITAS, Beatriz, —“Locura y criminalidad degeneracionismo e higiene mental en México Posrevolucionario 1920-1940”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (edits.), *De normas y trasgresiones. Enfermedad y crimen en América Latina (1850-1950)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005 (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 43) pp. 347-383.

VIGIL, José María (edit.), *Poetisas mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*. —“Estudio preliminar” de Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velásquez. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.

VILLALPANDO NAVA, José Manuel, *Historia de la educación en México*. México, Porrúa, 2009.

ZAVALA DÍAZ, Ana Laura, —“Locación, enfermedad y locura: Lecturas del modernismo en el México de fin de siglo”, en *Memorias del Primer simposio “Literatura y locura”* (en prensa).

—, —“*Estóricas de la enfermedad en el México Porfiriano: el caso modernista*”, en *Decires*, vol. 10, núms. 10-11, 2007, pp. 167-180.

ZEA, Leopoldo, *El positivismo en México, apogeo nacimiento y decadencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993 (Selección de Obras de Filosofía).

ZÓ, Ramiro Esteban, “*Funciones de la novela sentimental hispanoamericana durante el siglo XIX*”, en *Cuadernos del CILHA*, año 8, núm. 9, 2007, pp. 79-97.